VNIVERSITAT DE VALÈNCIA Facultat de Psicologia

Programa de Doctorado en Investigación en Psicología:

Metodología Aplicada a la investigación en procesos cognitivos, riesgos laborales y factores humanos

Validez del modelo de los cuatro estilos parentales para el estudio de la socialización de los hijos españoles en diferentes entornos y contextos

TESIS DOCTORAL

Amador F. Pérez-Gramaje

Directores

Dr. D. Fernando García

Dra. Dª. Emilia Serra Desfilis

Valencia (España), octubre de 2021

VNIVERSITAT DE VALÈNCIA Facultat de Psicologia

Doctoral Programme in Research in Psychology:

Methodology Applied to research in cognitive and occupational risks processes

Validity of the model of the four parental styles for the study of the socialization of Spanish children in different environments and contexts

PhD THESIS

Amador F. Pérez Gramaje

Supervisors

Fernando García, PhD

Emilia Serra Desfilis, PhD

Valencia (Spain), October 2021

Nota previa: En la presente tesis doctoral se utiliza el género gramatical en su forma neutra para facilitar la lectura.

"*Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que se mueran) son también parte integrante de la neurosis (…). Reprimidos son estos impulsos en periodos en que se mueve a compasión por los padres: enfermedad, muerte de ellos. Después es una exteriorización del duelo de hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancolías) o castigarse histéricamente con los mismos estados por medio de la idea de retribución. La identificación que así se produce no es, según se ve, nada más que un modo cognitivo y no vuelve superflua la búsqueda del motivo.»*".

S. Freud, OC., AE, vol. 1, «Manuscrito N», p. 268

TABLA DE CONTENIDOS

PREFACIO **15**

CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN **16**

SOCIALIZACIÓN COMO HERRAMIENTA MOLDEADORA **16**

SOCIALIZACIÓN A LO LARGO DEL CICLO VITAL **16**

LA FAMILIA COMO CONTEXTO SOCIALIZADOR **38**

ANTECEDENTES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE SOCIALIZACIÓN PARENTAL **40**

MODELO BIDIMENSIONAL DE SOCIALIZACIÓN PARENTAL DE MACCOBY Y MARTIN (1983) **41**

Dimensión de afecto **44**

Dimensión de control **52**

PRÁCTICAS PARENTALES EN LOS ESTILOS DE SOCIALIZACIÓN **55**

CONSENSO CIENTÍFICO SOBRE LOS ESTILOS PARENTALES **58**

ESTILO DE SOCIALIZACIÓN ÓPTIMO **59**

CONTEXTO CULTURAL **63**

RESULTADOS DE LA SOCIALIZACIÓN PARENTAL **65**

SOCIALIZACIÓN PARENTAL Y DESAJUSTE PERSONAL **73**

EL PRESENTE ESTUDIO **111**

CAPÍTULO II: MÉTODO **116**

PARTICIPANTES Y PROCEDIMIENTO **116**

Procedimiento **116**

Potencia estadística **118**

MEDIDAS **120**

Socialización parental **120**

Autoconcepto Emocional **128**

Autoconcepto Físico **131**

Autoconcepto Familiar **134**

Tendencia a la agresión **138**

Autoestima negativa **140**

Autoeficacia negativa **144**

Irresponsividad emocional **147**

Inestabilidad emocional **151**

Visión negativa del mundo **154**

Nerviosismo **157**

Inseguridad Personal **160**

CAPÍTULO III: RESULTADOS **164**

ESTILOS DE SOCIALIZACIÓN PARENTAL **164**

TENDENCIA A LA AGRESIÓN **166**

ANÁLISIS MULTIVARIADO **168**

ANÁLISIS UNIVARIADO DE LOS EFECTOS DEL ESTILO PARENTAL **170**

ANÁLISIS UNIVARIADO DE LOS EFECTOS DE LA TENDENCIA A LA AGRESIVIDAD **178**

ANÁLISIS UNIVARIADO DE LOS EFECTOS DEL SEXO Y EDAD DE LOS HIJOS **186**

EFECTOS DE INTERACCIÓN **194**

CAPÍTULO IV: RESULTADOS Y CONCLUSIONS **200**

CAPÍTULO V: REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS **208**

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Modelo bidimensional de *Maccoby y Martin* (1983) 43

Figura 2. Prácticas parentales en cada estilo según el modelo bidimensional de *Maccoby y Martin (1983)* 58

Figura 3. Cálculo a priori de la potencia 120

Figura 4. Cálculo de la potencia considerando la sensibilidad del diseño 121

Figura 5. Medias en autoconcepto emocional, familiar y físico para cada uno de los estilos parentales 173

Figura 6. Medias en autoestima y autoeficacia negativa para cada uno de los estilos parentales 175

Figura 7. Medias en nerviosismo, inestabilidad e iresponsividad emocional para cada uno de los estilos parentales 177

Figura 8. Medias en la dimensión de visión negativa del mundo para cada uno de los estilos parentales 178

Figura 9. Medias en la dimensión de inseguridad personal para cada uno de los estilos parentales 179

Figura 10. Medias en autoconcepto emocional y familiar para cada grupo de tendencia a la agresión 182

Figura 11. Medias en autoestima y autoeficacia negativa para cada grupo de tendencia a la agresión 183

Figura 12. Medias en nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional para cada grupo de tendencia a la agresión 184

Figura 13. Medias en visión negativa del mundo para cada grupo de tendencia a la agresión 185

Figura 14. Medias en inseguridad personal para cada grupo de tendencia a la agresión 186

Figura 15. Medias en autoconcepto emocional, familiar y físico según el sexo 188

Figura 16. Medias en autoestima y autoeficacia negativa según el sexo 189

Figura 17. Medias en nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional según sexo 190

Figura 18. Medias en visión negativa del mundo según sexo 190

Figura 19. Medias en inseguridad personal según sexo 191

Figura 20. Medias en autoconcepto emocional y familiar para cada grupo de edad.....193

Figura 21. Medias en inseguridad personal, autoestima y autoeficacia negativas para cada grupo de edad.....194

Figura 22. Medias en inestabilidad emocional para cada grupo de edad.....195

Figura 23. Interacción del estilo parental por el sexo en la irresponsividad emocional.....196

Figura 24. Interacción de sexo por edad en (a) autoeficacia negativa, (b) irresponsividad emocional, (c) inestabilidad emocional, y (d) visión negativa del mundo 199

LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Warmth/Affection Scale* (WAS) 124

Tabla 2. Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Parental Control Scale* (PCS) 127

Tabla 3. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala emocional del *Autoconcepto Forma 5* (AF5) 131

Tabla 4. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala física del *Autoconcepto Forma 5* (AF5) 134

Tabla 5. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala familiar del *Autoconcepto Forma 5* (AF5) 137

Tabla 6. Análisis de la consistencia interna por ítems de la escala de hostilidad/agresión del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 140

Tabla 7. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de autoestima negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 143

Tabla 8. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de autoeficacia negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 147

Tabla 9. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de irresponsividad emocional del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 150

Tabla 10. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala inestabilidad emocional del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 153

Tabla 11. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de visión negativa del mundo del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) 156

Tabla 12. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de nerviosismo del Cuestionario de *Creencias de Persona Madura* (CCPM) 159

Tabla 13. Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de inseguridad personal del *Cuestionario de Creencias de Persona Madura* (CCPM) 162

Tabla 14. Distribución de los casos en cada uno de los estilos de socialización, medias y desviaciones típicas para las dimensiones de afecto y severidad 166

Tabla 15. Número de casos en los grupos tendencia a la agresión, medias y desviaciones típicas en la medida de Hostilidad/Agresión 169

Tabla 16. MANOVA Factorial ($4^a \times 2^b \times 2^c \times 2^d$) para los efectos principales 170

Tabla 17. Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre estilos de socialización parentales en los criterios de ajuste personal y emocional.....172

Tabla 18. Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre la tendencia a la agresividad en los criterios de ajuste personal y emocional 181

Tabla 19. Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre mujeres y hombres en los criterios de ajuste personal y emocional.....187

Tabla 20. Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre los dos grupos de edad en los criterios de ajuste personal y emocional 192

Prefacio

LA tesis doctoral representa para muchos fundamentalmente un inicio en la investigación que se prolongará como actividad profesional a lo largo de toda su vida. En mi caso supone un colofón a una vida dedicada fundamentalmente al ejercicio profesional, en la que finalmente he tenido la fortuna de poder realizar investigación de calidad acompañado de personas excelentes, no solo extraordinarios científicos.

Quiero mostrar mi agradecimiento hacia mis directores de tesis. Al Dr. Fernando García, por su buen hacer y su pasión por la ciencia, y a la a la Dra. Emilia Serra, por sus inteligentes consejos e infinita generosidad.

También me gustaría expresar mi agradecimiento a todos los investigadores con los que tengo oportunidad de trabajar. Destaco a los rigurosos revisores y editores que sin duda han contribuido a que los resultados de este estudio hayan tenido la máxima difusión científica en los medios mas prestigiosos.

Por último, a todos los amigos y familia que siempre me han apoyado incondicionalmente.

Valencia, en octubre del año 2021

Capítulo I

Introducción

En el presente capítulo se expondrá el marco teórico principal de este trabajo empírico. Inicialmente se abordará la descripción de la dimensión central de esta investigación: la socialización parental, explicando detalladamente el concepto, así como los antecedentes de su investigación y la situación actual de la literatura científica. Seguidamente se analizarán los resultados de algunas investigaciones relacionadas, entresacando las conclusiones principales más relevantes y relacionándolas directamente con el cuerpo y estructura de esta tesis. De esta manera se asentará la base teórica sobre la que se construye este trabajo, así como las líneas previas que han dirigido esta investigación. Finalmente se detallarán las aportaciones particulares y novedosas que pretende introducir esta publicación, así como los objetivos e hipótesis principales de la misma.

Socialización como herramienta moldeadora

El término socialización hace referencia a los procesos implicados en la adquisición de los patrones de comportamiento, valores, habilidades y motivaciones necesarias para que un individuo ejerza un funcionamiento competente dentro de su propia cultura (Maccoby, 2007). El desarrollo de este proceso puede dar lugar a sujetos con un funcionamiento socialmente aceptable, exitosos y con un gran repertorio de habilidades emocionales y sociales, o por el contrario puede dar lugar a comportamientos o actitudes disfuncionales, provocando aislamiento social y problemas adaptativos. Para Maccoby (2007), una de las autoras más destacadas en la investigación sobre socialización parental, algunos de los aprendizajes

más importantes de la socialización son las habilidades sociales, la comprensión social y la madurez emocional necesaria para la interacción con otras personas, que están muy relacionadas con la adaptación del individuo en su propia sociedad.

Las habilidades que se adquieren en este proceso están circunscritas a un contexto histórico y social específico, de manera que un individuo puede aprender un repertorio conductual y social que le permita encajar en su propia sociedad, pero que le impida hacerlo en otra con una cultura diferente. En otras palabras, el contexto es fundamental tanto para el desarrollo de la socialización como para su puesta a prueba como ser funcionalmente competente. Un ejemplo de este aspecto lo constituiría la diferencia en la socialización que se vive entre generaciones. En una misma familia es posible que convivan personas con una gran diferencia de edad entre ellos. Por ejemplo, un abuelo y un nieto nacidos en España. Aunque ambos han adquirido habilidades necesarias para desarrollar su socialización, el camino ha sido muy diferente. Por su lado, el abuelo posiblemente tuvo que adaptarse a tiempos en los que había escasez de recursos, abundaba el trabajo físico y había una serie de estereotipos de género muy marcados, entre otras características. Por su parte, el nieto de 18 años ha nacido en una era tecnológica, donde las habilidades necesarias no son tan físicas, sino más mentales y sociales, además de encontrarse en un momento de ruptura con los roles de género tradicionales. Es posible que los dos se encuentren adaptados en su marco social más próximo, y que cuenten con las habilidades sociales y herramientas psicológicas necesarias para enfrentarse a las situaciones de su momento histórico, sin embargo, si se intercambiaran las sus habilidades probablemente se encontrarían desajustados tanto social como psicológicamente, y con bastante probabilidad tendrían problemas de adaptación. Lo mismo podría ocurrir con la diferencia de socialización en diferentes culturas. A pesar de encontrarse en el mismo momento del tiempo, si dos personas son educadas en un marco cultural muy diferente, como por ejemplo una tribu indígena o una gran ciudad lo más probable es que adquieran competencias de socialización muy distintas, y que si tuvieran que intercambiar su posición se encontraran ante muchas dificultades.

La socialización es un proceso influido por multitud de factores, como por ejemplo los agentes socializadores, la cultura y las características del propio individuo:

En primer lugar, los agentes socializadores son muchos y muy diversos, ya que cualquier sujeto que pueda enseñar patrones de comportamiento puede ejercer influencia, es decir, este proceso puede incluir la escuela, los amigos, el trabajo o la familia. Por ejemplo, un estudio que tenía en cuenta la influencia de los profesores sobre el desarrollo de la socialización llegó a conseguir explicar un 41% de la varianza obtenida en criterios de ajuste personal (Tulviste et al., 2008), mientras que en estudios centrados en las figuras del padre y de la madre explican hasta un 26% (Khaleque, 2013; Khaleque, 2015). Aunque estos resultados no son comparables ya que hay muchas diferencias metodológicas, sí deja de manifiesto la importancia de ampliar los estudios hacia otros agentes de socialización aparte del padre y de la madre. Lo mismo ocurriría con otras figuras familiares tan importantes como los abuelos, que están recogidos en muy pocas publicaciones y algunas de ellas de cierta antigüedad (Tinsley y Parke, 1984). Actualmente los abuelos constituyen una de las fuentes socializadoras más potentes, ya que, con la incorporación de la mujer al mundo laboral y la progresiva ruptura de los roles tradicionales de género, es común que los progenitores se encuentren ausentes durante muchas horas del día, es en esos momentos cuando los abuelos ejercen cuidado, instrucción y enseñanza de competencias socializadoras que serán fundamentales en el futuro. Además, cabe la posibilidad de que los abuelos ejerzan estilos educativos distintos a los de los padres. Por esta razón, puede ser de gran importancia analizar los respectivos estilos para averiguar posibles inconsistencias que estén perjudicando los resultados de socialización de los niños, como se ha encontrado en otros estudios que analizan la inconsistencia entre los estilos educativos paterno y materno (Miranda et al., 2016).

En segundo lugar, la cultura en la que se desarrolla la socialización es un factor fundamental, ya que es el marco alrededor del cual se establecen las normas sociales que se necesitarán más tarde. Este aspecto hace referencia al entorno de la persona, es decir, el tiempo, espacio, cultura, tradiciones, momento histórico y social. Las

habilidades de socialización pueden variar según algunos de estos criterios hasta el punto de que un sujeto que se encuentra totalmente adaptado en su entorno no lo estuviera en otro diferente, ya sea cambiando de lugar o de época histórica.

Por último, en cuanto al individuo son muchos los factores que pueden influir, desde sus características personales, hasta la etapa evolutiva en la que se encuentre.

Socialización a lo largo del ciclo vital

En general, los autores que han estudiado la socialización parental han considerado que la infancia y la adolescencia son las etapas de mayor vulnerabilidad. De hecho, en meta-análisis exhaustivos sobre socialización parental se ha encontrado que el porcentaje de varianza explicado por las dimensiones de socialización parental, en el ajuste psicológico, son más elevadas en niños que en adultos (Ahmed et al., 2016; Khaleque y Rohner, 2002; Khaleque, 2013; Khaleque, 2015). Los niños y adolescentes se consideran grupos especialmente vulnerables a la influencia paterna y materna en su propio ajuste social y psicológico. Algunos autores tratan de explicar este impacto atendiendo a motivos filogenéticos y de supervivencia, aunque también hay autores que recalcan que en la niñez el vínculo con los padres es muy fuerte, aunque este se va debilitando al llegar a la adolescencia, donde a menudo los amigos y pares suelen mostrar una gran influencia en el desarrollo de la socialización (Khaleque, 2015). No obstante, al llegar a la edad adulta a menudo ese vínculo se fortalece de nuevo, y cabe la posibilidad de que aumente su influencia mutua. Por esta y otras razones, algunos investigadores se plantean seguir examinando estos efectos en todas las etapas evolutivas: niñez, adolescencia, juventud, edad adulta e incluso vejez. Ya que todos los sujetos experimentan procesos de socialización, pero no todos se convierten en miembros funcionales de la sociedad (García y Serra, 2019).

A continuación, en este apartado se expondrán algunos de los resultados más destacados, producto de la revisión bibliográfica previa

a la elaboración de esta tesis, sobre la influencia paterna-materna en distintos criterios de ajuste psicológico, emocional y social de los hijos, organizando los datos según el orden cronológico propio de cada etapa del ciclo vital.

En primer lugar, los estudios centrados en recién nacidos son muy escasos, pero aportan una información muy valiosa sobre el temperamento y el carácter del bebé, que son aspectos biológicos e intrínsecos al individuo. Para estudiar este tema más profundamente en un estudio longitudinal se analizaron diferentes resultados de socialización en niños, atendiendo a la influencia de su familia biológica y adoptiva por separado. Este estudio exploraba las asociaciones entre la calidez durante la infancia y los problemas de conducta en la edad escolar. La muestra combinaba familias adoptivas y biológicas, lo que permitió una estimación más precisa de las influencias ambientales en la aparición de problemas de conducta. La calidez de las madres adoptivas a los 27 meses se asoció a menores niveles de problemas de conducta en el niño a las edades de 6 y 7 años. Estos hallazgos amplían el marco de estudio de investigaciones previas con familias biológicas, destacando el importante papel de la calidez de los padres como una influencia ambiental (Reuben et al., 2016).

El resultado anterior coincide con el encontrado en un estudio longitudinal que comenzó incluso antes del nacimiento del bebé. Los resultados señalaron, por un lado, que el hecho de que los padres siguieran un estilo parental cálido no influyó inmediatamente en la agresividad que mostraba el bebé al nacer, pero sí en las evaluaciones posteriores, incluso en los primeros años de la infancia, llegando a reducir sus niveles de ira y agresividad, incluso cuando el niño pertenecía a una familia con altos factores de riesgo (Perra et al., 2020). Por otro lado, el castigo físico no mostró relación con los niveles de ira y agresividad de los niños. Los autores asocian al estilo parental cálido con resultados de una paternidad positiva, que es capaz de proteger contra la escalada de ira y agresividad desde la primera infancia hasta la niñez. Según los propios autores el estilo parental cálido puede promover interacciones positivas y de apoyo entre padres

e hijos, incluso cuando el comportamiento del niño se vuelve cada vez más desafiante en la preadolescencia (Perra et al., 2020).

La calidez parental también tiene una influencia importante en la siguiente etapa evolutiva: la niñez. Como relata un estudio que asoció niveles más altos de calidez parental con mejor capacidad en la expresión emocional (Hanisch et al., 2014). Este estudio se llevó a cabo en E.E.U.U., con una muestra que combinaba diferentes etnias y buscaba la relación entre el uso de algunas prácticas parentales y el comportamiento antisocial de los hijos, destacando la influencia de la calidez parental y no tanto de la disciplina severa (Hanisch et al., 2014). Para realizar las mediciones los investigadores evaluaron por un lado la calidez parental, mediante observación sistemática y registro de conductas de apoyo y afecto in situ. Por otro lado, se utilizó un método más subjetivo para medir la disciplina severa de los padres: valorar la opinión de los padres en situaciones hipotéticas. Además, para estimar el comportamiento antisocial de los niños se evaluó la presencia de síntomas de trastornos de conducta, así como la dificultad en la gestión y expresión emocional. En los análisis se observó que la disciplina severa de los padres no tuvo gran influencia en la aparición de conductas antisociales posteriores en los hijos. Sin embargo, la calidez parental sí se relacionó con un mayor control y expresión emocional en la infancia (Hanisch et al., 2014).

La niñez es una de las etapas evolutivas más ampliamente estudiadas. De hecho, existen numerosas revisiones sistemáticas centradas únicamente en esta franja de edad. Por ejemplo, en un metaanálisis reciente que recoge más de 120 estudios, llevados a cabo en contextos árabes, donde se han analizado la influencia de las dimensiones de afecto y rechazo en varios criterios de desajuste personal en los niños (Ahmed et al., 2016). Otro ejemplo de análisis sistemático detalla la relación entre estas dimensiones y algunas disposiciones de personalidad, basándose en la PARTheory (Khaleque, 2013). Esta teoría se basa en dos dimensiones principales: aceptación y rechazo. La primera hace referencia a la calidez, afecto, amor, cuidado y apoyo que los padres pueden sentir o expresar hacia sus hijos. La segunda se refiere a la ausencia de calidez, es decir, la falta de amor, atención, cuidado e incluso rechazo hacia los hijos.

Estas dimensiones se organizan en un espectro en el que hay dos extremos opuestos, uno muy cálido y otro caracterizado por el rechazo paterno (Rohner, 1998). El análisis sistemático anterior encontró que los hijos que percibían gran aceptación por parte de sus padres se asociaron a niveles más altos de independencia, autoestima positiva, autoeficacia positiva, estabilidad emocional, capacidad de respuesta emocional y una visión positiva del mundo y por otro lado, bajos niveles de hostilidad y agresión. Por el contrario, aquellos individuos que se perciban a sí mismos como rechazados por sus padres tenderán a mostrar valores más altos en hostilidad, agresión, dependencia, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, así como una visión más negativa del mundo (Khaleque, 2013).

Además de la dimensión de rechazo, hay otras investigaciones que han analizado la influencia de los distintos estilos de socialización parental en diversos criterios de ajuste personal y social en niños. En algunas de estas investigaciones se recalcan los beneficios del estilo autorizativo. Por ejemplo, un equipo canadiense estudió la relación entre el estilo de socialización de la madre, el apego y el ajuste psicológico de los hijos. Su muestra se dividió en dos grupos, el primero de ellos con niños de cuatro a seis años, y el segundo grupo de siete a once años. Para clasificar los estilos parentales se combinaron las medidas en calidez, autonomía psicológica y supervisión percibida. Los investigadores encontraron asociaciones entre el estilo parental autorizativo y un apego seguro, así como a un mejor ajuste psicológico en los hijos. Además, estas asociaciones fueron consistentes en ambos grupos de edad (Karavasilis et al., 2003).

En consonancia con el estudio anterior en un trabajo turco, se midió la relación entre los niveles de agresividad y empatía, mostrados por niños de entre 9 y 11 años, con los estilos parentales de sus padres, según el modelo de Baumrind (1965), con tres estilos principales: permisivo, autoritario y democrático (Avcı y Sak, 2018). El estilo que se asoció a menor puntuación en agresividad fue el democrático. Estos resultados no sorprendieron a los autores, que recalcaban que este hallazgo ya estaba establecido en la literatura científica. Además, añadieron que los padres democráticos tienen el objetivo de educar

desde la seguridad y la autonomía, utilizando prácticas parentales basadas en la supervisión y en el cariño, que son copiadas por los hijos que desarrollarán más fácilmente habilidades sociales suficientes para evitar las conductas agresivas. Sin embargo, la dimensión de empatía no obtuvo correlaciones significativas con las dimensiones de los estilos parentales. En conclusión, los datos revelan que el estilo democrático puede ejercer un efecto protector ante la aparición de conductas agresivas, pero no necesariamente ayuda a desarrollar la empatía (Avcı y Sak, 2018).

Los beneficios del estilo democrático también se encontraron en una investigación estadounidense que partía del modelo tripartito (D. Baumrind, 1965), en la que los niños de familias autorizativas obtenían mejores notas en los exámenes. Aunque este resultado no se daba en todos los subgrupos de la muestra (Dornbusch et al., 1987).

No obstante, el estilo democrático no ha sido el único estilo asociado a resultados adecuados de socialización en niños. En otro estudio asiático el estilo autoritario se presentó como el estilo más apropiado para fomentar el éxito académico, incluso mejor que el estilo autorizativo (Chao, 1994; Chao, 2001). A su vez, el estilo autoritario también ha quedado asociado a una mayor satisfacción con la relación paterna, incluso mejorando las puntuaciones del estilo autorizativo (Quoss y Zhao, 1995).

Los resultados anteriores presentan resultados de socialización apropiados en niños educados bajo estilos parentales con alta presencia de control y supervisión, denotando posibles beneficios del control paterno en esta etapa evolutiva en concreto. Sin embargo, también se encuentran estudios con resultados contradictorios. Concretamente, este estudio investigó la relación de los estilos parentales con la presencia de problemas de conducta y trastornos emocionales en los hijos (Aunola y Nurmi, 2005). Un total de 196 niños (de 5 a 6 años) fueron evaluados en seis momentos diferentes para medir sus problemas de conducta. Las madres y los padres completaron un cuestionario que medía sus estilos parentales una vez al año. Los resultados mostraron que un alto nivel de control psicológico ejercido por las madres combinado con un alto afecto predijo aumentos en los niveles de problemas de conducta de los

niños. El control conductual ejercido por las madres disminuyó la conducta problemática externa de los niños, pero solo cuando se combinó con un bajo nivel de control psicológico (Aunola y Nurmi, 2005).

Al incluir otros factores de ajuste psicosocial se observan ciertas controversias en cuanto a la adecuación del estilo autoritario. Como por ejemplo en una investigación longitudinal llevada a cabo en Canadá, con una muestra niños de entre 2 y 8 años, de diferentes etnias y niveles socioeconómicos, donde los autores recalcaron el efecto perjudicial que podía ejercer un estilo parental hostil en la aparición de conductas agresivas. Sus hallazgos mostraban, además de una ecuación de regresión compleja, capaz de predecir los grupos con mayor tendencia agresiva, una relación estrecha entre ciertos factores familiares de riesgo (p.e.: bajo nivel socioeconómico) y un estilo parental hostil con niveles más altos tanto en agresividad física, como en otros tipos de violencia indirecta (Côté et al., 2007).

Otro ejemplo del apartado anterior lo presenta un estudio longitudinal, que asoció mayores tasas de problemas de conducta y depresión en niños educados bajo un estilo especialmente duro y poco cálido. En este caso, la muestra la componían 897 preadolescentes afroamericanos, y se midieron síntomas depresivos y problemas de conducta. Los comportamientos parentales y los síntomas clínicos se evaluaron en dos momentos temporales diferente: a los diez y a los doce años. Los comportamientos de los padres diferían significativamente según la sintomatología del niño; es decir, cuando un niño no mostró problemas depresivos o de conducta, solo problemas depresivos, solo problemas de conducta, o problemas depresivos y de conducta. Al examinar los comportamientos de los padres, los niños cuyos síntomas aumentaron con el tiempo se asociaron a mayor inconsistencia y hostilidad paterna percibida (Kim et al., 2003).

Como resumen de las influencias de la socialización parental en la etapa de la niñez, cabe señalar dos aportaciones particularmente relevantes. La primera de ellas es que la dimensión de calidez o aceptación paterno-materno es un factor determinante que influye

positivamente en el ajuste psicosocial de los niños. En segundo lugar, que los estilos que más se asocian a resultados de socialización satisfactorios combinan las dimensiones de afecto y control, siendo este último especialmente beneficioso en esta etapa evolutiva en concreto. Una de las razones que pueden llevar a esta última conclusión, es que la etapa de la niñez es un momento en el desarrollo del niño en el que se encuentra muy vinculado a los padres, no solo por razones emocionales, sino de supervivencia. En ese momento el niño necesita a sus padres tanto para cumplir las funciones más básicas (sueño, alimentación, higiene…etc.) como para el aprendizaje de habilidades implicadas en la supervivencia (caminar, hablar…etc.). Esta estrecha relación de dependencia puede paliar el efecto de la dimensión de control, que en etapas posteriores puede llegar a percibirse negativamente.

El tercer bloque de este apartado está centrado principalmente en la preadolescencia y la adolescencia, que son los grupos de edad donde más se ha analizado la relación entre la socialización parental y los criterios de ajuste personal y social.

Esta relación ha sido estudiada en una gran variedad de culturas. Por ejemplo, en un estudio longitudinal chino, donde los autores concluyeron que los estilos de socialización podían tener una contribución diferente en función del sexo del hijo, el rol padre-madre y la edad. Los análisis de regresión revelaron que los resultados eran diferentes para padres y madres. En concreto la calidez materna se asoció a un mayor ajuste emocional de los hijos varones, mientras que la calidez paterna se asoció significativamente a mejor ajuste social y académico. También se encontró que la indulgencia paterna, pero no materna, predecía ciertas dificultades de adaptación de los hijos (Chen et al., 2000).

Centrándose en una etapa evolutiva intermedia entre la niñez y la adolescencia, en un ensayo en el que participaron un total de 2.230 preadolescentes, de entre 10 y 12 años, se encontró que la calidez emocional, el rechazo y la sobreprotección de los padres eran las variables que más impacto ejercían en la agresividad de los jóvenes. Concretamente el rechazo paterno era el factor que más contribuía a

aumentar tanto la agresividad como la tendencia a cometer actos delictivos en los preadolescentes (Buschgens et al., 2010).

En otro estudio basado en la PARTheory, se halló una estrecha relación entre el rechazo paterno-materno percibido y varios índices de desajuste psicológico (Al-Theifary, 1996). En este caso en concreto, se analizó una muestra de adolescentes procedentes de Arabia Saudita y Egipto, y se compararon sus medias en el PARQ (Parental Acceptance-Rejecction Questionnaire) y en el PAQ (Personality Assessment Questionnaire). Los resultados indicaron que la dimensión de rechazo correlacionaba positiva y significativamente con todas las subescalas del PAQ, excepto la de dependencia. En otras palabras, la sensación de rechazo que percibían los menores se asoció a mayor tendencia a la agresión, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, y visión negativa del mundo (Al-Theifary, 1996).

Al parecer la dimensión de rechazo tiene un efecto especialmente perjudicial en la adolescencia, ya que a los resultados expuestos por los estudios anteriores habría que sumar aquellos que estudian la aparición de trastornos psicológicos. Por ejemplo, como el que presentó un estudio italiano basado en la PARTheory, que contaba con una muestra de 2624 adolescentes, en el que se analizó la asociación entre el ajuste psicológico de los menores y las dimensiones de aceptación-rechazo paternos del PARQ (Parental Acceptance-Rejecction Questionnaire). En general, los adolescentes que percibían mayor rechazo por parte de sus padres mostraban más síntomas de ansiedad y depresión (Miranda et al., 2016). Este resultado converge con estudios similares que asocian el rechazo paterno y materno con mayor incidencia de depresión en adolescentes (Nolan et al., 2003). En este caso, la muestra consistió en 240 adolescentes que fueron evaluados en los grados 6, 7 y 8. La evaluación del rechazo se basó en el informe del adolescente, la madre y el maestro, y la evaluación de la depresión se basó en el informe del adolescente y la madre y el médico. En los análisis de datos el rechazo percibido fue capaz de predecir la aparición de síntomas depresivos. Los autores no encontraron que la depresión predijera prospectivamente el rechazo, pero tal relación no puede descartarse debido a las fuertes

correlaciones transversales entre la depresión y el rechazo (Nolan et al., 2003).

En lo que refiere a la influencia en el desarrollo de los adolescentes de las dimensiones principales de modelos más clásicos como el tripartito o el bidimensional, basados en el control y el afecto percibidos (D. Baumrind, 1965; Maccoby y Martin, 1983), los resultados encontrados difieren de unos a otros.

Un estudio europeo que analizó las medias en el PARQ (Parental Acceptance-Rejecction Questionnaire) y el PAQ (Personality Assessment Questionnaire), de niños de entre 11 y 14 años, procedentes de Estonia, llegó a la conclusión de que la aceptación percibida correlacionaba significativamente con el ajuste psicológico en los adolescentes (Tulviste et al., 2008). En general, los hijos/as que percibían menos aceptación tanto de sus padres como de los profesores manifestaban más problemas de conducta. Los autores realizaron un modelo de regresión múltiple que incluía la aceptación paterna, materna y del profesorado, así como el ajuste psicológico. Este modelo fue capaz de explicar el 34% de la varianza en el caso de los varones y el 41% en el caso de las mujeres. Aunque esta influencia no se dio en cuanto al logro académico, ya que no correlacionó significativamente con la aceptación percibida (Tulviste et al., 2008).

En otro trabajo empírico similar al anterior, se les pidió a los adolescentes que completaran medidas de autoinforme sobre los estilos de socialización percibidos, problemas de conducta y la satisfacción con la vida. En este caso, mayores niveles de control en varones sí se asociaron a menores problema de conducta y mejor satisfacción, aunque en el caso de las mujeres fue diferente, debido a que solo mostraron mayor satisfacción si se combinaba con un mayor afecto materno percibido (Di Maggio y Zappulla, 2014). Es decir, las hijas solo se sentían satisfechas si además de control percibían afecto por parte de sus madres.

Al comparar la influencia de cada estilo parental en general en la socialización de los adolescentes en particular, los resultados muestran de nuevo una enorme controversia. Un ejemplo muy oportuno lo

ofrece un estudio español, bajo la dirección de la Universidad de Jaén, que estudió la relación entre los estilos parentales y la agresividad en adolescentes de 12 a 16 años. En este caso se siguió el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) con sus cuatro estilos parentales: autorizativo, autoritario, indulgente y negligente, al mismo tiempo que se tenían en cuenta parámetros de agresividad tanto verbal como física (de la Torre-Cruz et al., 2014). Los resultados indicaron que el estilo autoritario, caracterizado por altas dosis de control y escaso afecto, se asociaba sistemáticamente a las tasas más altas en agresividad física y verbal, así como en otras dimensiones como la ira y la hostilidad manifestada por los propios adolescentes. Los autores plantean la posibilidad de que la disciplina estricta se vincule a mayores manifestaciones violentas, debido a las características intrínsecas del estilo autoritario en el que se practica la obediencia sin diálogo. Por el contrario, los adolescentes de familias autorizativas mostraban las tasas más bajas en ira, hostilidad, agresividad física y verbal. Cabe mencionar que, en el caso del estilo parental paterno (y no materno), los estilos autorizativos e indulgente mostraron puntuaciones similares, incluso en análisis post hoc de Bonferroni. Asimismo, los autores recalcan que hay otras prácticas parentales que no son propias del estilo autoritario, como son: la manipulación, la provocación de culpa, retirada de afecto o control psicológico, que pueden alterar el ajuste psicológico de los jóvenes en múltiples contextos, incluidas las relaciones con sus iguales (de la Torre-Cruz et al., 2014).

A los anteriores resultados cabría añadir una serie de estudios que encuentran ambigüedades y conclusiones contradictorias en el efecto beneficioso-perjudicial de los estilos autoritario y permisivo. El primero de estos trabajos se realizó en Estados Unidos, con el objetivo principal de describir la influencia de los estilos parentales en las conductas violentas de sus hijos. Se examinaron las trayectorias agresivas de adolescentes de entre 9 y 13 años, referidas por sus profesores, incluyendo tanto la violencia física como la social. Los grupos con hijos de madres autoritarias y padres permisivos, moderados por otras variables de carácter socioeconómico, tendían a mostrar mayores niveles de agresividad (Underwood et al., 2009). Estos resultados coinciden con los encontrados en otro artículo elaborado por un equipo de la *Universitat de València*, que analizó la

influencia diferenciada de padres y madres sobre la conducta agresiva de sus hijos, mediados por otros factores como la inseguridad (Tur Porcar et al., 2012). Los resultados destacaban los efectos perjudiciales de los estilos parentales caracterizados por la hostilidad y la permisividad. Ambas dimensiones se asociaban con la aparición de conductas agresivas en los menores. En primer lugar, la hostilidad materna se relacionó con la agresividad tanto en hijos como en hijas. En segundo lugar, el estilo permisivo mostró efectos diferenciados. Por un lado, la permisividad paterna se relacionó con mayor agresividad en las hijas, mientras que con los hijos varones fue la permisividad materna la que produjo los efectos más perjudiciales (Tur Porcar et al., 2012).

A la controversia anterior cabe añadir un conjunto creciente de investigaciones que asocian sistemáticamente al estilo indulgente con los mejores resultados de socialización en adolescentes, mejorando incluso las puntuaciones en algunas áreas con respecto al estilo autorizativo. Concretamente, en un estudio español el estilo indulgente mostró puntuaciones similares a la del estilo autorizativo en el abuso de sustancia y presencia de trastornos similares, sin embargo, mejoró estas puntuaciones en las áreas de rendimiento académico y autoestima (Calafat et al., 2014).

Los efectos beneficiosos del estilo indulgente en adolescentes se observan también en artículos centrados en áreas más sociales, donde el estilo indulgente se relacionó con un bajo nivel de sexismo. Además, se halló una correlación negativa entre nivel educativo parental y su nivel de sexismo, así como entre el nivel educativo maternal y el sexismo en sus hijas. En conclusión, los autores expresaron que el estilo indulgente y un alto nivel educativo maternal fomentaban actitudes menos sexistas (Garaigordobil y Aliri, 2012).

Una de las dimensiones donde más impacto tiene el estilo indulgente, frente al resto de estilos, es el autoconcepto. Son varios los artículos que asocian al estilo indulgente, basado fundamentalmente en el afecto y no en la imposición parental, con los mejores resultados en autoconcepto (Fuentes et al., 2015). Esta conclusión se encuentra repetidamente en la literatura científica que asocia las puntuaciones

más altas en autoconcepto al estilo indulgente, así como las más bajas al estilo autoritario tanto en la cultura española (de la Torre-Cruz et al., 2015), como en la brasileña (Martinez y Garcia, 2008; Martínez et al., 2007) y portuguesa (Rodrigues et al., 2013).

En resumen, los estudios centrados en la adolescencia y preadolescencia son abundantes pero controvertidos. A pesar de que hay artículos específicos que señalan que la dimensión de control puede ser beneficiosa para mejorar el comportamiento de los adolescentes, este aspecto parece incidir especialmente en los varones, encontrando patrones diferentes según el sexo. Sin embargo, hay trabajos que señalan asociaciones directas entre un estilo parental autoritario y mayor tasa de problemas de conducta, ira y hostilidad en los jóvenes. En cuanto, a los estilos más adecuados, en general tanto el estilo autorizativo como el indulgente se asocian en repetidas ocasiones a resultados óptimos de socialización, sin embargo un conjunto creciente de la literatura científica, centrada en contextos europeos y latinoamericanos, han expuesto mejores resultados asociados al estilo indulgente, mejorando las puntuaciones del estilo autorizativo en áreas como autoestima, autoconcepto y menor presencia de actitudes sexistas (Calafat et al., 2014; Fuentes et al., 2015; Garaigordobil y Aliri, 2012).

A pesar de las controversias en los resultados de socialización en esta población específica, sí hay un consenso común en lo que se refiere a las dimensiones de calidez y rechazo, que siguen patrones similares a los encontrados en otras etapas evolutivas. Así, la calidez paterna-materna se ha asociado tanto a mayor ajuste emocional, social, así como a un mejor rendimiento académico y menor tasa de problemas de conducta. Por otro lado, el rechazo paterno, al igual que ocurre en etapas anteriores y posteriores, se ha asociado a mayor desajuste psicológico, agresividad, delincuencia e incluso a la aparición de problemas psicológicos como ansiedad y depresión, tanto cuando está presente en las figuras de los padres, como en otros agentes socializadores importantes como los profesores (Nolan et al., 2003).

Las conclusiones de los estudios centrados en la adolescencia ponen de manifiesto las múltiples influencias que se dan en esta etapa

evolutiva, donde los padres adquieren un rol más secundario, para dar más protagonismo a otros agentes socializadores clave (amigos, profesores…etc.). El escaso consenso científico sobre el impacto de cada uno de estos agentes y la dirección de la influencia deja de manifiesto la importancia de seguir estudiando el proceso de socialización en etapa evolutiva en concreto, ya que a pesar de que hay un cuerpo muy abundante de literatura científica, esta no ha encontrado puntos comunes consolidados. Por esta razón, este trabajo en particular ha pretendido continuar esclareciendo la dirección de esas conclusiones al recoger datos de adolescentes, de entre 12 a 18 años y compararlos con otros grupos de edad escasamente estudiados, como el de adultos jóvenes.

Precisamente el tercer bloque de este apartado organizado según las etapas del ciclo vital se centra en uno de los grupos de edad menos abarcados en la bibliografía científica sobre socialización parental: la adultez.

Llama la atención la escasa bibliografía sobre el tema que recoja información más allá de los 18 años. Además, la bibliografía encontrada está más centrada en los efectos perjudiciales de una u otra dimensión, más que en valorar los efectos beneficiosos. Así, en un estudio llevado a cabo en Croacia, que preguntó a estudiantes universitarios, se encontraron asociaciones entre la percepción de los hijos del rechazo del padre y mayores niveles de comportamiento agresivo no solo en la niñez sino también en la edad adulta (Kuterovac-Jagodić y Keresteš, 1997). Asimismo, en otro estudio basado en las dimensiones de control y afecto, los datos mostraron que los hijos de familias afroamericanas autoritarias tenían más posibilidades de abusar del alcohol, señalando algunas diferencias entre etnias (Valente et al., 2017).

La escasa bibliografía sobre la influencia de la socialización parental más allá de la mayoría de edad es evidente. Este es uno de los motivos principales que ha llevado a organizar la recogida de datos de este trabajo para ampliar el estudio en esta etapa tan infravalorada. Por esta razón, uno de los grupos principales de la muestra en esta tesis la compone el grupo de jóvenes adultos, que van desde los 18 a los 35 años. El objetivo principal es aumentar el estudio en aquellas etapas

evolutivas sistemáticamente ignoradas en el abordaje del impacto de los diferentes estilos parentales después de la adolescencia.

Uno de los trabajos que se han tomado como guía para la elaboración de esta tesis utiliza grupos de edad similares. Concretamente este artículo español, enfocado en este subgrupo de adultos, analiza la influencia de los estilos parentales según el modelo bidimensional en la conducta antisocial (Maccoby y Martin, 1983). Los primeros hallazgos asocian a los estilos autorizativos e indulgentes con los resultados más óptimos, repitiendo patrones similares encontrados en etapas como la niñez (Garcia et al., 2018). Este estudio analizó patrones de competencia y ajuste en adultos jóvenes que mostraron (o no) tendencia antisocial durante la adolescencia. Los estilos parentales se basaron en el modelo bidimensional, que da lugar a cuatro estilos de socialización: autorizativo (caracterizado por calidez y control), autoritario (control pero no calidez), indulgente (calidez sin control) y negligente (escaso en ambas dimensiones) (Maccoby y Martin, 1983). El ajuste psicológico se midió a través de la autoestima (académica y familiar), el desarrollo psicosocial (autocompetencia y empatía) y una baja inadaptación emocional (nerviosismo y hostilidad). Participaron un total de 489 adultos jóvenes españoles, 191 hombres (39,1%) y 298 mujeres (60,9%), de 18 a 34 años. El diseño fue un MANOVA 4 × 2 × 2 × 2 (estilo parental × tendencia antisocial × sexo × edad). El análisis de los efectos principales mostró que los jóvenes con tendencia antisocial tenían menos autoestima y desarrollo psicosocial, así como más inadaptación emocional. Independientemente del estilo de socialización, una tendencia antisocial durante la adolescencia se asociaba consistentemente con un peor ajuste en los adultos jóvenes. Tanto el estilo de socialización autorizativo como el indulgente se asociaron consistentemente con mejores resultados (mayor autoestima y desarrollo psicosocial, y menor desajuste emocional) en comparación con el resto de los estilos. Sin embargo, se hallaron interacciones entre el estilo y la tendencia antisocial. Para los adultos jóvenes sin una tendencia antisocial, solo la paternidad indulgente se asocia con menos inadaptación emocional. Estos resultados apoyan la idea de que en Europa el estilo indulgente funciona mejor que el estilo autoritario, pero solo en aquellos sujetos sin una marcada tendencia a la agresión. Para los adultos jóvenes con una tendencia antisocial, la

paternidad indulgente y autoritorizativa es igualmente óptima para todos los resultados estudiados (Garcia et al., 2018).

El trabajo anterior ha servido como modelo en la elaboración de esta tesis, ampliando en este caso los grupos de edad, para realizar comparaciones entre el grupo de edad de adolescentes y de adultos jóvenes. Añadiendo una nueva e importante contribución a esta parte de la literatura tan poco estudiada. De hecho, esa es una de las contribuciones más significativas de este trabajo, ya que son muy pocos los estudios capaces de comparar resultados de socialización entre grupos estrechamente relacionados como son la adolescencia y la adultez emergente.

El último apartado de este bloque se basará en los estudios que combinan participantes de varias etapas del ciclo vital y que comparan sus resultados, aunque cabe añadir que de nuevo las etapas evolutivas más estudiadas son la niñez y la adolescencia, quedando los adultos y personas mayores prácticamente sin representación. Asimismo, debido a la escasez de bibliografía se presentarán todos los artículos analizados en la revisión bibliográfica previa a esta tesis, incluyendo aquellas aportaciones desde otras disciplinas científicas. Por ejemplo, un estudio que analizaba la etiología genética de la conducta agresiva, en gemelos de entre 6 y 18 años, registrando las conductas violentas que informaban tanto ellos mismos como sus madres. Los resultados en el caso de las madres mostraban que el factor genético era capaz de explicar el 63% de la varianza, mientras que las auto-informaciones de los propios gemelos apenas explicaban el 9% (Tackett et al., 2009). La investigación en socialización parental ha recibido aportaciones desde todo tipo de disciplinas, especialmente de aquellas que tienen en cuenta la personalidad y el ajuste social de los niños y de los adolescentes (Siegel, 2003).

Algunos de los factores más estudiados en artículos previos centrados en solo una etapa evolutiva se repiten en estudios que combinan diferentes grupos de edad. Como por ejemplo una revisión sistemática que recoge más de 48 estudios, donde sus autores reiteraban que las prácticas positivas parentales (caracterizadas por su calidez y afecto) se asociaban a menores tasas de conductas agresivas en los niños, mientras que las prácticas parentales negativas

(disciplina estricta y falta de atención) se asociaban a mayor agresividad en niños y adolescentes, independientemente del grupo de edad (Kawabata et al., 2011). Otra revisión similar, pero en este caso centrada en niños y adultos, concluyó que la influencia del amor paterno en el desarrollo de los hijos es más potente que la materna (Rohner y Veneziano, 2001).

Al comparar resultados entre niños y adultos los autores llegan a consenso casi unánime que relaciona la percepción de calidez y aceptación con mayores niveles de ajuste psicológicos en niños y adultos. Así como una asociación entre rechazo y desajuste.

Como prueba de ello en un metaanálisis transcultural basado en 220 estudios con más de 33.081 encuestados de 23 países en los cinco continentes, se abordó la influencia del acepto-rechazo marental-parental percibido con el ajuste psicológico tanto en niños como en adultos. Los resultados mostraron que tanto la aceptación paterna como la materna se correlacionan significativamente con el ajuste psicológico de niños y adultos en todas las culturas. El estudio también mostró que no hay diferencias de género en la relación entre la percepción de los niños de la aceptación de los padres y su ajuste psicológico (Ali et al., 2015).

En la línea del trabajo anterior existe un metaanálisis centrado en la percepción de aceptación-rechazo parental y el ajuste psicológico de los hijos, en el que se analizaron 43 estudios realizados por todo el mundo. Los autores incluyeron únicamente estudios basados en la Partheory, y que usaran los instrumentos del PARQ y el PAQ (Khaleque y Rohner, 2002). Las conclusiones fueron modestas, a pesar de que encontraron una fuerte asociación entre las dimensiones de aceptación-rechazo y ajuste psicológico, no fue posible establecer una relación causa-efecto. La mayoría de los artículos analizados mostraba una relación entre la dimensión de aceptación y el ajuste psicológico, por un lado, y la dimensión de rechazo y el desajuste psicológico. Sin embargo, no se encontró homogeneidad en el porcentaje de varianza explicado por ambas dimensiones. En general, los estudios centrados en adultos eran capaces de explicar un 21% de la varianza, y en los que estaban centrados en niños hasta un 26%

(Khaleque y Rohner, 2002). Los datos anteriores pueden indicar que la influencia paterna-materna pierde influencia a medida que aumenta la edad. De hecho, este resultado se ha encontrado en estudios similares (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012).

Al acortar las distancias entre los grupos del estudio los resultados entre los grupos se asemejan más que al analizar etapas evolutivas más alejadas. Por ejemplo, en estudio que exploró las relaciones entre el castigo corporal, la percepción de aceptación de los padres y el ajuste psicológico de 427 jóvenes turcos de entre 10 y 18 años. Los resultados de los análisis de regresión múltiple mostraron que las percepciones tanto de los niños como de los adolescentes sobre la aceptación tanto materna como paterna hicieron contribuciones independientes y significativas a las variaciones en el ajuste psicológico. Concretamente los análisis de regresión mostraron que ni el castigo materno ni el castigo paterno por sí mismos hicieron afectaban a las variaciones en el ajuste de los jóvenes cuando se controlaba la influencia de la percepción de aceptación materna y paterna. Por lo tanto, las relaciones aparentes entre el castigo de los padres y el ajuste psicológico de los jóvenes estaban casi completamente mediadas por las percepciones de los jóvenes sobre la aceptación de los padres. Ni el sexo ni la edad de los jóvenes se asociaron con la percepción de aceptación o castigo de los padres (Erkman y Rohner, 2006).

Partiendo de modelos basados en estilos parentales de socialización parental, tradicionalmente la bibliografía científica ha señalado que los niños y adolescentes de familias autorizativas tienen mejores resultados de desarrollo que sus pares educados en un estilo autoritario, indulgente o negligente, aunque la mayoría de estos estudios se centran en contextos anglosajones con muestras principalmente europeo-americanas (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006).

Sin embargo, otros estudios han cuestionado la idea de que el estilo autorizativo se asocie sistemáticamente con los mejores resultados de ajuste en niños y adolescentes, especialmente al incluir

muestras de diferentes etnias y contextos (D. Baumrind, 1972; Clark et al., 2015; Darling y Steinberg, 1993; García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2014). Por ejemplo, en un estudio español que comparaba la influencia de cada estilo parental (autorizativo, autoritario, indulgente) con el ajuste psicológico social en niños y adolescentes, de 10 a 14 años, se los estilos familiares autorizativo e indulgente se correspondían generalmente con mejores puntuaciones en los criterios de ajuste que los autoritarios y negligentes. Además, al analizar los subgrupos y comparar sus medias, los resultados indicaron que el estilo familiar idóneo en España es el indulgente, ya que las puntuaciones de los hijos de esas familias siempre fueron equivalentes, o incluso mejores, que los de las familias autorizativas (García y Gracia, 2010).

Por último, en este último bloque de resultados se expondrán trabajos empíricos que combinen dos o más grupos de participantes pertenecientes a distintas etapas vitales. Como primer ejemplo, a continuación, se mostrará un trabajo que ha asentado las bases para la realización de esta tesis, y que propone a los estilos de socialización indulgente y autorizativo como los más adecuados en todos los grupos de edad, y que incluso en algunos correlatos el estilo indulgente mejora las puntuaciones. Este estudio examina los estilos de socialización autorizativo, indulgente, autoritario y negligente de los padres con resultados de socialización a corto y largo plazo en adolescentes y adultos, con y sin bajo rendimiento escolar durante la adolescencia. Las mediciones se centraron en el autoconcepto (académico / profesional, emocional y familiar), madurez psicológica (autocompetencia, competencia social y empatía) y desajuste emocional (nerviosismo, inestabilidad emocional y hostilidad). Los participantes se repartían a lo largo del ciclo vital: adolescentes, adultos jóvenes, adultos de mediana edad y adultos mayores. El diseño consistió en un MANOVA 4 × 3 × 2 × 4 (estilo parental × rendimiento escolar × sexo × edad). Los resultados indicaron que la relación entre los estilos de socialización y los criterios de ajuste de los niños no varía en función del desempeño escolar. El vínculo entre los estilos de socialización y los criterios de ajuste comparte un patrón común a corto y largo plazo en adolescentes y adultos: el estilo indulgente se relacionó con resultados de socialización iguales o incluso mejores

que el estilo autorizativo, mientras que los estilos autoritarios y negligentes se asociaron con los peores resultados de socialización en todas las áreas (García y Serra, 2019).

Finalmente, siguiendo la línea del trabajo anterior se presenta un artículo que ha cimentado la base en la construcción y elaboración de esta tesis. En este estudio en concreto se analizaron los estilos de socialización parental y sus resultados a corto y largo plazo aplicando el modelo bidimensional (Maccoby y Martin, 1983). Como resultados de la socialización parental se evaluaron la autoestima y la internalización de los valores sociales. Los participantes fueron adolescentes y adultos españoles (García et al., 2018). Los resultados indicaron que tanto los adolescentes como los adultos de las familias indulgentes mostraron igual e incluso mayor autoestima que los de las familias autorizativas, mientras que los hijos de las familias autoritarias y negligentes se asociaban de manera consistente a los niveles de autoestima más bajos. Respecto a la internalización de los valores sociales, los adolescentes y adultos mayores de familias indulgentes y autorizativas priorizaron los valores de autotrascendencia (universalismo y benevolencia) y conservación (seguridad, conformidad y tradición) en comparación con los de hogares autoritarios y negligentes. De nuevo los sujetos de familias negligentes y autoritarias mostraron puntuaciones más bajas en todas las medidas de internalización de valores sociales. Estos resultados sugieren que la combinación de altos niveles de aceptación e implicación, junto con bajos niveles de severidad e imposición (el estilo parental indulgente), puede suponer la estrategia parental óptima en el contexto cultural donde se ha realizado el estudio y que la relación entre los estilos parentales y los resultados de la socialización comparten un mismo patrón a corto y largo plazo (García et al., 2018).

Los trabajos anteriores revelan varios aspectos fundamentales: Por un lado, los resultados muestran patrones similares de ajuste en todos los grupos de edad, encontrando una relación significativa entre pautas parentales basadas en el afecto y un mayor ajuste psicológico. Por otro lado, a pesar de que la influencia paterna-materna pueda perder impacto a medida que el hijo va aumentando su independencia, esta no desaparece al llegar a la edad adulta, sino que a menudo se

fortalece debido a la interacción con más capas del árbol genealógico (p.e. nietos). De esta manera, cuando ese hijo crea su propia familia sigue ligado psicológica y socialmente a su núcleo familiar de procedencia.

La familia como contexto socializador

La familia constituye la primera fuente de influencia en el individuo, por lo que en el proceso de socialización adquiere una gran relevancia, tal y como apuntan algunas investigaciones que utilizan la socialización parental como uno de los criterios clave en la aparición de problemas adaptativos (Garcia et al., 2018; García y Gracia, 2009; García et al., 2018; Kremers et al., 2003; E. E. Maccoby y Martin, 1983).

A menudo los primeros procesos de socialización para un niño provienen de sus padres, que son los mayores responsables de la internalización de las normas sociales. Esta socialización de los padres, llamada parental, comienza con el nacimiento de los hijos y se desarrolla más acusadamente durante la adolescencia. Sus efectos, sin embargo, permanecerán en sus hijos toda la vida (Hoffman, 1975).

La socialización parental se desarrolla principalmente en el seno familiar. No obstante, el concepto de familia ha dado lugar a numerosas controversias debido a su variedad. Palacios y Rodrigo (1998), especialistas en desarrollo psicológico y educación, así como en asesoramiento familiar, defienden que este concepto implica la unión de al menos dos personas, que comparten un proyecto vital a medio o largo plazo, en el que se desarrolla un sentimiento de pertenencia hacia el grupo, compromiso y relaciones potentes de intimidad, reciprocidad y dependencia. En esta definición se encontrarían tanto las familias tradicionales con menores a su cargo como las familias formadas por una pareja romántica. No obstante, para que la socialización parental ejerza su influencia es necesaria la existencia de al menos un individuo con rol de moldeador y otro con rol de aprendiz. Tradicionalmente estos roles se han llevado a cabo

por los padres y madres hacia sus hijos, aunque la concepción de familia actual ha ampliado este horizonte, de manera que es posible que la influencia la ejerzan otros cuidadores como abuelos, tíos e incluso tutores legales en caso de acogidas y adopciones.

En algunas de las investigaciones relacionadas con la socialización parental es común que se le pida al sujeto que especifiquen sus agentes socializadores principales (García et al., 2018). De hecho, algunas de las investigaciones que tienen en cuenta otros agentes socializadores aparte del padre y de la madre aumentan la cantidad de varianza explicada (Tulviste et al., 2008).

Además, hay estudios que analizan el alcance de los procesos que se dan dentro de la familia, como la separación o el divorcio. Por ejemplo, un grupo de investigadores italianos encontraron que los adolescentes con padres divorciados mostraron más comportamientos agresivos y más síntomas de ansiedad y depresión que aquellos cuyos padres vivían juntos (Miranda et al., 2016). Todo lo anterior deja de manifiesto la importancia de estudiar las dinámicas familiares más internas, analizando la situación familiar y otorgando a cada agente socializador un valor por separado. Sobre todo, si afecta a la aparición de conductas disruptivas no deseadas.

Asimismo, este proceso no se desarrolla solo de forma descendente, sino que tiene una dirección bidireccional, ya que produce cambios a todos los niveles, modificando la conducta y las actitudes de todos los miembros de la familia (E. E. Maccoby, 2007), o lo que es lo mismo, el proceso de socialización va de padres a hijos, y viceversa. Actualmente estamos ante uno de los momentos históricos más dinámicos de la historia, ya que las nuevas generaciones tienen habilidades que sus padres no poseen y que resultan muy útiles, como por ejemplo el manejo en las nuevas tecnologías. Tradicionalmente los padres trasmitían el conocimiento a los hijos, de forma descendente, como ocurre con habilidades de construcción, agricultura…etc., esta trasmisión de información tan importante para la supervivencia dotaba a los progenitores de una situación más elevada en este proceso de socialización, sin embargo, actualmente muchos niños ayudan a sus padres con aspectos de

tecnología y ciencias de la comunicación, que sus padres desconocen pero que necesitan para ejercer su trabajo o ser competentes. De esta manera el proceso se vuelve bidireccional, aprendiendo padres e hijos mutuamente, tal y como señala Maccoby, Eleanor (2007). Lo mismo ocurre con competencias más involucradas en la socialización, y más aún cuando se introducen aspectos relacionados con redes sociales, tan utilizadas por los jóvenes, pero tan desconocidas para sus padres.

Antecedentes en la investigación sobre socialización parental

La forma que toma la socialización puede ser muy variada, por lo que en el inicio de la investigación en este tema fueron surgiendo conceptos que ayudaron a delimitar y clarificar esta línea del conocimiento.

Anteriormente algunos autores, en especial los que seguían el modelo psicodinámico, dieron énfasis a los aspectos emocionales de la relación entre padres e hijos. Aunque esta postura dio lugar a un gran número de investigaciones cualitativas, con una importante aportación a la base de este constructo, fueron muchos los autores que intentaron darle un enfoque más científico. Desde una perspectiva centrada en la teoría del aprendizaje, se utilizaron medidas más objetivas y tangibles, estudiando prácticas parentales específicas, como el diálogo, el castigo físico…etc.

Durante las décadas de los años veinte, treinta y cincuenta del siglo pasado se publicaron un gran cuerpo de artículos que trataban de explicar los procesos implicados en la socialización parental. Del compendio de todos ellos, surgieron las dimensiones de los estilos parentales.

Gracias a la sistematización de las investigaciones de la época que recogían un gran repertorio de pautas parentales, junto a las percepciones subjetivas de las investigaciones cualitativas, fue posible la realización de un heurístico que ponía todas esas medidas en común: los estilos parentales.

Uno de los modelos pioneros en la conceptualización sobre los estilos parentales fue el de Baumrind, D. (1965), que subrayaba que los valores y las creencias de los padres por un lado, y la naturaleza de los niños por otro, ayudaban a definir tanto patrones naturales de afecto como las prácticas parentales más adecuadas.

Este modelo tuvo gran repercusión por varias razones. En primer lugar, determinó las múltiples dimensiones de la conducta de los padres, siendo capaz de definir cada estilo como una combinación lineal de estas dimensiones (Baumrind, 1965). En segundo lugar, tras un minucioso análisis de la dimensión de control, la autora fue capaz de entresacar tres estilos parentales: permisivo, autoritario y autorizativo, creando un modelo al que a menudo se le referencia como modelo tripartito (Musitu y García, 2004).

A partir de ese momento la investigación en socialización parental se estructuró y proliferaron los estudios que analizaban los tres tipos de estilos parentales. En estos trabajos las dimensiones no estaban todavía estructuradas, y cada autor podía utilizar diferentes etiquetas para la misma dimensión, según la forma de medición que se hubiera utilizado. En general el foco de atención se centró en la dimensión de control, que hacía referencia a la imposición que los padres ejercían sobre los hijos, y en la dimensión de comunicación, en la que se medía el tipo de relación que había en el seno familiar, como por ejemplo la forma de hablar, dar órdenes y trasmitir afecto.

Posteriormente, en la década de los ochenta, Maccoby E.E. y Martin J. A. (1983) basándose en el modelo tripartito propusieron un modelo bidimensional, con dos dimensiones principales, que cambió el paradigma de la socialización parental.

Modelo bidimensional de socialización parental de Maccoby y Martin (1983)

El modelo bidimensional de Maccoby E.E. y Martin J.A. (1983), está centrado en dos dimensiones teóricamente independientes: exigencia y afecto. La primera se refiere al control que los padres

ejercen sobre sus hijos para moldear su conducta, imponiendo para ello su autoridad, por lo que es común encontrar esta dimensión bajo etiquetas como severidad, imposición o control (García et al., 2018). La segunda dimensión mide la aceptación y calidez que los padres muestran hacia sus hijos, recibiendo a menudo otros nombres como aceptación, implicación o responsividad (Garcia et al., 2018).

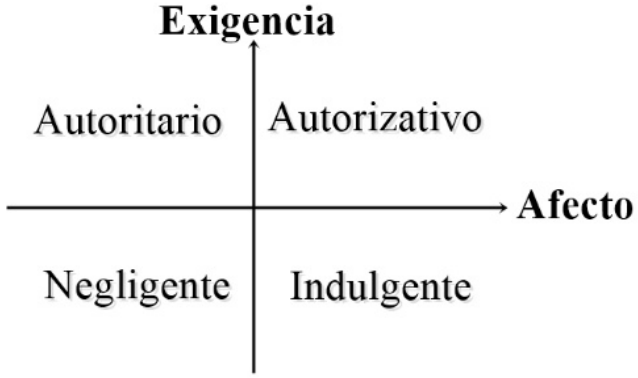


Figura 1*: Modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983)*

Según los autores estas dos dimensiones son teóricamente ortogonales y se cruzan en un eje perpendicular que da lugar a cuatro tipos de estilos parentales: autoritario, autorizativo, permisivo y negligente. En otras palabras, mediante la combinación de estas dos dimensiones surgen cuatro estilos de socialización parental: Autoritario, caracterizado por una gran exigencia y escaso afecto; Indulgente, contrario al autoritario, tiene escasa exigencia pero mucho afecto; Autorizativo, con grandes dosis tanto de afecto como de exigencia; Negligente, escaso en ambas dimensiones (Darling y Steinberg, 1993; Maccoby y Martin, 1983).

El modelo bidimensional ha tenido un gran impacto en la investigación sobre socialización familiar. Ha contribuido a definir los límites de cada estilo parental, que a menudo con modelos anteriores estaban difuminados al compartir algunos rasgos comunes, tal y como

criticaban duramente algunos autores (Darling y Steinberg, 1993; Lewis, 1981).

Asimismo, el modelo de Maccoby y Martin (1983) añade un cuarto estilo parental: negligente, que ocasionalmente solapaba sus puntuaciones con el estilo permisivo por su bajo nivel en control, o con el estilo autoritario por su escasa implicación afectiva, pero que en la práctica se trata de estilos muy diferentes. En el estilo negligente los padres están ausentes, es decir, son padres que ni se preocupan emocionalmente de su hijo ni le marcan ninguna norma, con todas las carencias que eso implica, mientras que los padres permisivos, aunque no ponen normas estrictas sí ejercen una paternidad activa en el cuidado, mostrando mucho cariño y apoyo incondicional. Por otro lado, en el estilo autoritario los padres no muestran afecto tal y como ocurre en el estilo negligente, sin embargo, sí que imponen una serie de normas de obligado cumplimiento.

Desde los inicios de la investigación en este tema se observó que cada estilo parental ejercía una influencia diferente, sin embargo, con la inclusión de un cuarto estilo estas discrepancias han dado lugar a resultados de socialización muy distintos, incluso opuestos, especialmente entre el estilo permisivo y el negligente que utilizando modelos anteriores no se distinguían con tanta exactitud (García y Gracia, 2009).

Tal como se ha mencionado en este aparado el modelo bidimensional tiene muchas ventajas que le hacen destacar en el estudio de la socialización parental. Además del volumen de investigaciones científicas que le respaldan, así como autores de gran prestigio, cuenta con cuatro estilos parentales diferentes, de manera que se pueden buscar asociaciones entre cada uno de esos estilos con multitud de criterios de ajuste psicológico. Por esta y otras razones en este trabajo en concreto se ha utilizado como marco de referencia el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) para analizar el alcance que tienen las dimensiones de control y de afecto en la conducta y en el ajuste psicológico y social de los hijos.

Dimensión de afecto

Previamente a la elaboración de este trabajo empírico ha sido necesaria la realización de una revisión bibliográfica sobre la influencia de las dimensiones de afecto, por un lado, y control por otro. A continuación, se expondrán los resultados más relevantes organizados en tres bloques principales: El primero de ellos organiza los resultados atendiendo al modelo teórico del que parte este trabajo: el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983). En segundo lugar, se valorarán las aportaciones que provienen de otros modelos teóricos fundamentados científicamente: La PARTheory (Rohner, 1998). Por último, se expondrán resultados encontrados relacionados con la calidez parental percibida, que a menudo correlaciona muy significativamente con la dimensión de afecto del modelo bidimensional (E. E. Maccoby, 2007).

Desde la bibliografía que parte del modelo de Maccoby y Martin (1983) los resultados señalan repetidamente la influencia positiva de la dimensión de afecto en diferentes áreas psicológicas y sociales, de manera que prácticamente hay un consenso generalizado que asocia resultados de socialización óptimos a los estilos parentales con mayor nivel de afecto: autorizativo e indulgente.

En revisiones sistemáticas sobre el tema, el estilo autorizativo se ha asociado a una menor incidencia de trastornos emocionales y problemas de conducta en Norteamérica, Oeste de Europa, Sudeste de Asia, Australia y algunos países árabes (Pinquart y Kauser, 2018). De hecho, tradicionalmente los expertos en esta área han señalado reiteradamente que los hijos de familias autorizativas obtienen mejores resultados de desarrollo que sus pares educados bajo cualquiera del resto de estilos de socialización parental. Aunque es importante añadir que la mayoría de estos estudios se centran en contextos anglosajones con muestras principalmente europeo-americanas (Baumrind, 1967; Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006). Especialmente en contextos occidentales, los hijos de familias autorizativas presentan mejores resultados académicos en comparación con el resto de estilos de socialización parental

(Dornbusch et al., 1987; Pinquart y Kauser, 2018). Finalmente, el estilo autorizativo también se ha asociado positivamente a otros criterios de ajuste psicológico, así como con un apego seguro con la madre, tanto en niños como en preadolescentes (Karavasilis et al., 2003).

Los resultados anteriores enfatizan los beneficios de la dimensión de afecto, aunque en este caso combinada con altas dosis de la dimensión de control, ya que el estilo autorizativo mantiene un delicado equilibrio entre ellas. Sin embargo, existe un grupo creciente de autores que han pretendido estudiar el beneficio de la dimensión de afecto por separado, enfatizando su papel protector ante la aparición de conductas no deseadas en los hijos (García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; Moreno-Ruiz et al., 2018; Suárez-Relinque et al., 2019). Concretamente algunos autores han encontrado menores tasas de conductas agresivas, delincuentes (García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019; Suárez-Relinque et al., 2019; Villarejo et al., 2020), así como menor abuso de sustancias en hijos de familias indulgentes (Calafat et al., 2014), incluso por debajo de las puntuaciones de los hijos de familias autorizativas.

Asimismo, un conjunto creciente de la literatura sobre el tema ha asociado el estilo de socialización indulgente, caracterizado por tener alto afecto pero escaso control paterno, con resultados de socialización muy apropiados, mejorando en algunos casos a los obtenidos por las familias autorizativas. Concretamente, los hijos de familias indulgentes tenían puntuaciones superiores en autoestima y autoconcepto (de la Torre-Cruz et al., 2015; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2014; García y Serra, 2019; Musitu y García, 2004; Riquelme et al., 2018; Rodrigues et al., 2013), más madurez y competencia psicosocial (García y Serra, 2019; Kazemi et al., 2010) y en general mejor ajuste psicológico (Calafat et al., 2014; García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; García et al., 2018) en comparación con el resto de estilos parentales.

También cabe mencionar la influencia positiva que ha mostrado el estilo indulgente en otros factores de carácter ambiental y social, que afectarían al ajuste del individuo en la sociedad. Por ejemplo, en

un estudio que encontró que los hijos de familias indulgentes mostraron una actitud más ecologista en comparación con el resto de estilos (Musitu-Ferrer et al., 2019), lo que podría propiciar la aparición de prácticas de protección del medio ambiente y mayor respeto al mismo. Este aspecto es tan específico que hay muy pocas investigaciones sobre el tema, pese a ser una actitud muy necesaria en el próximo siglo, sobre todo a partir de la transición ecológica que se está llevando a cabo en Europa.

Por otro lado, el estilo indulgente también se ha asociado con otra actitud que estará muy presente en el próximo siglo: el feminismo. A pesar de que este apartado podría abarcar toda una tesis doctoral, es necesario añadir un pequeño párrafo que exprese la asociación encontrada por varios estudios científicos entre el estilo parental indulgente y actitudes menos discriminatorias hacia la mujer (Garaigordobil y Aliri, 2012; Villarejo et al., 2020). En algunos de estos trabajos se señala el posible papel protector de la dimensión de afecto, muy presente en el estilo indulgente, ante la aparición de conductas sexistas y machistas. Este aspecto podría ser de utilidad a la hora de elaborar programas educativos en materia de igualdad, especialmente si van dirigidos a padres.

En general, hay un consenso en la investigación científica sobre el beneficio de la dimensión de afecto en el desarrollo de habilidades y actitudes que permitan completar la socialización del niño por completo. De hecho, en ninguno de los trabajos anteriores se han encontrado resultados contradictorios, es más, estas aportaciones ratifican el posible papel protector de la dimensión de afecto, también denominada en otros marcos teóricos bajo la etiqueta de aceptación.

Es común que bajo la etiqueta de aceptación se engloben una serie de prácticas parentales comunes que han sido definidas desde la PARTheory (Rohner, 1998). Aunque esta teoría también se basa en dos dimensiones principales como el modelo bidimensional, estas son diferentes. La primera de ellas es la aceptación, que hace referencia a la calidez, afecto, amor, cuidado y apoyo que los padres sienten y expresan a sus hijos. La segunda es el rechazo, que se refiere a la ausencia de esa calidez, es decir, la falta de amor, atención, cuidado e

incluso rechazo expreso hacia los hijos. Estas dimensiones se organizan en un espectro en el que hay dos extremos opuestos, uno muy cálido y otro caracterizado por el rechazo paterno (Rohner, 1998). Es decir, en uno de los espectros se encontrarían aquellos hijos que se sienten amados y cuidados por sus padres, y quienes reciben muestras de amor y cariño constantes; mientras que en el lado contrario estarían aquellos sujetos que están la mayor parte del tiempo desatendidos, con escasas muestras de afecto, que pueden llegar a sentirse como una carga para sus propios padres o como un hijo no deseado en el núcleo familiar.

Aquellos autores que usan la PARTheory como referencia, obtienen resultados que coinciden con los expuestos por otros modelos, como el bidimensional, en el que la dimensión que mide el afecto y calidez paternos se asocia sistemáticamente a mejores resultados de socialización. De hecho, algunos investigadores plantean la posibilidad de que la dimensión de aceptación constituya un factor protector, ya que promueve la confianza y reciprocidad entre padres e hijos (Darling y Steinberg, 1993; E. E. Maccoby y Martin, 1983; Steinberg, 2001).

La percepción de aceptación paterno-materna se asocia sistemáticamente a mejor ajuste psicológico, así como a un mayor desarrollo de habilidades sociales esenciales para la socialización del niño (Erkman y Rohner, 2006; Khaleque, 2013). Por ejemplo, en una investigación turca, la dimensión de aceptación por sí misma fue capaz de explicar hasta el 35% de la variación de los jóvenes en el ajuste psicológico. Es decir, los niños con altas puntuaciones en aceptación parental percibida mostraron un ajuste psicológico significativamente superior al resto de niños. Esta dimensión adquiría más potencia cuando se combinaban las puntuaciones paterno-maternas y se controlaba la variable de castigo físico severo (Erkman y Rohner, 2006).

Resultados muy similares se encontraron en otro estudio llevado a cabo en Europa, donde la dimensión de aceptación fue capaz de explicar entre un 34% y un 41% de la varianza en el ajuste psicológico de niños de entre 11 y 14 años. En este caso la aceptación percibida

correlacionaba significativamente con el ajuste psicológico (Tulviste et al., 2008). En general, los niños que percibían menos aceptación tanto de sus padres como de los profesores manifestaban más problemas de conducta. Los autores realizaron un modelo de regresión múltiple que incluía la aceptación paterna, materna y del profesorado, así como el ajuste psicológico. Aunque esta influencia no se dio en el rendimiento académico, donde los resultados no fueron significativos (Tulviste et al., 2008).

En trabajos de esta índole que analizan la repercusión de la dimensión de aceptación-rechazo de la PARTheory los resultados son consistentes con los mencionados anteriormente. Los análisis de varias revisiones sistemáticas sobre este tema coinciden al encontrar resultados de socialización satisfactorios asociados a altos niveles de aceptación por un lado, y presencia de alteraciones psicológicas y conductuales asociados a altos niveles de rechazo paterno. Inicialmente las conclusiones fueron modestas, a pesar de que encontraron una fuerte relación entre las dimensiones de aceptación-rechazo y ajuste psicológico, no fue posible establecer una relación causa-efecto. La mayoría de los artículos incluidos en la revisión mostraban una relación entre la dimensión de aceptación y el ajuste psicológico por un lado, y la dimensión de rechazo y el desajuste psicológico. Sin embargo, no se encontró homogeneidad en el porcentaje de varianza explicado por ambas dimensiones (Khaleque y Rohner, 2002). Posteriormente el mismo autor realizó una segunda revisión sistemática que le permitió plantar conclusiones más contundentes, como por ejemplo afirmar que los individuos que perciben gran aceptación por parte de sus padres probablemente desarrollen por un lado altos niveles de independencia, autoestima positiva, autoeficacia positiva, estabilidad emocional, capacidad de respuesta emocional y una visión positiva del mundo y por otro lado, bajos niveles de hostilidad y agresión (Khaleque, 2013).

Cuando el foco de atención se traslada hacia el otro extremo del espectro de la dimensión de afecto, es decir, analizando la influencia que el rechazo de los padres puede producir sobre los hijos, los resultados coinciden al señalar su relación con el desarrollo de conductas disruptivas. Uno de estos estudios destaca al rechazo paterno como el factor que más contribuye a aumentar tanto la

agresividad como la tendencia a cometer actos delictivos en los preadolescentes (Buschgens et al., 2010). Este resultado se repitió en otro estudio que pronosticaba esos comportamientos no solo en la niñez sino en la edad adulta (Kuterovac-Jagodić y Keresteš, 1997).

En general, la dimensión de rechazo suele asociarse a un mayor desajuste psicológico (Al-Theifary, 1996; Khaleque, 2013). Los resultados indican que la dimensión de rechazo correlaciona positiva y significativamente con prácticamente todas las subescalas del Personality Assessment Questionnaire (PAQ), que es un índice muy preciso de desajuste psicológico, a excepción de la subescala de dependencia (Al-Theifary, 1996).

Este desajuste psicológico encontrado reiteradamente a menudo se asocia a mayor presencia de trastornos psicológicos. Por ejemplo, en un estudio italiano los adolescentes que percibían mayor rechazo por parte de sus padres mostraban más síntomas de ansiedad y depresión (Miranda et al., 2016). Con este tipo de trabajos la importancia del estudio del rechazo paterno percibido queda más que justificada, ya que puede afectar a la salud mental de los individuos empeorando su calidad de vida, e incluso de las personas más cercanas. De hecho, hay autores que plantean la posibilidad de que el rechazo de los padres sea un factor de riesgo para el desarrollo de los niños, que a menudo les hace evaluar tanto al futuro como a sí mismos de una forma negativa, propiciando la aparición de trastornos psicológicos como los anteriormente mencionados, así como comportamientos socialmente inaceptables (Kim et al., 2003; Nolan et al., 2003).

El tercer bloque de este apartado de resultados se organiza en torno a la etiqueta de calidez parental percibida, que algunos autores asocian a las dimensiones como la de aceptación y afecto. En este sentido, la calidez hace referencia a la sensación de amor y cariño que los hijos perciben de sus padres. Esta puede tomar diferentes formas, para algunos autores se trata de muestras de amor directo e incluso físico (besos, abrazos), mientras que en otros estudios se habla de la comunicación familiar en un ambiente cálido y de confianza. En lo que sí coinciden prácticamente todos los autores es en su relación

positiva con el ajuste psicológico, así como con menores tasas de comportamientos violentos en los hijos. Concretamente se ha asociado el estilo parental cálido con una paternidad positiva, que es capaz de proteger contra la escalada de ira y agresividad desde la primera infancia hasta la niñez. Además, este estilo es capaz promover interacciones positivas y de apoyo entre padres e hijos, incluso cuando el comportamiento del niño se vuelve cada vez más desafiante en la preadolescencia (Perra et al., 2020). Por ejemplo, en una revisión sistemática, los autores exponían que las prácticas positivas parentales (caracterizadas por su calidez y afecto) se asociaban a menores tasas de conductas agresivas en los niños, mientras que las prácticas parentales negativas (disciplina estricta y falta de atención) se asociaban a mayor agresividad en los hijos (Kawabata et al., 2011). Este impacto en los problemas de conducta es especialmente acusado en la primera infancia (Pasalich et al., 2016).

El afecto y amor que los hijos perciben de sus padres tiene una influencia especialmente significativa en el desarrollo de aspectos emocionales, ya que la calidez parental se ha relacionado con un mayor control y expresión emocional en la infancia (Hanisch et al., 2014), así como en la reducción de la impulsividad de los niños (Reuben et al., 2016). Asimismo, este alcance es diferente atendiendo al sexo del progenitor. En un estudio chino la calidez materna se asoció a un mayor ajuste emocional de los niños, mientras que la calidez paterna se asoció significativamente a un mejor ajuste social y académico (Chen et al., 2000).

En resumen, todas y cada una de las referencias anteriormente citadas, que estudian la influencia de la dimensión de afecto son unánimes en una conclusión: mostrar afecto hacia los hijos tiene repercusiones positivas en multitud de contextos. Al mismo tiempo, la ausencia de ese afecto, en forma de rechazo en algunos casos, tiene efectos perjudiciales en el desarrollo del niño e incluso en la edad adulta. Esta es una conclusión que al observarla de una forma simplista parece más que evidente. Las madres y los padres de forma natural e innata tienden a mostrar atención y afecto hacia sus hijos, al menos en contextos sanos. Este aspecto se observa incluso en el reino animal. Por esta razón los resultados observados en relación con la

calidez percibida se dan también en experimentos con animales. Por ejemplo, en un famoso estudio llevado a cabo con monos rhesus, se expuso a los recién nacidos a varias madres artificiales: una de alambre que le proporcionaba comida, y otra de felpa que le proporcionaba calor. En determinado momento del estudio se les dio a escoger a las crías ambas madres y la mayoría de ellas escogía sistemáticamente a la madre de felpa, a pesar de que no garantizaba su alimentación (Harlow, 1958). A menudo pasaban el tiempo necesario con la madre de alambre para cubrir sus necesidades básicas y volvían instintivamente al calor de la madre de la felpa.

En este caso la literatura científica coincide con la tendencia natural del ser humano, e incluso puede parecer una cuestión más que obvia, sin embargo, la ciencia pone esta cuestión en entredicho a menudo, como ocurrió en los años 90 con el método Estivill propuesto por un pediatra español. Esta metodología recomienda a los padres el distanciamiento físico ante el llanto continuado del recién nacido, ignorando las reacciones instintivas de atención de los padres (Estivill y De Bejar, 1997). En aquel momento los estudios científicos demostraron que esta técnica garantizaba un correcto aprendizaje de las pautas de sueño apropiadas, tanto para el neonato como para los padres, que repercutirían en su desarrollo evolutivo de una forma positiva. De esta manera muchos padres siguieron estas recomendaciones, ignorando una y otra vez el llanto de su bebé. Esta falta de atención pudo causar repercusiones psicológicas en los niños, y como prueba de ello apareció más tarde una corriente completamente opuesta liderada por otro pediatra, Carlos González, que en su libro *Bésame mucho*, defendía precisamente el argumento contrario: darles a los hijos todo el amor y afecto que demanden (González, 2003). Si en un aspecto tan simple como es responder al llanto de un bebé se han creado diferentes corrientes de pensamiento, cada una avalada por un número importante de publicaciones científicas, es lógico pensar que esta cuestión puede repetirse con aspectos más complejos de las dinámicas familiares, como son las dimensiones de afecto y control.

Dimensión de control

En este apartado se tratarán algunos de los artículos científicos centrados en la dimensión de control, producto de la revisión bibliográfica que subyace a este trabajo empírico. En primer lugar, se describirán aquellas publicaciones estructuradas bajo el modelo bidimensional, ya que se corresponde con el marco teórico de este proyecto (Maccoby y Martin, 1983). Más concretamente, se expondrán los resultados de socialización más relevantes de los estilos parentales con mayor presencia de la dimensión de control: autoritario y autorizativo. Posteriormente, se analizarán los resultados contradictorios encontrados en la bibliografía. Por último, desde un punto de visa más específico, se realizará un análisis de las pautas parentales empleadas para el control de la conducta de los hijos y su influencia en el desarrollo de la socialización.

Partiendo del modelo bidimensional los dos estilos parentales con mayor nivel en la dimensión de control son el autoritario y el autorizativo (Maccoby y Martin, 1983). Sin embargo, estos dos estilos difieren mucho. Aunque el estilo autoritario se caracteriza por la presencia de un gran control de los padres hacia los hijos, el estilo autorizativo incluye también altas puntuaciones en la dimensión de afecto, es decir, muestras de afecto y cariño. Este segundo rasgo puede decantar la balanza y ejerce un factor protector en el desarrollo del niño.

En lo que refiere al estilo autorizativo hay cierto consenso científico en señalar que esa combinación de factores (control y afecto) es beneficiosa para el ajuste psicológico y social de los hijos (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006).

Sin embargo, en referencia al estilo autoritario las conclusiones varían mucho de una publicación a otra. Por un lado, algunos autores encuentran beneficios en el estilo autoritario, especialmente en contextos hostiles. Por otro lado, este estilo, caracterizado por un uso reiterado de pautas parentales basadas en el control y la dominancia, se asocia continuamente a problemas de comportamiento en los hijos. Como ejemplo del primer grupo, en minorías afroamericanas con

tendencia a la exclusión social, el estilo autoritario de los padres se asociaba a mayor asertividad e independencia en sus hijas (D. Baumrind, 1972). Otro estudio, inmerso en la cultura asiática, mostró que el estilo parental autoritario se asociaba a un mejor rendimiento académico en los hijos (Chao, 1994). Además, los hijos de familias autoritarias llegaron a manifestar mayor satisfacción con la relación paternal (Chao, 1994; Chao, 2001; Quoss y Zhao, 1995).

Los datos señalados anteriormente contrastan con los encontrados por otros investigadores, que asociaban el estilo autoritario tasas más altas en agresividad física y verbal, así como en otras dimensiones como la ira y la hostilidad manifestada por los propios adolescentes (de la Torre-Cruz et al., 2014).

Siguiendo la línea de trabajos anteriores, en un estudio español se destacó la relación entre la dimensión de control con una mayor tendencia en los jóvenes a cometer conductas agresivas, especialmente en edades tempranas (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012). Así como mayor presencia de problemas de conducta y comportamiento antisocial (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997). No obstante, no todos los investigadores encontraron esta asociación, ya que en algunos trabajos las relaciones entre la disciplina severa y el comportamiento antisocial de los hijos no fueron significativas (Hanisch et al., 2014).

Estos resultados contradictorios manifiestan la complejidad de la dimensión de control en comparación con la dimensión de afecto. Ya que en los estudios centrados en la dimensión de afecto los resultados son sumativos y coinciden en la mayoría de los casos. Este fenómeno no se repite al tratar con la dimensión de control, cuyos resultados son en ocasiones opuestos.

Un ejemplo de esta controversia la ofrecen varios estudios que exponen los efectos perjudiciales de la dimensión de control en sus dos extremos: la disciplina extrema y la permisividad absoluta. En un estudio de la Universidad de Tejas, cuyo objetivo principal era describir la influencia de los estilos parentales en las conductas violentas de sus hijos, se examinaron las trayectorias agresivas de adolescentes de entre 9 y 13 años, referidas por sus profesores,

incluyendo tanto la violencia física como la social. Los grupos con hijos de madres autoritarias y padres permisivos, moderados por otras variables de carácter socioeconómico, tendían a mostrar mayores niveles de agresividad (Underwood et al., 2009). Otro ejemplo lo facilita un estudio español, organizado por la *Universitat de València* que analizó la influencia diferenciada de padres y madres sobre la conducta agresiva de sus hijos, mediados por otros factores como la inseguridad (Tur Porcar et al., 2012). Los resultados destacaban los efectos perjudiciales de los estilos parentales caracterizados por la hostilidad y la permisividad. Ambas dimensiones se asociaban con la aparición de conductas agresivas en los menores. En primer lugar, la hostilidad materna se relacionó con la agresividad tanto en hijos como en hijas. En segundo lugar, el estilo permisivo mostró efectos diferenciados. Por un lado, la permisividad paterna se relacionó con mayor agresividad en las hijas, mientras que con los hijos varones fue la permisividad materna la que produjo los efectos más perjudiciales (Tur Porcar et al., 2012).

Otras líneas de investigación han optado por estudiar esta dimensión al margen de un marco teórico de referencia. Por ejemplo, evaluando únicamente el nivel de exigencia-permisividad (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997). En muchos casos las conclusiones varían dependiendo del criterio seleccionado por los investigadores para medir la dimensión de control. Por ejemplo, en un estudio longitudinal en lugar de tratar con la dimensión de control, elaboraron perfiles de estilos parentales en función del uso de ciertas prácticas parentales. Así, se encontró una estrecha relación entre ciertos factores familiares de riesgo (p.e.: bajo nivel socioeconómico), un estilo parental hostil y niveles más altos tanto en agresividad física, como en otros tipos de violencia indirecta (Côté et al., 2007).

Cuando se cambia el foco de atención hacia las prácticas parentales propiamente dichas, al margen de pertenecer a una u otra dimensión, los resultados se diversifican. Un ejemplo de lo anterior se recoge en una revisión sistemática con más de 48 estudios, donde sus autores reiteraban que las prácticas positivas parentales (caracterizadas por su calidez y afecto) se asociaban a menores tasas de conductas agresivas en los niños, mientras que las prácticas parentales negativas (disciplina estricta y falta de atención) se

asociaban a mayor agresividad en los hijos (Kawabata et al., 2011). Estas asociaciones no se repiten en todos los estudios centrados en las pautas parentales. Así pues, en la investigación científica el uso de técnicas coercitivas no se relaciona necesariamente con efectos perjudiciales en los hijos, siempre y cuando se utilicen como técnicas de modificación de conducta (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006). Este último apartado deja entrever dos cuestiones fundamentales en relación con las pautas parentales. La primera de ellas es que una misma pauta parental puede percibirse de diferente manera, cuando va acompañada de otros factores, como es el caso de las técnicas de modificación de conducta. En segundo lugar, que los resultados de los estudios que analizan la relación entre las pautas parentales y los diferentes resultados de socialización difieren mucho, justificando la necesidad de ajustarse a un modelo teórico. De esta manera será más posible abordar la complejidad subyacente en las dinámicas familiares.

Prácticas parentales en los estilos de socialización

Utilizando como marco de referencia el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983), es posible clasificar las prácticas parentales más comunes que guían en el proceso de socialización, siguiendo el eje creado por sus dos dimensiones principales: el afecto y la exigencia (Musitu y García, 2001).

Algunas de estas prácticas solo se llevan a cabo en uno de los estilos específicos, mientras que otras son compartidas. Por ejemplo, mientras que la comunicación abierta y fluida es común en el estilo autorizativo y permisivo, la falta de atención es más común en el estilo negligente.

En primer lugar, el estilo autorizativo, que se caracteriza por ser afectuoso y exigente al mismo tiempo, utiliza comúnmente prácticas que se apoyan en el diálogo, la comunicación fluida y muestras de afecto cuando la conducta del niño es la apropiada. Mientras que si la

conducta se desvía es posible que se usen técnicas de privación, castigo, e incluso coerción física y verbal (Musitu y García, 2001). De esta manera son padres que se muestran cercanos y confiados, pero que cuando el comportamiento del niño se perturba pueden llegar a imponer fuertemente su autoridad. En la investigación científica el uso de estas técnicas coercitivas no resulta perjudicial en el ajuste de los hijos, porque se utilizan como técnicas de modificación de conducta (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006).

En segundo lugar, el estilo indulgente, también denominado en otras publicaciones como permisivo, presenta alto afecto pero escasa exigencia. Comparte algunas prácticas parentales con el estilo autorizativo, ya que utiliza el diálogo, la comunicación abierta y las muestras de afecto y cariño cuando la conducta es la deseada, sin embargo no se sirve de técnicas de privación ni ningún tipo de coerción ante las conductas no deseadas (Musitu y García, 2001). Este tipo de padres se caracterizan por establecer un clima de confianza con sus hijos, con una comunicación abierta bidireccional, muestras de apoyo y afecto que pueden llegar a generar una sensación de aceptación incondicional. Son muchas las investigaciones, especialmente en contextos latinoamericanos y europeos, en los que se evidencian los beneficios de este estilo parental (Calafat et al., 2014; Di Maggio y Zappulla, 2014; García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; Martinez y Garcia, 2008; Martínez et al., 2007; Rodrigues et al., 2013; Valente et al., 2017).

En tercer lugar, el estilo autoritario, caracterizado por un alto grado de exigencia pero escaso afecto, comparte algunas pautas con el estilo autorizativo, ya que hace uso de técnicas de coerción física y verbal, además de privación, para guiar la conducta del niño hacia las metas deseadas (Musitu y García, 2001). En general en las familias autoritarias no hay un clima de confianza y comunicación entre padres e hijos, lo que puede dar lugar a algunas carencias afectivas. Sin embargo, en determinados contextos, como por ejemplo en zonas poco seguras, puede ser de gran utilidad la práctica de la obediencia. Tanto es así que en algunas publicaciones el estilo autoritario se asoció a mejor rendimiento académico, satisfacción con la relación

paternal y asertividad (D. Baumrind, 1972; Chao, 1994; Chao, 2001; Quoss y Zhao, 1995).

Por último, el estilo negligente, en el que apenas hay exigencias y afecto, se define como un estilo parental ausente, es decir, son padres que apenas guían en el proceso de socialización. La displicencia y la indiferencia son las protagonistas de esta paternidad, que comparte con el estilo autoritario la falta de afecto y con el estilo indulgente la escasez de normas (Musitu y García, 2001). En el mismo eje dimensional, está en total oposición con el estilo autorizativo, con el que no comparte ninguna pauta. Por esta razón apenas hay publicaciones que asocien el estilo negligente con resultados adecuados de socialización, de hecho, la mayoría recalcan el efecto perjudicial de este estilo a corto y largo plazo (D. Baumrind, 1972; D. Baumrind, 1978; Calafat et al., 2014; Chao, 2001; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019).

Figura 2: *Prácticas parentales en cada estilo según el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983)*

Consenso científico sobre los estilos parentales

Desde que se establecieron los estilos de socialización parental un gran cuerpo de la literatura científica ha intentado detectar cuál es el más adecuado, es decir, el que se asocia a mejores resultados de socialización, con el fin de promocionarlo y poder incluirlo en diferentes programas educativos para padres (Steinberg, 2001), beneficiándose de los resultados de socialización y conseguir así sujetos más adaptados social y psicológicamente.

Los resultados de esta socialización parental óptima se verían reflejados en multitud de contextos y habilidades, por ejemplo, en nuestra cultura actual dotar a una persona de numerosas habilidades sociales puede aumentar la probabilidad de éxito social y laboral, sin embargo, en otras culturas puede considerarse un defecto social al mostrarse excesivamente accesible. En consecuencia, la investigación en socialización parental ha recibido aportaciones de todo tipo de disciplinas, especialmente de aquellas que tienen en cuenta la personalidad y el ajuste social de los niños y de los adolescentes (Siegel, 2003).

Hace ya más de media década que se consolidó la base de estudio de este tema, y son muchos los autores que han tratado de descifrar cuál es el estilo que mejores resultados de socialización produce, sin embargo, hoy en día no hay unanimidad en esta respuesta.

Actualmente cada uno de los estilos parentales se encuentra asociado a algún tipo de resultado positivo para la socialización. Si bien es cierto que la mayoría de autores coinciden en los efectos negativos del estilo negligente, no se encuentra un consenso con el resto de estilos. Por esta razón, aunque no se ha encontrado el estilo parental idóneo, sí se ha investigado lo suficiente para afirmar cuál es el estilo más perjudicial: el negligente, caracterizado por una paternidad ausente, con carencia tanto de afecto como de exigencia de normas. Este es uno de los primeros puntos en común entre investigadores de todo tipo de disciplinas en prácticamente todos los contextos, ya que el estilo negligente se asocia sistemáticamente a los

peores resultados de socialización así como a la aparición de mayor cantidad de problemas de conducta y de síntomas de ansiedad y/o depresión, tanto en niños como en adultos (D. Baumrind, 1972; D. Baumrind, 1978; Calafat et al., 2014; Chao, 2001; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019).

Todo lo anterior refuerza el trabajo de los distintos medios e instituciones que intentan proteger a los menores de edad de las prácticas parentales propias de este estilo, como ocurre con los servicios sociales y con programas de acogida y adopción. En este sentido, las repercusiones de esas prácticas negligentes reiteradas hacia los niños podrían ser incalculables a todos los niveles. No solo desde la escasez alimentaria y las consecuencias físicas asociadas (desnutrición, dietas deficitarias…etc.), sino en las psicológicas y sociales (trastornos psicológicos, estrés, ansiedad, problemas adaptativos, conductas agresivas y tendencia al a delincuencia…etc.), que repercutirían no solo en el individuo en sí mismo, sino en la sociedad en conjunto. Por esta razón, es necesario continuar analizando los perjuicios que estilo parental puede provocar a corto y largo plazo, para respaldar medidas educativas dirigidas a reducir este tipo de estilo parental, reeducando a los padres por ejemplo, o mediante medidas más drásticas como puede ser la separación temporal o definitiva del núcleo familiar, como una medida ante la desprotección y riesgo infantil.

En resumen, analizando exhaustivamente la bibliografía científica sobre el tema se llega a la conclusión de que no hay consenso sobre el estilo parental óptimo, pero sí sobre el estilo parental más perjudicial en prácticamente todos los contextos: el negligente.

Estilo de socialización óptimo

Tradicionalmente los hallazgos de la investigación coinciden en que los niños y adolescentes de familias autorizativas (afectuosas y exigentes) tienen mejores resultados de desarrollo que sus pares educados en un estilo autoritario (exigente pero no afectuoso), indulgente (afectuoso pero no exigente), o negligente (sin afecto ni

exigencia), aunque la mayoría de estos estudios se centran en contextos anglosajones con muestras principalmente europeo-americanas (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994; Steinberg, 2001; Steinberg et al., 2006).

Sin embargo, otros estudios han cuestionado la idea de que el estilo autorizativo se asocie sistemáticamente con los mejores resultados de ajuste en niños y adolescentes, especialmente al incluir muestras de diferentes etnias y contextos (D. Baumrind, 1972; Clark et al., 2015; Darling y Steinberg, 1993; García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2014). En otras palabras, es posible que el paradigma actual de la socialización parental, que relaciona al estilo democrático con los mejores resultados de socialización se haya visto influido por varios sesgos debido a su muestra. Tradicionalmente los estudios sobre socialización parental han propuesto al estilo democrático como un estilo equilibrado que otorga dosis de afecto y disciplina en proporciones adecuadas, asociándolo por ejemplo a mejor rendimiento académico, así como a menores problemas de conducta (Dornbusch et al., 1987; Pinquart y Kauser, 2018). No obstante, puede que este efecto quede acotado a una muestra específica de países occidentales de América y Europa, especialmente en familias de clase media-alta. Como consecuencia de todo esto, es posible que hayan quedado fuera de esa ecuación el resto de países del mundo así como las familias más desfavorecidas, por lo que queda de manifiesto la importancia de continuar estudiando los efectos de los distintos estilos parentales en diferentes contextos culturales en todo el mundo, con el propósito doble de delimitar los efectos de cada uno de los estilos parentales, así como de clarificar los contextos más apropiados para cada uno de ellos.

Afortunadamente hay muchos estudios que han pretendido abarcar esa escasez en la bibliografía científica, y han tratado de ampliar aquellas muestras poblacionales que más ignoradas se encuentran. En ese caso, al incluir muestras menos occidentalizadas los resultados en la idoneidad del estilo parental discrepan de unas investigaciones a otras. Lo que deja de manifiesto la importancia del contexto cultural y la metodología escogida en el estudio de la socialización parental. Por ejemplo, al utilizar muestras de minorías étnicas estadounidenses (D.

Baumrind, 1971), familias con pocos recursos (Hoff et al., 2002), sociedades árabes de Oriente Medio (Dwairy et al., 2006) y sociedades asiáticas (Quoss y Zhao, 1995) algunos autores han señalado que el estilo parental autoritario (igual de exigente que el autorizativo, pero con ausencia de afecto) se asocia con algunos resultados positivos (D. Baumrind, 1967; D. Baumrind, 1971; Chao, 1994; Chao, 2001; Darling y Steinberg, 1993; García y Gracia, 2009; Steinberg et al., 1994).

También es de especial relevancia ampliar la literatura científica para incluir a aquellas familias producto de la inmigración. Es decir, aquellas que están sumergidas en la cultura de un país extranjero. Por ejemplo, Chao (1994, 2001) encontró que los niños chinos americanos de familias autoritarias obtenían mejor rendimiento académico que sus pares de familias autorizativas. Asimismo, Quoss and Zhao (1995) reportaron que los niños chinos con padres autoritarios mostraron más satisfacción con la relación con sus padres, en comparación los niños de padres autorizativos.

En general la adaptación es más satisfactoria cuando el entorno coincide con las actitudes, valores y experiencias de los sujetos (García y Gracia, 2009). En familias de minorías étnicas pobres y comunidades poco seguras, el estilo parental autoritario puede no ser tan perjudicial e incluso puede tener algunos beneficios protectores (Furstenberg et al., 2000; Steinberg et al., 2006). En estos contextos poco seguros el control que los padres puedan ejercer sobre los hijos y la autoridad que imponen sobre ellos, puede ser crucial para aspectos tan básicos como su supervivencia, mientras que en otros contextos más seguros esta imposición se puede percibir como una amenaza que limite la libertad en el desarrollo de habilidades relacionadas con la socialización parental.

Por otro lado, los hallazgos de la investigación en países europeos y latinoamericanos han señalado que el estilo parental indulgente, caracterizado por ser afectuoso pero poco exigente, proporciona beneficios iguales o incluso superiores al estilo autorizativo, que tiene el mismo nivel de afecto pero menos exigencia (Calafat et al., 2014; Di Maggio y Zappulla, 2014; García y Gracia, 2009; García y Gracia,

2010; Martinez y Garcia, 2008; Martínez et al., 2007; Rodrigues et al., 2013; Valente et al., 2017). Concretamente, los adolescentes de familias indulgentes tenían puntuaciones superiores en autoestima y autoconcepto (Fuentes et al., 2015; García y Serra, 2019; García, Serra, Zacarés, y García, 2018a; Riquelme et al., 2018; Rodrigues et al., 2013) y ajuste psicológico (Calafat et al., 2014; García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; García, Serra, Zacarés, y García, 2018b). Algunos autores destacan el efecto protector del estilo indulgente, en especial ante comportamientos no deseados y agresividad (García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; Moreno-Ruiz et al., 2018; Suárez-Relinque et al., 2019).

Este conjunto de investigaciones pretende romper el paradigma tradicional en el que el estilo democrático se asociaba sistemáticamente con los mejores resultados de socialización en todos y cada uno de los contextos. Los resultados contradicen constantemente esta postura, abogando por un estilo con una dimensión de control menos presente, que podría ejercer efectos perjudiciales en la aparición de problemas de conductas, así como comportamientos violentos y abuso de sustancias, sobre todo en contextos de habla hispana (García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; Moreno-Ruiz et al., 2018; Suárez-Relinque et al., 2019). Además, estos hallazgos asocian resultados de socialización positivos, como el fomento de aspectos psicológicos y personales más pronunciado en hijos que pertenecen a familias indulgentes, incluso por encima de las familias autorizativas, mostrando un posible papel protector de la dimensión de afecto en ausencia de la dimensión de control (Fuentes et al., 2015; García y Serra, 2019; García, Serra, Zacarés, y García, 2018a; Riquelme et al., 2018; Rodrigues et al., 2013).

De todo lo anterior se observa el escaso consenso entre los expertos sobre socialización parental a la hora de escoger un único estilo parental como óptimo. Como avalan los datos recogidos en la bibliografía científica la idea simplista de pensar que hay un único estilo parental adecuado para todos los tipos de familias y contextos está muy lejos de la realidad. Además, a medida que aumenta el número de investigaciones que incluyen contextos culturales

minoritarios o desfavorecidos aumentan las discrepancias, lo que deja de manifiesto la importancia de seguir investigando en esta área hasta encontrar aquellos puntos clave que permitan seleccionar los estilos parentales más adecuados según el contexto y la población diana.

Contexto cultural

Pese a la falta de consenso sobre el estilo parental más adecuado, gran parte de los investigadores tienden a converger en la conclusión de que el contexto cultural donde tiene lugar la socialización es un factor muy importante. En otras palabras, aunque un estilo sea adecuado en una cultura puede ser perjudicial en otra diferente, a pesar de utilizar las mismas pautas parentales. Por ejemplo, en minorías afroamericanas estadounidenses las hijas de familias autoritarias desarrollaron más asertividad e independencia que las hijas de familias autorizativas, (D. Baumrind, 1972). Aunque generalmente el estilo autorizativo se suele asociar a mejores resultados, la autora señala que en contextos poco seguros el hecho de cumplir algunas normas estrictas puede reducir los riesgos a los que se enfrentan las niñas, lo que puede favorecer su desarrollo al margen de situaciones peligrosas.

Gran parte de la literatura científica propone al estilo autorizativo como el estilo asociado a los mejores resultados de socialización, a pesar de que abundan estudios en los que este efecto no se da en determinados grupos étnicos. Por ejemplo, en una investigación estadounidense centrada en el rendimiento académico, se observó que los niños de familias autorizativas obtenían mejores notas en los exámenes, pero este resultado no se daba en el grupo de hispanos (Dornbusch et al., 1987). En otro estudio norteamericano donde el estilo autorizativo mostraba efectos protectores ante el desarrollo de conductas delictivas y desajuste psicológico, esos resultados no fueron significativos en la muestra afro-americana y asiático-americana, sobre todo en familias de clase trabajadora (Steinberg et al., 1999). Cabe mencionar que ambos estudios se basaban en modelos iniciales como el de Baumrind, D., (1965) con tres estilos parentales: autoritario, autorizativo y permisivo, por lo que

no pueden compararse con los resultados de otros modelos como el bidimensional que se basa en cuatro estilos de socialización, añadiendo al modelo anterior el estilo negligente (Maccoby y Martin, 1983).

Por lo tanto, además del contexto inmediato que envuelve al niño y a los padres, un aspecto relevante que puede influir es la descendencia cultural de esa familia. En los ejemplos anteriores a pesar de que todas las familias residían en U.S.A., algunas de ellas provenían de culturas diferentes, como es el caso de los hispanos provenientes de países latinoamericanos; las familias afroamericanas con una gran descendencia africana; y diversos grupos emigrantes de Asia. Estos colectivos se encontraban viviendo y aceptando las normas sociales de su nueva nacionalidad, sin embargo, es posible que conserven tradiciones y roles heredados de su cultura anterior, puedan estar ejerciendo una influencia en el proceso de socialización que queda reflejado en la discrepancia de los resultados.

En general, el estilo autorizativo consigue cumplir los objetivos de socialización con éxito en contextos culturales occidentales, sobre todo en familias de clase media de larga descendencia en el país. Tal y como refleja una amplia revisión sistemática, con casi medio centenar de estudios repartidos por todo el mundo, en la que el estilo autorizativo presenta una menor incidencia de trastornos emocionales y problemas de conducta en Norteamérica, Oeste de Europa, Sudeste de Asia, Australia y algunos países árabes (Pinquart y Kauser, 2018).

Otro ejemplo de los beneficios del estilo autorizativo, lo presentó un equipo canadiense que estudió la relación entre el estilo marental percibido, el apego y el ajuste psicológico de los hijos. Su muestra se dividió en dos grupos, el primero de ellos con niños de cuatro a seis años, y el segundo grupo de siete a once años. Para clasificar los estilos parentales se combinaron las medidas en calidez, autonomía psicológica y supervisión percibida. Los investigadores encontraron asociaciones entre el estilo parental autorizativo y un apego seguro así como a un mejor ajuste psicológico en los hijos. Además, estas asociaciones fueron consistentes en ambos grupos de

edad (Karavasilis et al., 2003). Sin embargo, el estilo autorizativo no ejerce la misma influencia en otros contextos culturales.

Un conjunto creciente de investigaciones desarrolladas principalmente en Europa y América latina han encontrado relación entre el estilo indulgente y mayores niveles de ajuste personal y social, obteniendo incluso mejores resultados que el estilo autorizativo. Por ejemplo, los hijos de familias indulgentes presentaron puntuaciones más altas en autoconcepto (de la Torre-Cruz et al., 2015; Musitu y García, 2004), competencia y madurez personal (García y Serra, 2019; Kazemi et al., 2010), valores sociales benevolentes y ecologistas (Musitu-Ferrer et al., 2019), así como menores niveles de agresividad, inestabilidad emocional, problemas de conducta y prejuicios sexistas (Garaigordobil y Aliri, 2012; García y Gracia, 2009; García y Serra, 2019; Villarejo et al., 2020).

Decidir si los objetivos de la socialización se han cumplido, y por lo tanto si el estilo parental ha sido adecuado, está modulado por el contexto cultural, las metas que fijan los padres e incluso las propias prácticas parentales empleadas (D. Baumrind, 1971). Por esa razón, antes de concluir que el estilo autorizativo es el estilo más adecuado en todos los contextos, será necesario investigar acerca de los objetivos de socialización y las diferentes herramientas para conseguirlos por parte de los padres (Darling y Steinberg, 1993).

Resultados de la socialización parental

Otro aspecto relevante para valorar la idoneidad de un estilo parental son los objetivos de la socialización, que determinarán si los resultados son positivos o negativos, demostrando el éxito de un estilo u otro.

Aunque los estilos parentales que se analizan en los estudios se basan en modelos estructurados, como el modelo tripartito (Baumrind, 1965) o el modelo bidimensional con sus cuatro estilos parentales (E. E. Maccoby, 2007), los objetivos los definen los autores siguiendo sus propios criterios científicos. Esta versatilidad tiene ventajas e

inconvenientes, ya que por un lado al ampliar los distintos criterios de socialización es posible encontrar resultados pioneros y novedosos, sin embargo, dificulta la posibilidad de comparar los resultados entre investigaciones. Por esa razón, en este trabajo en concreto se ha seguido la línea de investigaciones previas en contextos similares al de este estudio, para facilitar las comparaciones y que los resultados puedan converger hacia una meta común, aunque se han añadido algunos criterios de socialización que ofrecen una aportación distintiva.

Asimismo, este apartado es de especial relevancia ya que según los criterios de socialización parental escogidos se conseguirá un éxito o un fracaso en la socialización parental. Sin embargo, este criterio de evaluación es muy subjetivo: ¿Qué se considera éxito en la socialización parental? Para algunos padres constituye sin duda el éxito en la vida académica y posteriormente laboral, por lo que un criterio de socialización parental considerado en muchos estudios es el rendimiento académico. Entendido como un potente predictor del éxito laboral que se conseguirá en la vida adulta, y que le permitirá ser independiente a todos los niveles, al mismo tiempo que se constituye como miembro pleno de la sociedad al participar en la vida laboral de la misma. Pero incluso aunque se utilice el mismo criterio los indicadores pueden ser variados, ya que algunos estudios valoran el rendimiento global y otros utilizan una medida cuantitativa como la media obtenida en las notas de los exámenes (Dornbusch et al., 1987).

Si el éxito en la socialización parental se basa principalmente en los resultados académicos del hijo, entonces la mayoría de estudios científicos sobre el tema propone al estilo autorizativo como el estilo más idóneo, especialmente en culturas occidentales (Dornbusch et al., 1987; Pinquart y Kauser, 2018). De hecho, una amplia revisión sistemática sobre este tema expone en más de veinte estudios de diversa índole este resultado. De esta manera, el estilo autorizativo, también denominado democrático en algunos trabajos, gracias a su equilibrio entre disciplina y afecto, podría aportar los elementos básicos para la creación de hábitos de estudio en un marco de seguridad afectiva, que favorecerían los resultados académicos excelentes, así como una trayectoria profesional más fuerte y

duradera. Sin embargo, estos resultados no se repiten en todos los estudios analizados en esa misma revisión, así como en otros estudios específicos que utilizan muestras de diferentes culturas alejadas a la cultura occidental (Leung et al., 1998). Por ejemplo, en estudios llevados a cabo en culturas asiáticas se ha encontrado que el estilo parental autoritario se asocia a un mejor rendimiento académico en los hijos (Chao, 1994).

La cultura es de gran relevancia en el estudio de la socialización parental. Por esta razón el contexto próximo en el que se encuentran los niños que van a ser socializados se considera de gran relevancia. Es posible que en el caso de minorías étnicas los elementos que distingan una buena de una mala socialización parental se relacionen con otras variables de carácter más básico, como es la supervivencia en un contexto hostil, en el que el estilo autoritario ha demostrado ofrecer mejores resultados (Furstenberg et al., 2000; Steinberg et al., 2006). Así, en minorías afroamericanas con tendencia a la situación de exclusión social el estilo autoritario de los padres es capaz de aumentar la asertividad y la independencia en sus hijas (Baumrind, 1972).

Atendiendo a factores relacionados con el entorno, podría considerarse que la socialización parental se ha desarrollado adecuadamente cuando el sujeto se encuentre totalmente integrado en su sociedad, desarrollando actitudes tolerantes y respetando su medio ambiente. Por este motivo, algunos autores han trasladado el foco de atención hacia variables de carácter social y medioambiental, considerando que la socialización ha sido exitosa cuando sus jóvenes muestren comportamientos poco discriminantes en cuanto a sexo y los roles tradicionales de género, así como el desarrollo de un ecologismo sostenible. En la sociedad occidental actual ambas actitudes están muy aceptadas socialmente, de manera que un individuo que rechace abiertamente actitudes sexistas e incluso machistas, al mismo tiempo que promueva la protección de la naturaleza sería considerada una persona de gran valía. Estas variables son tan específicas que su estudio aún no ha sido ampliamente elaborado, de manera que hay poca bibliografía científica que lo asocie a los estilos parentales, y más concretamente basándose en el estilo bidimensional (E. E. Maccoby y

Martin, 1983). No obstante, las escasas publicaciones al respecto muestran puntuaciones más altas en ecologismo (Musitu-Ferrer et al., 2019) así como puntuaciones más bajas en actitudes sexistas (Garaigordobil y Aliri, 2012; Villarejo et al., 2020) en aquellos sujetos educados bajo un estilo indulgente, incluso por debajo de los hijos de familias autorizativas. Esta área de investigación está en auge y conlleva toda una serie de implicaciones sociales y morales. Por un lado, en lo que hace referencia al cuidado del medio ambiente, sería de utilidad continuar estudiando su relación con los estilos parentales, en especial con la dimensión de afecto, para detectar en qué medida está relacionado con las muestras de cariño en sí, o si más bien se asocia a un estilo de vida que es respetuoso con el medio y al mismo tiempo afectuoso en el núcleo familiar. Por otro lado, en cuanto a las actitudes sexistas, son un área que necesitaría ser ampliada, ya que los últimos cambios sociales vividos, sobre todo en los contextos occidentales más desarrollados, están ejerciendo una presión social importante, en los que la investigación científica podría aportar su contribución.

Por otro lado, hay padres que entienden el éxito en la socialización parental como la construcción de un perfil psicológico fuerte y seguro de sus hijos. En otras palabras, para algunos padres el éxito en la socialización implicaría variables de carácter psicológico, y no tanto académico, que permitieran a sus hijos sentirse satisfechos consigo mismos, y lo que es más importante, sentirse amados y felices. Dada la dificultad de acotar todas esas sensaciones en un mismo constructo, hay autores que se han decantado por la valoración de la autoestima y el autoconcepto, en tanto que son medidas que reflejan el valor que el sujeto se otorga, y como se percibe con respecto a sí mismo y a su contexto próximo. En este sentido la bibliografía científica revela que el estilo que se asocia a resultados más elevados en autoestima y autoconcepto (tanto físico, como emocional y familiar) son los estilos autorizativo e indulgente. No obstante, en muestras hispano hablantes el estilo indulgente se ha asociado incluso a mejores resultados que el estilo autorizativo (de la Torre-Cruz et al., 2015; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2014; García y Serra, 2019; Musitu y García, 2004; Riquelme et al., 2018; Rodrigues et al., 2013). Es decir, el factor del afecto por sí mismo es una dimensión de gran relevancia que podría ser estudiada individualmente, ya que el estilo indulgente se

caracteriza por tener altas puntuaciones en la dimensión de afecto y bajas en la de exigencia, de manera que los hijos se sienten amados y respetados por sus padres de una manera incondicional, sin atender a una serie de normas ni obligaciones, lo que puede potenciar la autoestima y el autoconcepto del niño. Además, queda la posibilidad de valorar la aportación de la dimensión de exigencia que, aunque en el caso del rendimiento académico parecer ser muy beneficiosa, no parecer serlo en la construcción de una autoestima y autoconceptos seguros. Debido a la repercusión de este resultado, este estudio en concreto pretende aumentar esa bibliografía, explorando la influencia de los distintos estilos parentales en variables como el autoconcepto físico y emocional, así como en la autoestima y autoeficacia negativas. Cambiando el foco de atención en el caso de la autoestima, y observando el efecto negativo de los distintos estilos de socialización en una variable tan interna y relevante como esa.

Otro resultado que podría considerarse como medida del éxito en el proceso de socialización parental es la competencia y madurez personal del niño. Sería una medida de carácter psicológico, aunque añade el componente de gestión emocional. Es decir, en este caso se consideraría que la socialización ha sido la adecuada cuando los hijos obtuvieran las herramientas y habilidades necesarias para gestionar sus propias emociones, encontrando soluciones meditadas a problemas de carácter emocional que comprometan su juicio. Este resultado de socialización sigue la línea de componentes psicológicos anteriormente mencionados. Así, el estilo indulgente se asocia de nuevo a puntuaciones más elevadas en estas dimensiones (García y Serra, 2019; Kazemi et al., 2010). Este resultado refuerza la idea de que el componente de afecto, por sí mismo, tiene un gran efecto beneficioso en constructos de carácter psicológico y emocional. Además, de demostrar que la exigencia o control parentales puede afectar negativamente al desarrollo de habilidades de gestión emocional. Sin embargo, la bibliografía científica, también ha encontrado menor tasa de trastornos emocionales en niños de familias autorizativas, por lo que esta dimensión todavía debe ser estudiada con profundidad (Pinquart y Kauser, 2018). Por este motivo en este trabajo en particular se han reunido varias medidas relacionadas con la gestión emocional, tanto la propia como hacia los demás, mediante las

medidas de irresponsividad e inestabilidad emocional, nerviosismo e inseguridad personal. Con este planteamiento se pretende abordar el estudio en la influencia negativa que pueden ejercer por separado los componentes de afecto y control parental.

Uno de los resultados de socialización más ampliamente estudiado es la aparición de trastornos emocionales y problemas de conducta en los hijos. Hay un gran consenso en el estudio de este campo, ya que son muchos los estudios que utilizan este criterio como medida del éxito, o mejor dicho fracaso, de la socialización parental. En otras palabras, es un punto en común entre diversos autores considerar que si un niño o adolescente manifiesta conductas disruptivas, especialmente de carácter violento, el el éxito en la socialización parental se ve comprometido, ya que queda de manifiesto que ese sujeto no solo no ha desarrollado las habilidades sociales básicas sino que puede constituir un problema para la sociedad, que es una de las consecuencias que trata de evitar la socialización parental. En este sentido, la bibliografía centrada en aspectos comportamentales ha señalado sistemáticamente al estilo autorizativo o democrático como el estilo con menor tasa en la aparición de problemas de conducta, incluso en revisiones sistemáticas sobre el tema (Pinquart y Kauser, 2018).

Sin embargo, este resultado no se repite en todos los contextos culturales ni en todos los tipos de problemas de conducta. Teniendo en cuenta más variaciones, hay un conjunto creciente de investigaciones, centradas en contextos hispano hablantes, que han asociado al estilo indulgente con menores tasas de comportamientos agresivos y menor tendencia a la delincuencia, mejorando incluso los resultados del estilo autorizativo (García y Gracia, 2009; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019; Suárez-Relinque et al., 2019; Villarejo et al., 2020).

Esta amplia categoría incluye conductas violentas, agresión física y verbal, así como consumo de drogas y la participación en conductas violentas, por lo que caben muchas variaciones. Depende en primer lugar del contexto más próximo, seguido del contexto cultural e histórico en el que se ve envuelto el sujeto, además del agente socializador en sí (padre, madre, abuelos…etc.), junto con la variable

específica que se haya elegido para esta categoría. Por ejemplo, algunos autores combinan diferentes medidas para registrar los problemas de conducta, de manera que la variable adquiere una alta complejidad (Pinquart y Kauser, 2018); mientras que otros autores prefieren evaluar la aparición de algunas conductas muy específicas, como en el caso de la agresividad verbal, por un lado, y física por otro (Steinberg et al., 1999). Asimismo, otros autores incluyen en esta categoría el abuso de sustancias estupefacientes (Calafat et al., 2014). Estas diferencias en la evaluación de la variable en sí pueden dar lugar a diferentes interpretaciones posteriores en los resultados.

Con los últimos hallazgos aportados, la bibliografía científica empieza a decantarse hacia el estilo parental indulgente, también conocido como permisivo, como un estilo asociado a menores ratios en problemas de comportamiento. Este estilo se caracteriza por tener abundantes muestras de afecto y cariño de los padres hacia los hijos, de forma que se sienten amados y respetados, sin cumplir necesariamente alguna norma de conducta. Paradójicamente este entorno puede favorecer el desarrollo del niño con gran libertad, que unido a una gran sensación de afecto paterno/materno, se asocia a menor incidencia en conductas agresivas, delincuencia y comportamientos no deseados.

Sería importante continuar analizando el factor de exigencia o control que los padres ejercen en los hijos para moldear su conducta, ya que según estas últimas contribuciones podría tener un papel perjudicial en el desarrollo de conductas relacionadas con la delincuencia y la violencia. Por esta razón, este ha sido uno de los pilares fundamentales de este trabajo, en el que la tendencia a la agresión se ha considerado una variable central que ha modulado todos los análisis del estudio. Además, a la hora de evaluar esta variable se ha pretendido medir su aparición, y no solo la ausencia de problemas de conducta como ocurre en otros estudios (Suárez-Relinque et al., 2019), con la intención de aclarar la relación, lo más directa posible, entre la dimensión de exigencia y la aparición de conductas violentas.

El estudio de la relación entre los distintos estilos de socialización parental y la aparición (o no) de problemas de conducta es de vital importancia. En primer lugar, porque los comportamientos violentos de los jóvenes constituyen un problema social grave, con gran repercusión económica, política y social. En segundo lugar, porque aquellos sujetos inmersos en ese tipo de comportamiento suelen tener asociado un gran estrés y sufrimiento psicológico, aspecto que afectará a muchas más áreas de su desarrollo personal y psicológico, en una de las etapas más vulnerables del ciclo vital, dando lugar a sujetos adultos con deficiencias en algunas habilidades básicas. En tercer lugar, porque con la aparición de conductas agresivas la relación entre padres e hijos se puede ver deteriorada, empeorando su vínculo y distanciando ambas figuras, lo que a su vez dificulta la trasmisión de conceptos necesarios para el desarrollo de la socialización parental. Por último, estudiar profundamente esta temática podría aportar nuevas perspectivas en la creación de programas reeducativos para padres. Si bien hasta ahora se ha defendido un modelo de estilo de socialización equilibrado, similar al estilo democrático, tal y como se observan en los resultados, este podría no estar indicado en un grupo de jóvenes con tendencia a la agresión, ya que en este caso el estilo indulgente se asocia a menores tasas de comportamientos violentos. Con todo lo anterior, podrían personalizarse algunos programas educativos para padres que tienen que lidiar con problemas de conducta de sus hijos, fomentando el desarrollo de la dimensión de afecto, y dejando a un lado la dimensión de exigencia y control, que paradójicamente podría perjudicar en este tipo de conductas.

Asimismo, el paradigma imperante actual respalda al estilo autorizativo como uno de los estilos más beneficiosos (Pinquart y Kauser, 2018), aunque a menudo no se tienen en cuenta contextos culturales menos occidentalizados, así como colectivos especialmente vulnerables, por lo que cabe la posibilidad de que se estén realizando en la actualidad programas educativos para padres que fomenten las dimensiones de afecto y control, sin ser conscientes por completo de su repercusión, pudiendo incluir una dimensión que perjudique y por tanto, aumente los problemas de conducta, obteniendo el efecto contrario. Además, de que la dimensión de control es muy amplia e

incluye cualquier comportamiento que puedan ejercer los padres sobre los hijos para moldear su conducta, de manera que se pueden estar reforzando conductas impositivas de los padres a los hijos de carácter violento, que estaría estrechamente relacionado con la aparición de conductas violentas en los jóvenes.

Socialización parental y desajuste personal

La socialización parental puede ejercer una influencia positiva o negativa según el criterio elegido. En muchos trabajos se exploran los beneficios de la dimensión de afecto en el desarrollo de habilidades personales y sociales. Pero un gran cuerpo de la literatura científica se centra en las repercusiones negativas, especialmente las que se relacionan con carencias afectivas paterno-maternas (Khaleque, 2013). En este apartado se expondrán algunos estudios científicos que relacionan ciertas dimensiones de la socialización parental con varios criterios de desajuste psicológico.

En este sentido, en este trabajo en particular se ha utilizado una óptica de análisis centrada en mayor medida en las repercusiones negativas que pueden asociarse a la elección de uno u otro estilo parental. Dicho de otra manera, en lugar de estudiar los beneficios del estilo parental autorizativo, como se ha hecho en bibliografía tradicional sobre este tema, en este caso se ha pretendido analizar la repercusión que los estilos parentales ejercen en variables que afectan negativamente al desarrollo del individuo. Por esta razón la mayor parte de las aportaciones de este trabajo tienen un enfoque negativo, en lugar de positivo, ya que persigue destacar las influencias negativas de los distintos estilos parentales, y de esta manera cambia el foco de atención centrándose en aquellos resultados de la socialización que producen un daño y sufrimiento en el sujeto.

La mayoría de las investigaciones que analizan la relación entre desajuste personal y socialización lo hacen basándose en la teoría de aceptación-rechazo, abreviada bajo el nombre de PARTheory. Esta teoría parte de la evidencia científica y su objetivo es predecir y

explicar las principales causas-consecuencias de las dimensiones parentales principales (Khaleque, 2013; E. C. Rohner et al., 1980).

La PARTheory se basa en dos dimensiones: aceptación y rechazo. La primera hace referencia a la calidez, afecto, amor, cuidado y apoyo que los padres pueden sentir o expresar hacia sus hijos. La segunda se refiere a la ausencia de calidez, es decir, la falta de amor, atención, cuidado e incluso rechazo hacia los hijos. Estas dimensiones se organizan en un espectro en el que hay dos extremos opuestos, uno muy cálido y otro caracterizado por el rechazo paterno (R. P. Rohner, 1998). Es decir, en uno de los espectros se encontrarían aquellos hijos que se sienten amados y cuidados por sus padres, y quienes reciben muestras de amor y cariño constantes; mientras que en el lado contrario estarían aquellos sujetos que están la mayor parte del tiempo desatendidos, con escasas muestras de afecto, que pueden llegar a sentirse como una carga para sus propios padres o como un hijo no deseado en el núcleo familiar. No es necesario añadir que el efecto de estas dos sensaciones tan diferentes producirá en los hijos una serie de reacciones que afectarán en el desarrollo de todas sus habilidades, incluidas aquellas que se relacionen con la socialización parental, así como el posible efecto en la aparición de trastornos psicológicos de toda índole (Miranda et al., 2016).

Las dimensiones de aceptación-rechazo se relacionan con diferentes resultados de socialización. Por ejemplo, como el que presentó un estudio italiano basado en la PARTheory, que contaba con una muestra de 2624 adolescentes, en el que se analizó la asociación entre el ajuste psicológico de los menores y las dimensiones de aceptación-rechazo paternos del PARQ (Parental Acceptance-Rejecction Questionnaire). El ANOVA mostró diferencias significativas en prácticamente todos los efectos principales del estudio: sexo (de los padres y de los hijos) y etapa de la adolescencia en la que se encontraban, aunque no se hallaron efectos de interacción. Utilizando una regresión múltiple se observó que cada uno de los predictores hacia una contribución independiente al desajuste de los adolescentes. Concretamente la aceptación paternal y maternal percibida eran capaz de explicar el 9% de la varianza. En general, los adolescentes que percibían mayor rechazo por parte de sus padres

mostraban más síntomas de ansiedad y depresión (Miranda et al., 2016). La sensación de rechazo constante, sumado a la falta de apoyo y afecto percibido puede ser un desencadenante en la aparición de multitud de trastornos psicológicos, cuyo tratamiento se verá además influido por la escasez de recursos psicológicos y la falta de habilidades sociales, lo que podría comprometer seriamente el curso de la terapia psicológica en caso de recurrir a ella. Así, además de los efectos negativos que tendría la ausencia de afecto en la relación paterno-filiar se añadiría las dificultades de enfrentarse a la terapia con una escasez de recursos y habilidades sociales.

Al analizar el alcance de esas carencias afectivas y su interacción con aspectos personales del individuo se obtienen resultados similares. Por ejemplo, Abdul Khaleque (2013) en uno de sus meta-análisis sobre ajuste psicológico, detalla la relación entre la PARTheory y algunas disposiciones de personalidad. Concretamente refiere que los individuos que perciben gran aceptación por parte de sus padres probablemente desarrollen por un lado altos niveles de independencia, autoestima positiva, autoeficacia positiva, estabilidad emocional, capacidad de respuesta emocional y una visión positiva del mundo y por otro lado, bajos niveles de hostilidad y agresión. En resumen, la sensación de aceptación paterna puede considerarse un factor protector en el desarrollo de la socialización parental, que está estrechamente relacionado con factores personales y emocionales del sujeto, afectando a la percepción que tiene de sí mismo y de su propia valía, así como incrementando las sensaciones relacionadas con la seguridad en sí mismo que favorecen la autoestima, sin olvidar la influencia que puede tener en la gestión emocional, reduciendo la labilidad emocional y produciendo individuos con un ajuste emocional adecuado. Todo lo anterior estaría contemplado desde una visión positiva, aunque también puede observarse la influencia negativa asociada a las carencias percibidas en afecto paterno/materno, como las conductas hostiles y agresivas.

En el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) esta percepción de aceptación se da en mayor medida en los estilos autorizativo e indulgente, ya que ambos comparten altos niveles de esa dimensión. De esta manera, tal y como se observa en revisiones

sistemáticas sobre el tema, sería esperable que ambos estilos presentaran mejor ajuste psicológico que los estilos autoritario y negligente. Sin embargo, con los trabajos realizados hasta la fecha es difícil concretar cuál sería el estilo óptimo, es decir, aquel que manifieste mayor ajuste personal (Khaleque, 2013).

Por el contrario, Abdul Khaleque (2013) refiere que aquellos individuos que se perciban a sí mismos como rechazados por sus padres tenderán a mostrar valores más altos en hostilidad, agresión, dependencia, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, así como una visión más negativa del mundo. Utilizando una perspectiva de la influencia negativa que puede ejercer las carencias en atención y afecto paterno.

Al aplicar una comparación con el modelo bidimensional (Maccoby y Martin, 1983) los estilos con mayor nivel de rechazo se corresponderían con el autoritario y el negligente, ya que ambos tienen niveles bajos de aceptación. Por esta razón, siguiendo la línea de estudios previos, sería esperable que ambos estilos se asociaran a medias más altas en tendencia a la agresión, dependencia, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional y visión negativa del mundo. Pero de la misma manera que en casos anteriores, con los estudios publicados hasta la fecha es difícil determinar qué estilo es más perjudicial. A pesar de que el consenso mayoritario de los autores especializados en esta área confluye en señalar al estilo negligente como el estilo que más repercusiones negativas puede producir en el desarrollo de un individuo a todos los niveles, físico, psicológico y social (D. Baumrind, 1972; D. Baumrind, 1978; Calafat et al., 2014; Chao, 2001; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019).

En cuanto al estudio de la relación entre socialización parental y ajuste psicológico, es común que se comparen los resultados del PAQ (Personality Assessment Questionnaire) y del PARQ (Parental Acceptance-Rejecction Questionnaire), que indica el grado de afecto y rechazo percibido por los hijos. Gracias a esta comparación es posible especificar qué influencia tienen las dimensiones de afecto/rechazo en

las siete dimensiones de desajuste personal del PAQ (R. P. Rohner, 1978).

El PAQ como índice de desajuste personal en socialización

Es común que los autores que investigan la relación entre desajuste psicológico y socialización desde la PARTheory utilicen las siete dimensiones del Personality Assessment Questionnaire o PAQ (R. P. Rohner, 1978). Esta escala incluye las dimensiones de: hostilidad, tendencia a la agresión, dependencia, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, inestabilidad emocional y visión negativa del mundo. Además, tiene la particularidad de contar con un índice o medida general de ajuste psicológico o inadaptación (Khaleque, 2013).

Esa ha sido una de las razones que ha motivado el uso de esas siete dimensiones en este trabajo. Sin embargo, en este estudio en particular se ha utilizado como guía el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983), de manera que se puedan establecer asociaciones entre el (des)ajuste personal en cada uno de los estilos parentales: indulgente, autorizativo, autoritario y negligente.

Esta es una de las aportaciones más innovadoras de esta tesis, ya que, siguiendo las directrices de otras líneas de investigación consolidadas, se han unido conceptos que hasta la fecha han sido estudiados desde ópticas distintas.

Primeramente, la parte central de este trabajo se centra en desajuste personal, sin embargo en lugar basarse en la PARTheory, como la mayoría de autores que han hecho estudios similares, se ha seguido el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983), con el objetivo de analizar el ajuste o desajuste que produce cada estilo de socialización parental en concreto. De esta manera se pretende profundizar sobre aquellas dimensiones relacionadas con el ajuste o desajuste en los hijos, lo que permitiría discriminar las pautas parentales más beneficiosas de aquellas más perjudiciales. Al

continuar con esta área de investigación sería posible encontrar la relación entre algunos comportamientos específicos de los padres y diversos resultados de socialización en sus hijos, detectando aquellas pautas más deseables para ser fomentadas en grupos de padres, y reducando a los mismos para evitar aquellas conductas que repercuten negativamente en sus hijos.

En segundo lugar, los criterios principales de este trabajo se relacionan con desajuste personal, concretamente se han centrado en: tendencia a la agresión, autoestima y autoeficacia negativas, irresponsividad e inestabilidad emocional, visión negativa del mundo, nerviosismo e inseguridad personal. Esta perspectiva permite destacar los aspectos más perjudiciales de cada estilo parental y no solo señalar aquellos donde ejerce una influencia positiva. Aunque es importante conocer los beneficios de utilizar un determinado estilo parental, también lo es conocer aquellos estilos que pueden producir secuelas psicológicas y problemas adaptativos para la sociedad. Especialmente si estos problemas repercuten en la libertad e integridad de otras personas, como es el caso de la aparición de conductas agresivas, que podrían afectar más allá del propio individuo.

Este cambio en el foco de atención hacia aspectos más negativos, en lugar de seguir una línea más positiva y ajustada, responde a una necesidad actual para conocer aquellos aspectos que más influyen en estos criterios de desajuste, ya que pueden provocar situaciones que comprometan seriamente la salud mental del individuo, e incluso pueden llegar a impedirle la integración en su propia sociedad y contexto. En otras palabras, tan importante es conocer aquellos factores asociados a un desarrollo óptimo y ajustado de la socialización parental, como conocer aquellos que están estrechamente relacionados con criterios de desajuste, que además de impedirle su integración social afecten a su salud mental produciendo un sufrimiento inmediato. Podría considerarse como empezar la casa por el tejado, pero si bien es cierto que el alcance psicológico de los efectos beneficiosos de uno u otro estilo parental es importante, también lo es reducir los efectos negativos que puedan ocasionar en la salud mental y en la integración de un niño/a, para reducir por un lado el sufrimiento al que se puede ver sometido y para construir la base

sobre la que se sustentarán los criterios de ajuste personal. En otras palabras, aunque el foco de atención centrado en aspectos positivos, es una meta que se visualiza con mayor facilidad, también es importante detener y paliar los aspectos negativos relacionados con la socialización parental inapropiada.

Por todo lo anterior, durante este apartado será común que se utilice el concepto de desajuste personal o psicológico como sinónimo de los criterios del PAQ (R. P. Rohner, 1978) ya que es un cuestionario que es capaz de ofrecer un índice de ajuste psicológico bastante preciso, gracias a su puntuación total en cada una de las dimensiones. Contiene aspectos relacionados con agresividad, tanto verbal como física. Contempla también la medición de autoestima y autoeficacia negativas, permitiendo a los sujetos expresar aquellos aspectos de su personalidad que más les desagradan. Añade un componente de irresponsividad e inestabilidad emocional, que muestra la incapacidad para gestionar y expresar emociones. Por último, incluye una valoración subjetiva del mundo, desde una perspectiva negativa, de manera que el sujeto puede expresar cómo percibe el mundo y la vida en general.

Todas esas dimensiones ayudan a detectar aquellos sujetos que se encuentran ajustados (o no) en la sociedad. Además, estos criterios pueden considerarse metas u objetivos de socialización, ya que implican el desarrollo de las habilidades necesarias para la gestión emocional, una autoestima y autoeficacia competentes, así como una visión del mundo más positiva que negativa. En lo que refiere a la agresividad, sería comprensible que en un contexto normalizado (en el que el sujeto no se encuentre en peligro), cuanto más acotado sea el uso de la violencia más ajustado a la sociedad se encontraría la persona, ya que manifestaría menos problemas de conducta.

En otras palabras, mediante un índice de fácil interpretación el PAQ permite distinguir a aquellos sujetos que se encuentren adaptados en su medio, ya que serían capaces de gestionar y expresar emociones, tendrían niveles sanos de autoestima y autoeficacia, rara vez harían uso de conductas agresivas y expresarían una visión del mundo y de la vida en general positivas. Mientras que los sujetos que

queden por debajo del índice estarían desajustados en su entorno, debido a que a menudo utilizarían conductas agresivas para relacionarse con los demás, serían incapaces de gestionar tanto sus propias emociones como las ajenas, tendrían una autoestima y una autoeficacia bajas, y percibirían el mundo como un lugar hostil y desagradable (R. P. Rohner, 1978).

Aunque el PAQ reúne muchos criterios relacionados con el ajuste psicológico de un individuo, deja fuera de la ecuación otras muchas variables que también ayudan a realizar esa interpretación, como por ejemplo la cantidad y calidad de la red social del sujeto, la presencia de trastornos psicológicos, abuso de sustancias, índices de delincuencia, oposición a la autoridad, problemas de conducta y autoconcepto, entre otros.

Debido a esta gran variedad, algunos autores han decidido aunar todos estos criterios bajo dos etiquetas que en inglés reciben el nombre de "*internalizing and externalizing problems*", y que en español se traduciría como aquellas perturbaciones internas y externas que vive el sujeto durante su desajuste personal (Ahmed et al., 2016; Ali et al., 2015; Khaleque y Rohner, 2002b; Khaleque, 2013). En lo que refiere a las perturbaciones internas, se describen sobre todo aquellos aspectos de autovaloración, como puede ser la autoestima o el autoconcepto, así como la presencia de trastornos mentales. Por otro lado, los problemas externos suelen relacionarse con aspectos sociales, es decir, lo que la sociedad percibe del sujeto, como por ejemplo los actos delictivos o los comportamientos violentos.

Es posible encontrar capítulos de libro enteros dirigidos exclusivamente a esta temática. En una publicación reciente que recoge más de 120 estudios, llevados a cabo en contextos árabes, se han analizado la influencia de las dimensiones de afecto y rechazo en varios criterios de desajuste personal (Ahmed et al., 2016).

Asimismo, Al-Theifairy (1996) analizó una muestra de adolescentes procedentes de Arabia Saudita y Egipto, comparando sus medias en el PARQ y el PAQ. Los resultados indicaron que la dimensión de rechazo correlacionaba positiva y significativamente

con todas las subescalas del PAQ, excepto la de dependencia. En otras palabras, la sensación de rechazo que percibían los menores se asoció a mayor tendencia a la agresión, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, y visión negativa del mundo Si se pretende comparar estos resultados siguiendo el modelo bidimensional (Maccoby y Martin, 1983), los resultados de mayor desajuste personal se corresponderían con los estilos autoritario y negligente, aunque no se podría especificar cuál de los estilos presentaba mayor desajuste, ya que no se ha tenido en cuenta este aspecto en la investigación.

En la misma línea que el anterior, un estudio europeo que analizó las medias en el PARQ y el PAQ, de niños de entre 11 y 14 años, procedentes de Estonia, llegó a la conclusión de que la aceptación percibida correlacionaba significativamente con el ajuste psicológico (Tulviste et al., 2008). En general, los niños y niñas que percibían menos aceptación tanto de sus padres como de los profesores manifestaban más problemas de conducta. Los autores realizaron un modelo de regresión múltiple que incluía la aceptación paterna, materna y del profesorado, así como el ajuste psicológico de niños y niñas. Este modelo fue capaz de explicar el 34% de la varianza en el caso de los niños y el 41% en el caso de las niñas. Aunque esta influencia no se dio en cuanto al logro académico, ya que no correlacionó significativamente con la aceptación percibida (Tulviste et al., 2008).

La dimensión de aceptación, es decir, la calidez, cuidado y afecto que los padres muestran hacia los hijos, puede llegar a influir notoriamente en criterios de desajuste psicológico concretos como hostilidad, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, y visión negativa del mundo, cuando no está presente (Ahmed et al., 2016). Al trasladar estos resultados al modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) sería esperable que los hijos de familias autorizativas e indulgentes, con altas puntuaciones en aceptación, mostraran mejor ajuste psicológico que los de familias autoritarias y negligentes, incluso al controlar la variable de castigo severo físico (Erkman y Rohner, 2006). Sin embargo, como la

mayoría de los trabajos parten desde otro modelo teórico no es posible establecer todavía esa asociación.

Del análisis de estos últimos estudios se subraya la importancia de la influencia del afecto percibido por los hijos, sobre todo en lo que refiere a aquellos sujetos que llegan a sentirse rechazados por sus progenitores. La dimensión de afecto de nuevo juega un papel crucial en el desarrollo de habilidades necesarias en la socialización. Esta conclusión a simple vista parece tan evidente que no sería necesario ni el respaldo científico para formularla, ya que incluso en el mundo animal se ha comprobado que el afecto percibido por primates es un factor que influye decisivamente en su desarrollo no solo físico sino cognitivo, y que ante la ausencia de este afecto materno las crías se desenvuelven peor en tareas que implicaban atención, memoria y conducta. Por ejemplo, en un famoso experimento llevado a cabo con monos rhesus se les expuso a varias madres: una de alambre que le proporcionaba comida, y otra de felpa que le proporcionaba calor. En determinado momento del estudio se les dio a escoger a las crías ambas madres y la mayoría de ellas escogía sistemáticamente a la madre de felpa, a pesar de que no garantizaba su alimentación (Harlow, 1958). Aunque este experimento se centra en el mundo animal de él se extraen varias ideas importantes: En primer lugar, que el mono Rhesus es un primate muy cercano en el árbol filogenético al ser humano, por lo que cualquier conclusión extraída mediante es tipo de animal debe tenerse en cuenta, para contemplarse como un posible rasgo compartido entre especies. En segundo lugar, la elección de los primates de la madre de felpa en lugar de la de alambre, a pesar de que esta última les proporcionaba comida, pone de manifiesto el gran poder que ejerce la calidez y la cercanía en la crianza de los niños. Por este motivo gracias a investigaciones como esta se ha entresacado el gran potencial que tiene el contacto cuerpo-cuerpo al nacer, que es una pauta que implica el contacto físico entre el recién nacido y la madre segundos después del parto, y que se ha asociado a la mejora del sistema inmune del neonato. En este sentido tan importante es que los padres amen realmente a sus hijos como se lo hagan saber mediante muestras de afecto físico o verbal, ya que de esta manera aumentará el afecto percibido por los hijos. En tercer y último lugar, este estudio también señala las consecuencias negativas que tuvo la retirada de

esos monos de su seno materno, ya que en comparación con grupos similares de primates su desarrollo se vio comprometido (Harlow, 1958), lo que demuestra la importancia del vínculo paterno-materno-filial en el desarrollo de los individuos.

Otras líneas de investigación han optado por incluir criterios de socialización parental que no pertenecen ni al modelo bidimensional ni a la PARTheory. Por ejemplo, utilizando las dimensiones de exigencia-permisividad (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997). Sin embargo, sus resultados encuentran muchas críticas, ya que no es posible determinar si los efectos surgen directamente de esas dimensiones o de la expresión de rechazo de los padres (R. P. Rohner y Khaleque, 2005).

Como si fueran las dos caras de una moneda las dimensiones de aceptación-rechazo se asocian a resultados diferentes en las investigaciones sobre el tema. La percepción de aceptación paterno-materna se asocia sistemáticamente a mejor ajuste psicológico y desarrollo de habilidades sociales (Erkman y Rohner, 2006; Khaleque, 2013), mientras que la dimensión de rechazo suele asociarse a desajuste psicológico y altas puntuaciones en los criterios de desajuste del PAQ (Al-Theifary, 1996; Khaleque, 2013).

En un meta-análisis centrado en la percepción de aceptación-rechazo parental y el ajuste psicológico de los hijos, se analizaron 43 estudios realizados por todo el mundo. Los autores incluyeron únicamente estudios basados en la Partheory, y que usaran los instrumentos del PARQ y el PAQ (Khaleque y Rohner, 2002a). Las conclusiones fueron modestas, a pesar de que encontraron una fuerte asociación entre las dimensiones de aceptación-rechazo y ajuste psicológico, no fue posible establecer una relación causa-efecto. La mayoría de los artículos analizados mostraba una relación entre la dimensión de aceptación y el ajuste psicológico por un lado, y la dimensión de rechazo y el desajuste psicológico. Sin embargo, no se encontró homogeneidad en el porcentaje de varianza explicado por ambas dimensiones. En general, los estudios centrados en adultos eran capaces de explicar un 21% de la varianza, y en los que estaban centrados en niños hasta un 26%. No obstante, los autores recalcan

que queda un 74% de varianza no explicada que estaría influida por factores de toda índole (social, biológico…etc.). Además, insistían en la necesidad de realizar estudios más minuciosos (p.e.: longitudinales) que puedan ofrecer una aproximación más detallada de los procesos internos que envuelven la socialización (Khaleque y Rohner, 2002a).

Una década más tarde, Abdul Khaleque (2013, 2015) realizó varios meta-análisis sobre ajuste psicológico y disposiciones de personalidad en niños. El primero de ellos desde una perspectiva positiva, es decir, analizando la dimensión de calidez y el ajuste psicológico; y el segundo de ellos desde una perspectiva negativa, centrado en la percepción de indiferencia paterna y desajuste psicológico. Ambos incluyeron estudios llevados a cabo en ciudades de todo el mundo, localizadas en territorios africanos, asiáticos, europeos y americanos. La edad media de los participantes fue de 12 años, pero había estudios que contaban con muestras de entre 9 y 18 años. En este caso el autor fue más contundente en sus conclusiones; sus análisis revelaban una correlación positiva entre la dimensión de rechazo paterno y materno, concretamente la indiferencia o negligencia percibida, y las siete dimensiones del PAQ (Khaleque, 2013; Khaleque, 2015).

La ausencia de un factor no implica necesariamente la presencia de otro. Por eso hay estudios que están centrados en estudiar la influencia del afecto paterno-materno percibido por los hijos, que puede ayudar a construir un perfil psicológico fuerte además de habilidades sociales que le permitan desenvolverse en un entorno social adecuadamente; mientras que otros autores escogen un enfoque negativo en el que se analizan los efectos perjudiciales que puede producir el rechazo paterno-materno en el desarrollo psicológico y personal del niño, que le puede llevar a desarrollar incluso problemas de conducta.

Algunos autores plantean la posibilidad de que la dimensión de aceptación sea un posible factor protector, ya que promueve la confianza y reciprocidad entre padres e hijos (Darling y Steinberg, 1993; Maccoby y Martin, 1983; Steinberg, 2001). Esta dimensión, relacionada con la calidez, promueve la adquisición de reglas, normas

y patrones de comportamiento saludables. Asimismo, también se asocia a la internalización de valores más aceptados socialmente (Garaigordobil y Aliri, 2012; Musitu-Ferrer et al., 2019; Villarejo et al., 2020).

Por otro lado, también se ha planteado que el rechazo de los padres sea un factor de riesgo para el desarrollo de los niños, que a menudo les hace evaluar tanto al futuro como a sí mismos de una forma negativa, lo que puede favorecer la aparición de trastornos psicológicos como depresión o ansiedad, así como comportamientos socialmente inaceptables (Kim et al., 2003; Nolan et al., 2003).

Además, en otras publicaciones el rechazo percibido tendía a asociarse a otros criterios como maltrato físico severo, que a su vez empeoraba el ajuste personal (Ahmed et al., 2016; Erkman y Rohner, 2006).

En una investigación turca, donde según los autores las familias suelen ser afectuosas pero es común utilizar el castigo físico, se compararon los resultados de jóvenes de entre 10 y 18 años en el PARQ, el PAQ y el Physical Punishment Questionnaire (PPQ), basándose en la PARTheory. Los investigadores encontraron que la dimensión de aceptación por sí misma era capaz de explicar hasta el 35% de la variación de los jóvenes en el ajuste psicológico. Es decir, los niños con altas puntuaciones en aceptación parental percibida mostraron un ajuste psicológico significativamente superior al resto de niños. Esta dimensión adquiría más potencia cuando se combinaban las puntuaciones paterno-maternas y se controlaba la variable de castigo físico severo. En la ecuación completa se encontró que los padres y las madres ejercían una influencia diferenciada, ya que el castigo físico severo paterno se asoció a un desajuste psicológico en los menores, mientras que en la madre era necesario que se diera castigo severo físico y altas puntuaciones en rechazo (Erkman y Rohner, 2006).

Influencia paterna y materna en el desajuste psicológico

Son muchos los estudios que encuentran diferencias en los resultados de socialización de los hijos, atendiendo a diferencias entre padres y madres. Por ejemplo, Rohner y Veneziano (2001) y Rohner y Britner (2002), en una muestra americana, indicaron que el rechazo paterno tendía a ser un mejor predictor de problemas de conducta, abusos de sustancia, e incluso depresión que el rechazo materno percibido. Asimismo, Rohner y Veneziano (2001) encontraron que la calidez y la aceptación paterna tendían a ser mejores predictores que la aceptación materna de la sensación de bienestar en adultos jóvenes, incluso en estudios transculturales. Estos dos estudios reflejan la importancia de la figura paterna en el núcleo familiar respecto a la materna, ya que es capaz de influir tanto en aspectos positivos como negativos.

En consonancia con las aportaciones anteriores, en un estudio europeo posterior se encontraron resultados similares. En este caso participaron un total de 2.230 preadolescentes de entre 10 y 12 años, y se encontró que la calidez emocional, el rechazo y la sobreprotección de los padres eran las variables que más impacto ejercían en la agresividad de los jóvenes. Concretamente el rechazo paterno era el factor que más contribuía a aumentar tanto la agresividad como la tendencia a cometer actos delictivos en los preadolescentes (Buschgens et al., 2010). Este resultado ya fue pronosticado por Kuterovac-Jagodic y Kerestes (1997) en un estudio realizado en Zagreb, Croacia, en el que encontraron asociaciones entre la percepción del rechazo del padre y mayores niveles de comportamiento agresivo no solo en la niñez sino también en la edad adulta.

Asimismo, en un estudio español llevado a cabo con adolescentes, se analizó la relación entre las conductas agresivas directas e indirectas de los jóvenes y el estilo de socialización parental percibido, moderado por el vínculo o apego entre padres e hijos. Los resultados mostraron correlaciones moderadas pero significativas,

aunque aumentaban su potencia cuando se incluía la variable de apego como moderadora. Además, se encontraron influencias diferencias según el apego mostrado por el padre o por la madre, enfatizando el papel crucial que el vínculo con el padre puede generar en el desarrollo de conductas agresivas de sus hijos (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012).

La mayoría de los programas educativos para padres van dirigidos a ambos progenitores por igual, a pesar de que haya investigaciones que revelen la importancia del rol paterno sobre el materno (Chen et al., 2000; Rohner y Veneziano, 2001; Rohner y Britner, 2002). Una adaptación en estos programas educativos que aumentara el número de participantes con un rol paterno podría producir más cambios globales, aunque la participación de las madres en este tipo de programas suele ser mayor.

Otro ejemplo lo constituye un estudio longitudinal de dos años realizado en la Réplica Popular de China, donde los autores concluyeron que los estilos de socialización podían tener una contribución diferente en función del sexo del niño, el rol padre-madre y la edad. Los análisis de regresión revelaron que los resultados eran diferentes para padres y madres. En concreto la calidez materna se asoció a un mayor ajuste emocional de los niños, mientras que la calidez paterna se asoció significativamente a mejor ajuste social y académico. También se encontró que la indulgencia paterna, pero no materna, predecía ciertas dificultades de adaptación de los niños (Chen et al., 2000).

De la misma manera, hay estudios centrados únicamente en uno de los progenitores. Por ejemplo, en un estudio canadiense que se basó únicamente en la figura materna, y que trataba de analizar su relación con el apego y el ajuste psicológico de sus hijos (Karavasilis et al., 2003). La muestra se dividió en dos grupos, el primero de ellos con niños de cuatro a seis años, y el segundo grupo de siete a once años. Para clasificar los estilos parentales se combinaron las medidas en calidez, autonomía psicológica y supervisión percibida (monitoreo del comportamiento). Los investigadores encontraron asociaciones entre el estilo parental autorizativo y un apego seguro, así como a un mejor

ajuste psicológico en los hijos, respecto al resto de estilos. Además, estas asociaciones fueron consistentes en ambos grupos de edad (Karavasilis et al., 2003).

Además de la influencia diferenciada atendiendo al sexo de los progenitores hay más variables implicadas, como por ejemplo la estabilidad del estilo de socialización parental en el padre y en la madre. Por ejemplo, en un estudio italiano con más de 2000 adolescentes de muestra se encontraron diferencias significativas en el ajuste psicológico de los menores, no solo por la influencia de la aceptación percibida, sino por la inconsistencia entre los estilos que adoptaba el padre y la madre. La regresión jerárquica descubrió una correlación significativa negativa entre la inconsistencia de estilos paterno-materno y el desajuste psicológico. En general, que los padres cambiaran impredeciblemente de estilo de socialización aumentaba el desajuste psicológico de los menores. Los investigadores realizaron análisis post hoc de Bonferroni que permitían discriminar aquellos subgrupos de adolescentes que tenían mayor desajuste. El grupo más perjudicado fue el de adolescentes que percibían tanto rechazo paterno como materno, seguido de aquellos que además percibían inconsistencia entre los estilos de los progenitores. El grupo con mejores resultados de ajuste personal se correspondió con el de adolescentes que percibían consistencia entre los estilos parentales y altas dosis de aceptación (Miranda et al., 2016).

La conclusión de muchos autores es que independientemente del estilo predominante, las inconsistencias entre los padres son perjudiciales (Berkien et al., 2012; García-Linares et al., 2014). Ya sea la intra-parental, es decir, la variabilidad que recoge uno solo de los progenitores, haciendo que las relaciones con sus hijos sean impredecibles, ya que va cambiando su estilo en diferentes situaciones. O bien la inter-parental, es decir, las discrepancias entre los estilos de los progenitores, por ejemplo cuando un padre adopta un estilo autoritario mientras que la madre se muestra permisiva. Esta última situación genera una gran confusión en el niño y le dificulta el desarrollo de la socialización (Miranda et al., 2016).

Los estudios anteriores dejan de manifiesto no solo la importancia de las dimensiones de la socialización parental, sino su efecto diferenciado en los roles paterno y materno. Este aspecto puede ser de gran relevancia al poner en marcha programas educativos para padres, incidiendo en aquellos criterios que ejercen más influencia en cada uno de los roles, en lugar de utilizar psicoeducación genérica.

Gracias a las aportaciones anteriormente mencionadas podrían elaborarse programas educativos específicos para padres y madres. Centrándose en las dimensiones que más impacto han demostrado en la literatura científica: rechazo-calidez percibido paterno y materno, indulgencia paterna y la inconsistencia entre los estilos parentales materno-paterno.

De la misma manera, gracias a esta recopilación de literatura científica sería posible diseñar programas educativos orientados a problemas y necesidades específicas de los jóvenes. Por ejemplo, en colectivos de adolescentes con tendencia a desarrollar problemas de conducta, abuso de sustancias y síntomas depresivos podría ser de utilidad reducir la percepción de rechazo paterno para mejorar su ajuste en la sociedad (Rohner y Veneziano, 2001; Rohner y Britner, 2002). También puede ser de utilidad organizar grupos de formación para madres con el objetivo de trabajar aspectos relacionados con la calidez, como por ejemplo estrategias de comunicación afectiva, habilidades sociales o escucha activa, que en conjunto podrían mejorar el bienestar y el ajuste emocional de sus hijos (Rohner y Veneziano, 2001). Si el objetivo que se persigue se centra en el rendimiento académico o ajuste social, podría ser de más utilidad entrenar selectivamente a los padres (y no madres) en el aumento de aspectos relacionados con el afecto y calidez (Chen et al., 2000).

En lo que se refiere a programas específicos para reducir dificultades de adaptación en los jóvenes sería beneficioso entrenar a los padres para desarrollar pautas afectivas hacia sus hijos, mejorando la comunicación y la confianza mutuas (Chen et al., 2000). Este tipo de programas son escasos, y después de una pequeña revisión bibliográfica es evidente que son necesarios, ya que son muchos los estudios que reiteran la importancia de la influencia del rol paterno (y

no materno) en el desarrollo de habilidades asociadas a la socialización parental, así como en la disminución de problemas de conducta en sus hijos (Chen et al., 2000; Rohner y Veneziano, 2001; Rohner y Britner, 2002). No obstante, la educación y cuidado de los niños es una función ligada tradicionalmente al rol materno, por lo que sería necesario trabajar algunos aspectos relacionados con los roles y estereotipos de género previamente, para poder ampliar la implicación de los padres. Esta es una línea que bien podría merecer toda una tesis doctoral, y que sería el punto previo a la realización de programas educativos dirigidos exclusivamente a padres.

Por último, en cualquiera de los programas anteriores debería incluirse un apartado alertando sobre los efectos negativos de la inconsistencia entre los estilos educativos de padres y madres, recalcando la importancia de fortalecer el bloque parental, e indicando la necesidad de usar un mismo estilo parental, a ser posible uno de los estilos que se asocien a mejores resultados de socialización (Berkien et al., 2012; García-Linares et al., 2014; Miranda et al., 2016). Este aspecto puede ser de especial relevancia en caso de padres que se encuentren en situación de separación o divorcio, para reducir los posibles efectos negativos en el ajuste psicológico de los hijos (Miranda et al., 2016), así como síndromes de alineación parentales. Los resultados de las investigaciones son contundentes en cuanto a este resultado, de manera que hay un consenso consolidado en contra de la inconsistencia entre los estilos parentales, sobre todo cuando los estilos son muy diferentes. A pesar de la creencia popular de que un estilo puede contrarrestar se con otro, la investigación sobre el tema reitera los efectos perjudiciales que puede producir en los hijos esta inconsistencia en los estilos parentales (Berkien et al., 2012; García-Linares et al., 2014; Miranda et al., 2016), aunque bien es cierto que no se ha estudiado esa inconsistencia en caso de que uno de los padres ejerza un estilo especialmente perjudicial, como es el negligente, en cuyo caso es probable que sea más beneficioso que el otro progenitor escoja cualquier otro estilo parental. Sería de gran utilizar ahondar en esta cuestión y observar las diferentes combinaciones de esas inconsistencias. Es muy probable que los resultados de la socialización sean muy diferentes teniendo en cuenta todas esas variabilidades. Ya que tendrán que exponerse por un lado a los efectos

perjudiciales y beneficiosos de un estilo de socialización por parte del padre, y después por parte de la madre. Del resultado de estas comparaciones se obtendría mucha información específica en el estudio de la influencia de los estilos de socialización parental, ya que podrían darse combinaciones muy desafortunadas como por ejemplo: negligente y autoritario, que podrían causar daños en el desarrollo psicológico y emocional del niño. Así como combinaciones más deseadas como autorizativo y permisivo, que combinaría los efectos positivos de afecto percibido con pequeñas dosis de disciplina, lo que podría aumentar la autoestima y el autoconcepto al mismo tiempo que influyera positivamente en el rendimiento académico.

Aunque muchos estudios abordan esta temática, no todos centran sus análisis en la inconsistencia percibida entre los estilos de los cuidadores principales. Además, el concepto de familia es dinámico, y gran parte de estas publicaciones suelen utilizar el concepto "padre" y "madre", cuando hay muchos otros agentes socializadores que no están dentro de esas etiquetas. En futuras líneas de investigación podría ser de utilidad analizar otras fuentes de socialización e investigar sus efectos combinados, como por ejemplo han hecho otros autores al incluir la figura del educador (Garcia-Reid, 2007; Harter, 1996; Tulviste et al., 2008), aumentando así la proporción de varianza explicada en el ajuste psicológico de los niños. También podría sumar a ese porcentaje la inclusión de figuras familiares como los abuelos, que están recogidos en muy pocos artículos (Tinsley y Parke, 1984), e incluso seguir ahondando en esta cuestión y centrar parte de la investigación en los principales agentes socializadores. Por ejemplo, analizando los cuatro agentes más relevantes y sus estilos parentales según diferentes dimensiones, como afecto y severidad en el modelo bidimensional (Maccoby y Martin, 1983). De esta manera podría analizarse la influencia de los diferentes agentes socializadores, al igual que se ha hecho con la figura de la madre y del padre, donde a menudo el padre tiene un papel más influyente. Así, podrían organizarse los distintos agentes socializadores más potentes, organizándolos en una jerarquía, y observar qué estilo de socialización utiliza cada uno, para posteriormente analizarlo en base a unos criterios de ajuste personal y social. En este modelo sería posible que un mismo sujeto tuviera

influencia de los cuatro estilos parentales simultáneamente. Asimismo también sería posible analizar la influencia de la exposición sistemática a un único estilo parental, como por ejemplo el negligente, en un mismo niño, analizando las repercusiones negativas en el desarrollo de su socialización parental y en la aparición de problemas de conducta, como se ha encontrado en investigaciones previas centradas en el estilo negligente (D. Baumrind, 1972; D. Baumrind, 1978; Calafat et al., 2014; Chao, 2001; Fuentes et al., 2015; García y Gracia, 2010; García y Serra, 2019). Todo lo anterior permitiría formular una conclusión que exponga al estilo negligente como el único estilo parental claramente perjudicial para el desarrollo de la socialización, asociado a un peor ajuste personal y social.

Socialización parental y tendencia hacia la agresividad

Aunque en otros apartados de este trabajo se menciona extensamente la relación entre los estilos de socialización parental y el ajuste psicológico, el criterio de agresividad merece una especial relevancia debido a sus repercusiones internas y externas. De hecho, es un aspecto ampliamente estudiado desde multitud de ópticas. Por ejemplo, una investigación longitudinal llevada a cabo en Canadá, con una muestra de 1.183 niños de entre 2 y 8 años, de diferentes etnias y niveles socioeconómicos, trató de buscar la relación entre la tendencia a la agresión de los adolescentes y diversos factores familiares, incluidos los estilos de socialización parental. Sus hallazgos mostraban, además de una ecuación de regresión compleja, capaz de predecir los grupos con mayor tendencia agresiva, una relación estrecha entre ciertos factores familiares de riesgo (p.e.: bajo nivel socioeconómico) y un estilo parental hostil con niveles más altos tanto en agresividad física, como en otros tipos de violencia indirecta (Côté et al., 2007).

El comportamiento agresivo puede llegar a suponer un problema de adaptación importante tanto a nivel individual como colectivo. Si bien es cierto que, en contextos poco seguros, como por ejemplo

durante un conflicto bélico, contar con un repertorio conductual violento puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte (ya que tradicionalmente esta conducta ha estado muy ligada a la supervivencia) actualmente en los países más desarrollados a menudo este comportamiento se considera socialmente inadaptado. De hecho, es común considerar la agresividad como una serie de comportamientos desviados de la norma, que pueden interferir de muchas maneras en la vida de las personas. Si el nivel de agresividad es bajo, puede producir dificultades en las relaciones personales, e incluso aislamiento social, pero si el nivel aumenta hasta manifestar violencia física y verbal, es posible que el sujeto se vea involucrado en problemas con la ley, e incluso en una relación con el sistema penitenciario según la gravedad de sus actos.

Como se menciona anteriormente la agresividad tiene muchas manifestaciones. Por un lado, se puede considerar agresiva una respuesta verbal que incomode a un interlocutor, aunque este aspecto no tenga mayor trascendencia, o bien una agresión física que cause la muerte de otra persona. Dicho de otra manera, la violencia se organiza en un espectro muy amplio, en el que puede no suponer ninguna interferencia o producir un gran desajuste en el sujeto. El punto exacto de agresividad del que hablaremos variará según los estudios, ya que cada autor escoge una medida en función de su criterio científico. Hay autores que hablan de agresividad haciendo referencia a respuestas verbales y físicas (Côté et al., 2007), mientras que otros consideran un comportamiento agresivo cuando constituye una amenaza real e inminente contra la vida de otra persona. En algunos trabajos se registran los problemas de conducta o el comportamiento antisocial, considerado como un trastorno psicológico y de la personalidad (Hanisch et al., 2014). También hay estudios que incluyen en esta categoría algunos actos delictivos que pueden estar relacionados con conductas violentas y afectar a otras personas, como por ejemplo la destrucción de mobiliario público (Buschgens et al., 2010). En cualquier caso, la conducta agresiva tiene muchas manifestaciones y en lo que coinciden todos los autores es que afecta profundamente tanto al sujeto, produciéndole un gran desajuste y sufrimiento subjetivo, como a su entorno próximo que tiene que lidiar con las consecuencias. A nivel global, la agresividad puede producir una

alteración del orden, pérdidas económicas y la necesidad de invertir en sistemas e infraestructuras (como centro de menores, cárceles…etc.); a un nivel más próximo, la familia puede verse afectada, tanto a nivel físico como psicológico, cuando alguno de sus miembros ejerce algún tipo de violencia. Sin olvidar la interferencia personal que puede producir en el propio sujeto que propicia el acto violento, asumiendo las consecuencias físicas de su agresión (heridas, hematomas…etc.), o al sentir sufrimiento y apatía, en el caso de no desarrollar un trastorno psicológico de psicopatía.

La relación entre la agresividad de los niños y la familia a la que pertenecen ha sido estudiada por muchas disciplinas, ya sea desde un enfoque biológico, social, psicológico e incluso genético (Tackett et al., 2009). Un ejemplo de esto último lo ofrece un estudio que analizaba la etiología genética de la conducta agresiva, en gemelos de entre 6 y 18 años, registrando las conductas violentas que informaban ellos mismos y sus madres. Los resultados en el caso de las madres mostraban que el factor genético era capaz de explicar el 63% de la varianza, mientras que las auto-informaciones de los propios gemelos apenas explicaban el 9%. Esta discrepancia en los datos, así como en el resto de varianza explicada por otros factores ambientales, deja de manifiesto la importancia de continuar estudiando la expresión de conductas agresivas tomando varios informantes de referencia (Tackett et al., 2009). Asimismo, queda demostrado el enorme peso que tienen los factores ambientales, en el caso de los autoinformes, y en el que podrían incluirse los estilos de socialización parental. Es importante que continúen realizándose estudios desde todas las perspectivas para combinar las diferentes medidas y poder dibujar un mapa de varianzas explicadas por cada uno de los factores. Sin embargo, especial relevancia tiene la investigación en aquellos factores ambientales, ya que, aunque los elementos genéticos tengan gran peso estos no se pueden modificar, son innatos, mientras que los elementos familiares y del entorno sí están sujetos a modificaciones, tras la detección de elementos tóxicos y la incorporación de nuevos hábitos en la dinámica familiar.

Esta óptica multidisciplinar ha permitido la publicación de una abundante literatura científica, como por ejemplo metaanálisis

específicos sobre el tema, en el que se analizan la relación entre diferentes prácticas parentales y los niveles de agresión de los niños, buscando posibles variables moderadoras. Un ejemplo de lo anterior se recoge en una revisión sistemática con más de 48 estudios, donde sus autores reiteraban que las prácticas positivas parentales (caracterizadas por su calidez y afecto) se asociaban a menores tasas de conductas agresivas en los niños, mientras que las prácticas parentales negativas (disciplina estricta y falta de atención) se asociaban a mayor agresividad en los hijos (Kawabata et al., 2011). Esta categorización como prácticas positivas o negativas se basaba en la repercusión posterior del ajuste de los hijos, por lo que es una clasificación realizada a "posteriori", aunque sus resultados coinciden con los encontrados en bibliografía similar sobre socialización familiar basados en el modelo bidimensional, en la que los estilos caracterizados por un alto nivel de afecto y cercanía, como serían el estilo indulgente y autorizativo, se asocian comúnmente a menores tasas de problemas de conducta (Garaigordobil y Aliri, 2012; García y Gracia, 2009; García y Serra, 2019; Villarejo et al., 2020).. Esta convergencia en los resultados, incluso estudiados desde distintos ángulos e incluso con clasificaciones "a posteriori", construyen una base firme y sólida que asocia sistemáticamente la idea de que un alto afecto percibido por los hijos puede constituir un factor protector ante la aparición de conductas agresivas. En este sentido, no solo es importante que los padres amen a sus hijos, sino que les trasmitan ese afecto de forma directa y cálida, es decir, no solo importa el qué sino el cómo, lo que hace más compleja este fenómeno.

Recientemente, el Cardiff Child Development Study (CCDS) en el Reino Unido, realizó por su cuenta un riguroso estudio longitudinal de 7 años de duración, que comenzó durante la gestación de los niños hasta su primera infancia. Se recogió todo tipo de información tanto de las familias como de los niños, desde la historia clínica de los padres, factores de riesgo prenatales, estatus socioeconómico, posteriores diagnósticos de los niños, e incluso las creencias que los progenitores tenían sobre lo que los autores denominaron "estilo cálido de crianza". Para esta última medición utilizaron el Parental Attitudes toward Childrearing Questionnaire (PACQ), en el que altas puntuaciones se asociaban a un estilo parental cálido, donde se

utilizaban estrategias como consolar, elogiar, bromear, jugar, así como mostrar afecto y atención a los hijos. También preguntaron a los progenitores sobre el uso del castigo físico como estrategia educativa. Asimismo, se analizó el comportamiento violento de los niños mediante observación directa, registro de comportamiento y el Child Behavior Check List (CBCL) (Perra et al., 2020). Los resultados señalaron que el hecho de que los padres siguieran un estilo parental cálido no influyó en la agresividad que mostraba el bebé al nacer, pero sí en las evaluaciones posteriores, incluso en los primeros años de la infancia, llegando a reducir sus niveles de ira y agresividad, incluso cuando el niño pertenecía a una familia con altos factores de riesgo. Sin embargo, el castigo físico no mostró relación con los niveles de ira y agresividad de los niños. Los autores definen el estilo parental cálido como una paternidad positiva, que es capaz de proteger contra la escalada de ira y agresividad desde la primera infancia hasta la niñez. Según los propios autores el estilo parental cálido puede promover interacciones positivas y de apoyo entre padres e hijos, incluso cuando el comportamiento del niño se vuelve cada vez más desafiante en la preadolescencia (Perra et al., 2020). Este trabajo en el contexto anglosajón expone varias ideas principales que merecen ser comentadas: En primer lugar, ratifica la importancia de la calidez que los padres ejercen en las diferentes muestras de cariño hacia los hijos, poniendo de manifiesto una vez más la relevancia de esta variable en general, y en la relación con la agresividad en particular. En segundo lugar, hace una distinción de aquellas pautas parentales específicas que se asocian a menores tasas en la aparición de problemas de conducta (p.e.: consolar, elogiar, bromear, jugar, como mostrar afecto y atención a los hijos), alejándose de otras investigaciones que son más ambiguas en esta distinción pero que dificultan el uso pragmático de los resultados. También cabe señalar el valor añadido de constituir un estudio longitudinal de tal envergadura, que abarca siete años de ciclo vital del niño, comenzando incluso antes de su nacimiento. Sin mencionar, la consideración de las muchas posibles variables de carácter más ambiental que podrían estar implicadas, de manera que se pudo elaborar un perfil de mayor-menor riesgo en la aparición de conductas agresivas, abarcando no solo aspectos psicológicos y familiares, sino ambientales y económicos. Por último, mencionar, que al introducir la medición del concepto que la familia tiene sobre el

castigo físico se ha obtenido multitud de información paralelamente, por un lado la posibilidad de utilizar dicha variable como moderadora, y por otro lado, la posible presencia del castigo físico en esa unidad familiar, ya que si se tiene una actitud más abierta hacia el castigo físico sería lógico que fuera una pauta aceptable para esos progenitores, añadiendo ese factor tan difícil de detectar por la deseabilidad social de los padres, y que aunque es una pauta propia de estilos parentales con la dimensión de exigencia alta no es la única pauta parental del mismo.

El estudio longitudinal anteriormente mencionado arroja resultados muy relevadores en cuanto a la influencia de ciertas pautas parentales específicas en la conducta de sus hijos, a lo largo de los 7 primeros años de vida, incluyendo aquellas etapas en las que el temperamento del bebé es especialmente relevante. Este aspecto también merece especial atención, ya que son pocos los estudios que se centran en esta parte más biológica como sería el temperamento, y que puede aumentar o reducir el porcentaje de variable explicada por factores externos. Asimismo, es una aportación muy valiosa a la literatura científica que demuestra el valor de la paciencia y los resultados a largo plazo en mediciones relacionadas con las dinámicas familiares más internas.

Siguiendo la línea de trabajos anteriores, en un estudio llevado a cabo en E.E.U.U., con una muestra que combinaba diferentes etnias, se buscó la relación entre el uso de algunas prácticas parentales y el comportamiento antisocial de los hijos, destacando la influencia de la calidez parental y no tanto de la disciplina severa (Hanisch et al., 2014). Por un lado, la calidez parental fue medida por los propios investigadores, mediante observación sistemática y registro de conductas de apoyo y afecto in situ. Por otro lado, la disciplina severa de los padres se midió al plantearles diferentes situaciones hipotéticas donde utilizarlas, valorando sus opiniones. Además, para estimar el comportamiento antisocial de los niños se evaluó la presencia de síntomas de trastornos de conducta, así como la dificultad en la gestión y expresión emocional. En los análisis se observó que la disciplina severa de los padres no tuvo gran influencia en la aparición de conductas antisociales posteriores en los hijos. Sin embargo, la

calidez parental sí se relacionó con un mayor control y expresión emocional en la infancia (Hanisch et al., 2014).

Estos resultados coinciden con otros estudios elaborados en contextos similares, donde destacó el papel de la calidez parental en la reducción de la impulsividad de los niños (Reuben et al., 2016), así como en la reducción de problemas de conducta, especialmente en la primera infancia (Pasalich et al., 2016). Sin embargo cabe mencionar que en el caso del estudio norteamericano las mediciones de la calidez y de la disciplina severa no siguieron los mismos criterios, ya que mientras que la calidez se midió de forma directa por los propios investigadores, la disciplina se evaluó mediante la propuesta de situaciones hipotéticas, es decir, no se contrastaba el uso (o no) de esa disciplina en la práctica diaria de esos padres, por lo que esta segunda medida podría estar sometida a algún sesgo de deseabilidad social, o bien de sobrestimación (Hanisch et al., 2014). Por todo lo anterior podría concluirse que en ese estudio la medición de ambos criterios (calidez y severidad) han tomado referencias muy diferentes, no solo porque la medición no la aportan los mismos informantes (que en el primer caso son los propios investigadores y en el segundo la respuesta de los padres ante situaciones hipotéticas), sino porque la primera medida sigue rigurosas pautas objetivas mientras que la segunda está sujeta a diversas interpretaciones. De todo lo anterior, podría subrayarse de nuevo la influencia de la calidez parental, pero en este caso corroborada por un informante externo experto en pautas parentales (el investigador), que sumaría sus observaciones a los estudios que analizan la calidez parental desde la perspectiva de los propios padres. Asimismo, en el estudio norteamericano se consideró como medida de aparición de problemas de conducta la presencia de conductas antisociales en los hijos, que excluiría algunos comportamientos agresivos más básicos y que forman parte de un repertorio cognitivo y conductual más complejo que la mera presencia de conductas violentas (Hanisch et al., 2014).

Los estudios anteriores toman como referencia la aparición de trastornos de conducta o trastornos antisociales en los hijos, de manera que serían la máxima expresión de la tendencia a la agresividad en los hijos. Dicho de otra manera, en estos trabajos se valoran la presencia

de un trastorno psicológico establecido en los niños y no solo la aparición de algún episodio violento aislado. Dada la gravedad de la medición ambos estudios aportan una valiosa información en el estudio de las influencias que puede ejercer la familia en la conducta desviada de sus hijos. Además, la muestra está compuesta por niños pequeños que no han alcanzado la etapa de la adolescencia, de manera que son capaces de aportar información sobre estos trastornos en el paso de una etapa evolutiva a otra.

Estos hallazgos tienen importantes implicaciones para las estrategias de prevención temprana, incluso en los bebés que ya muestran altos niveles de agresividad al nacer. Según algunos autores precisamente este colectivo es el que más se beneficiaría de un ambiente cálido de cuidado y actitudes positivas de los padres (Perra et al., 2020).

La prevención temprana de la tendencia a la agresión puede y es un objetivo propio de la psicología. Por esta razón los estudios que analizan esta tendencia en todo tipo de muestras son de especial relevancia a la hora de elaborar programas específicos para ciertos colectivos, mediados por el temperamento del bebé y los factores de riesgo asociados al entorno, sobre todo en contextos anglosajones. Este tipo de intervenciones preventivas podría reportar muchos beneficios a la sociedad en general, y a los individuos que recibieron de forma directa e indirecta el programa educativo. Por un lado, la sociedad podría ver limitada la presencia de comportamientos antisociales y delictivos de algunos menores con mayor cantidad de factores de riesgo, que son los que precisamente tienden a la reincidencia. Por otro lado, los propios participantes diana se verían beneficiados al aumentar los factores protectores que podrían contrarrestar los factores de riesgo familiares. De nuevo, un programa educativo que fomente la calidez y la cercanía por parte de los padres podría resultar de gran utilidad, incluso en usuarios especialmente pequeños, sobre todo en culturas norteamericanas y anglosajonas.

La dimensión de calidez parental no siempre se asocia con una menor tasa de conductas problemáticas de los niños en todos los contextos. Por ejemplo, en un programa alemán de intervención

parental preventiva, que examinaba los mediadores en problemas de conducta en un grupo de prescolares de alto riesgo, encontraron que la dimensión de calidez por sí misma no era capaz de cambiar el comportamiento de los niños. Para el análisis se combinaron las medidas en el Child Behavior Checklist (CBCL) de los niños, y en el Parent Practices Scale (PPS) de los padres. Al parecer, el elemento factor que más cambios produjo fue el uso de role playing como estrategia de entrenamiento en situaciones parentales especialmente delicadas. La reducción de comportamientos disfuncionales en los padres fue más potente para cambiar el comportamiento de los hijos que el entrenamiento en pautas parentales positivas (Hanisch et al., 2014). Este estudio alemán refuerza el uso de la técnica de role playing en los programas educativos parentales. Aunque no es la única técnica de aprendizaje, es una de las más eficaces, ya que permite imaginarse situaciones hipotéticas y plantear diferentes soluciones a diversos problemas. Además, aumenta la empatía en los participantes, al mismo tiempo que les produce una sensación de colaboración activa que mejora la comprensión de los conceptos, por el contrario de lo que ocurre con técnicas más pasivas como las clases magistrales. Si además esta técnica se combina con un feedback completo e instantáneo podría dotar a los padres de un repertorio conductual muy apropiado. De todo lo anterior, se entresaca un aspecto fundamental que ya se ha mencionado anteriormente, y es que tan importante es propiciar la aparición de pautas parentales adecuadas, como ayudar a reducir aquellas que producen efectos perjudiciales, por lo que el estudio en la influencia de la socialización parental se puede hacer desde estas dos perspectivas. En este caso, en este trabajo particular se ha pretendido precisamente abarcar ese segundo objetivo, analizando aquellas pautas que se asocian a los resultados de desajuste personal y social.

Estas discrepancias en las conclusiones, con respecto a la influencia de la calidez parental en las conductas agresivas de los hijos, se pueden deber a diferencias en la metodología de los investigadores. Mientras que algunos autores deciden utilizar registros y observación directa, otros utilizan cuestionarios validados científicamente. Estos métodos miden aspectos diferentes de la calidez paterna-materna. Los primeros se centran en aspectos conductuales

observables, mientras que los cuestionarios realizados por los padres incluyen un factor cognitivo, con la posibilidad de que aparezcan posibles sesgos que alteren los resultados. Para eso puede ser de utilidad combinar diferentes técnicas y en diferentes momentos temporales (Hanisch et al., 2014), e incluso contar con varios informantes sobre la misma dimensión, ya que en algunos estudios se han encontrado grandes discrepancias en las medidas según el informante, pudiendo pasar de un 66% de varianza explicada a apenas un 9% (Tackett et al., 2009).

Al ampliar las dimensiones parentales relacionadas con la socialización se vislumbra la complejidad de los procesos internos implicados. Por ejemplo, en un estudio europeo, que contaba con una muestra de 2.230 preadolescentes de entre 10 y 12 años, se encontró que la calidez emocional, el rechazo y la sobreprotección de los padres eran las variables que más impacto ejercían en la agresividad de los jóvenes. Concretamente el rechazo paterno era el factor que más contribuía a aumentar tanto la agresividad como la tendencia a cometer actos delictivos en los preadolescentes (Buschgens et al., 2010).

La percepción de rechazo paterno-materno ha sido ampliamente estudiada y son muchos los autores que lo destacan como un factor fundamental en el desarrollo de conductas violentas en los hijos. Kuterovac-Jagodic y Kerestes (1997), en un estudio llevado a cabo en Zagreb, Croacia, encontraron que la percepción de los adolescentes sobre el rechazo del padre se asociaba a mayores niveles de comportamiento agresivo en la edad adulta. Este comportamiento paterno se asoció con la agresión indirecta tanto en niños como en niñas, pero más concretamente con la agresión física en niños y con la agresión verbal en niñas. Coincidiendo con otros trabajos en los que se encontraron correlaciones positivas entre el rechazo paterno-materno percibido y altos niveles de agresividad, hostilidad y comportamiento violento en los hijos (Ahmed et al., 2016).

La sensación de rechazo que pueden sentir los jóvenes por parte de sus propios padres puede ocasionar graves consecuencias psicológicas que afectarían a su desarrollo como individuo y como ser

completo en la sociedad. Gran parte de estos investigadores han analizado esta variable desde la Partheory, utilizando el espectro entre aceptación-rechazo, pero algunos investigadores analizan medidas subjetivas referidas por los propios adolescentes (Ahmed et al., 2016; Buschgens et al., 2010; Kuterovac-Jagodić y Keresteš, 1997). Sería conveniente aunar todos estos criterios para continuar estudiando la relación entre el rechazo percibido y las consecuencias psicológicas y sociales en los hijos, aunque la bibliografía sobre el tema ya ha dejado bastante claro que el rechazo percibido por los hijos es una variable con grandes repercusiones negativas, y más concretamente el rechazo paterno percibido (Buschgens et al., 2010; Kuterovac-Jagodić y Keresteš, 1997). Sin embargo, los programas educativos dirigidos exclusivamente a padres (y no a madres) siguen sin ser imperantes.

Por otro lado, algunas investigaciones sugieren que una de las dimensiones que más aumentan el nivel de agresividad de los jóvenes es el control que perciben por parte de sus padres. Particularmente, algunos autores asociaron altas percepciones de control paterno-materno con más problemas de conducta y comportamiento antisocial en sus hijos (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997). Aunque este resultado no ha encontrado consenso en las investigaciones, ya que, en estudios posteriores no se repitió esta asociación, dado que la disciplina severa no se relacionó significativamente con mayor tasa de comportamiento antisocial en los hijos (Hanisch et al., 2014).

Uno de los estudios que rompió el consenso fue llevado a cabo en E.E.U.U., con una muestra que combinaba diferentes etnias, en el que se analizó la relación entre el uso de algunas prácticas parentales y el comportamiento antisocial de los hijos, destacando la influencia de la calidez parental y no tanto de la disciplina severa (Hanisch et al., 2014). Por un lado, la calidez parental fue medida por los propios investigadores, mediante observación sistemática y registro de conductas de apoyo y afecto in situ. Por otro lado, la disciplina severa de los padres se midió al plantearles diferentes situaciones hipotéticas donde utilizarlas, valorando sus opiniones. Además, para estimar el comportamiento antisocial de los niños se evaluó la presencia de síntomas de trastornos de conducta, así como la dificultad en la gestión y expresión emocional. En los análisis se observó que la

disciplina severa de los padres no tuvo gran influencia en la aparición de conductas antisociales posteriores en los hijos. Sin embargo, la calidez parental sí se relacionó con un mayor control y expresión emocional en la infancia (Hanisch et al., 2014).

Esta controversia en los resultados lejos de concluir definitivamente el tema ha abierto todo un debate de investigación. Si una variable que puede ser objetivamente medida como es la disciplina severa paterna-materna puede producir resultados tan diversos, es posible que esté influida por toda una red de dinámicas familiares internas. Por un lado, cada autor escoge una metodología a la hora de medir la disciplina paterna-materna, y mientras que los autores que escogen medidas más tangibles y observables obtienen resultados significativos en su relación con la agresividad (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997), aquellos investigadores que utilizan medidas más subjetivas, e incluso planteando situaciones hipotéticas obtienen resultados menos significativos en su relación con la agresividad que muestran sus hijos (Hanisch et al., 2014). Pero estos resultados, aunque no son significativos, aportan riqueza al estudio de la relación entre la dinámica familiar percibida y los distintos resultados de la socialización, abriendo un campo de estudio que pretende analizar cada uno de los componentes de la dinámica familiar, como por ejemplo la comunicación en el seno familiar.

A menudo el estudio de la comunicación entre padres e hijos trata de establecer relaciones entre el uso de ciertas pautas y los estilos parentales de socialización. Por ejemplo, en un estudio centrado en la conducta de los padres, se encontró que aquellos progenitores que tendían a argumentar con sus hijos y a hacer poco uso de agresividad verbal correspondían con un estilo parental autorizativo, mientras que aquellos que apenas dialogaban con sus hijos pero sí mostraban respuestas agresivas verbales se asociaron al estilo autoritario (Bayer y Cegala, 1992). Este tipo de estudios pueden ayudar en la comparación entre trabajos. Por ejemplo, de aquellos más centrados en prácticas parentales específicas, pero que no realizan una clasificación según los estilos parentales de socialización. Al no utilizar una clasificación cerrada este tipo de estudios permiten profundizar en las consecuencias del uso de cada una de esas prácticas

parentales de manera aislada, pudiendo encontrar relaciones más específicas con variables como la tendencia a la agresión.

La comunicación de los jóvenes con personas cercanas a ellos ha demostrado tener cierta influencia la aparición de conductas agresivas posteriores. Por ejemplo, en un estudio español, llevado a cabo principalmente en la Comunidad Valenciana, utilizando una muestra de 983 adolescentes, se evaluaron las interacciones de los menores con sus padres y profesores, comparando las tasas de comportamiento violento, bullying y síntomas de depresión y ansiedad en los sujetos. Mediante una ecuación estructural se observó que las conductas violentas de los jóvenes influían negativamente en la comunicación con sus padres y en la interacción con los profesores, que, a su vez, se asociaba a un mayor desajuste psicológico. Además, se encontró una relación directa entre el acoso sufrido y la falta de comunicación paterna (Estevez et al., 2005). Esta última mención tiene una importancia añadida, ya que es un estudio español, aspecto que interesa especialmente en cuanto a la validez ecológica de los datos recogidos. La parte más destacable es que trata un aspecto básico y crucial cómo es la comunicación con los jóvenes, que es una variable que se puede medir tanto subjetiva como objetivamente, más allá de clasificar a los padres en uno u otro estilo parental, simplemente valora la influencia que tiene la transferencia de información entre jóvenes y sus agentes moldeadores más próximos. Además, los datos le otorgan a esta dimensión un gran valor, hasta ahora poco abordado. En primer lugar, afecta de forma indirecta a su relación con los agentes socializadores próximos (padres y profesores) observando como la calidad en las interacciones pueden llegar a deteriorar esos vínculos y constituir una nueva variable moderadora. En segundo lugar, se analiza la influencia directa de las conductas violentas sobre el desajuste personal del adolescente. Además, el análisis se realiza en el orden inverso el encontrado en estudios similares, en lugar de estudiar cómo la comunicación entre los padres y los hijos afectan a su relación, y por ende, a la posible aparición de conductas violentas, lo que hace es poner el foco de atención en la conducta violenta, que empeora las relaciones y vínculos, agravando la comunicación y provocando más desajuste psicológico, así como probablemente mayor aparición de comportamientos violentos. Es

decir, este estudio presenta una relación circular y no tanto lineal en el paradigma de la relación entre la influencia de los padres sobre las conductas violentas de los hijos. De manera que no es la relación entre padres e hijos el único factor desencadenante de esas conductas violentas, sino que en sí mismas pueden perjudicar la comunicación y la relación ante la desaprobación paterna, pudiendo crear un círculo claramente delimitado entre: conductas violentas, empeoramiento de la relación paterno-filial y desajuste psicológico.

Asimismo, en trabajos futuros, sería importante reconocer la bidireccionalidad de las relaciones entre padres e hijos y examinar los efectos de los niños en las actitudes y la expresión de emociones de sus padres, y cómo eso podría influir en la calidez de los padres y las estrategias educativas a lo largo del tiempo (Perra et al., 2020). La mayoría de los trabajos que estudian este aspecto se centran en la influencia de los padres hacia los hijos (Aunola y Nurmi, 2005; Barber y Olsen, 1997; Buschgens et al., 2010; Hanisch et al., 2014; Pasalich et al., 2016; Reuben et al., 2016). Sin embargo, las pocas investigaciones que estudian esta relación de forma bidireccional encuentran resultados significativos (Estevez et al., 2005; Perra et al., 2020), mostrando una vez más la complejidad de las dinámicas familiares internas. Con un cambio de perspectiva, sería posible diseñar programas educativos dirigidos a padres en primer lugar, pero también podrían diseñarse programas educativos específicos para sus hijos, y exponerles paralelamente a ambas psicoeducaciones, para abarcar este aspecto desde una perspectiva circular y no tan lineal. Al fin y al cabo, la comunicación es un proceso con varios agentes que se influyen mutuamente, por lo que tan probable que es el estilo parental de los padres influya en los hijos, como las conductas y actitudes de los hijos obliguen a los padres a adaptarse a uno u otro estilo parental.

La literatura científica tratada hasta el momento refleja el carácter multicomponente de la agresividad, que ha sido una cuestión que se ha abordado desde diferentes disciplinas, y aunque cada una añade su pequeña contribución, son muchos los autores que insisten en una lectura común, que sea capaz de abarcar aspectos intrínsecos del individuo, por un lado, y ambientales por otro (Tackett et al., 2009). Solo de esa manera se podrán estudiar los procesos internos-

externos de la violencia, con el objetivo de poner en marcha programas específicos dirigidos a reducir tanto los factores de riesgo como las consecuencias de los comportamientos violentos.

En este trabajo en concreto la dimensión de agresividad ha sido un factor muy importante en la organización de los resultados, creando varios grupos según las puntuaciones en la escala de hostilidad del PAQ o *Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978), bajo las etiquetas de alta o baja tendencia a la agresión. Estos grupos han dirigido el bloque de resultados, incluyéndolos en los ANOVAs y MANOVAs con varios objetivos. El primero de ellos ha sido el de ampliar la bibliografía científica sobre los factores que influyen en la agresividad de los jóvenes. Más concretamente, uno de los objetivos era ampliar el estudio de los factores familiares implicados en la aparición de conductas agresivas de los hijos, siguiendo el modelo de socialización parental de Maccoby y Martin (1983).

A pesar de que existe una abundante bibliografía científica sobre esta cuestión hay controversia en el modelo teórico del que partir. Algunos autores se basan en la Partheory (Miranda et al., 2016), otros en el modelo de Baumrind (Avcı y Sak, 2018), y en este caso en particular se ha seguido el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983), que tiene con cuatro estilos parentales: autorizativo, autoritario, indulgente y negligente. El objetivo de utilizar este modelo es analizar qué estilo parental se asocia a las puntuaciones más bajas en agresividad de los hijos, o lo que es lo mismo, cuál es el estilo más beneficioso para que los niños desarrollen las habilidades suficientes y puedan prescindir del uso de la violencia. Por otro lado, con esta clasificación también sería posible detectar el estilo parental asociado a las puntuaciones más altas en agresividad, o dicho de otra manera, el estilo parental más perjudicial en términos de conductas agresivas. Al tener cuatro estilos parentales la clasificación se hace más exhaustiva, es posible organizar los datos mediante análisis post hoc de Bonferroni que indiquen el orden de los estilos parentales en las puntuaciones, y por lo tanto discriminar aquellos estilos que son más beneficiosos o perjudiciales.

Esta es una de las aportaciones más distinguidas de este trabajo por varias razones. Por un lado, permite distinguir el estilo parental más beneficioso para reducir las conductas violentas en los hijos, de manera que pueda utilizarse como modelo a seguir en programas educativos para padres, reforzando el uso de los estilos parentales que se asocien a menores tasas de agresividad en sus hijos. Por otro lado, este trabajo pretende señalar aquellos estilos que se asocien a las mayores tasas de agresividad en los hijos para evitar que se sigan utilizando. Es decir, el primer motivo alude a una necesidad de intervención, reforzando la conducta de los padres a utilizar estilos parentales beneficiosos, pero la segunda aportación puede ser incluida en programas preventivos relacionados con la agresividad de los jóvenes, evitando la aparición de problemas de conducta desde las primeras etapas evolutivas.

Todo lo anterior parte de líneas de investigación previas ya consolidadas. Un ejemplo muy oportuno lo ofrece un estudio español, bajo la dirección de la Universidad de Jaén, que estudió la relación entre los estilos parentales y la agresividad en adolescentes de 12 a 16 años. En este caso se siguió el modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) con sus cuatro estilos parentales: autorizativo, autoritario, indulgente y negligente, al mismo tiempo que se tenían en cuenta parámetros de agresividad tanto verbal como física (de la Torre-Cruz et al., 2014). Los resultados indicaron que el estilo autoritario, caracterizado por altas dosis de control y escaso afecto, se asociaba sistemáticamente a las tasas más altas en agresividad física y verbal, así como en otras dimensiones como la ira y la hostilidad manifestada por los propios adolescentes. Los autores plantean la posibilidad de que la disciplina estricta se vincule a mayores manifestaciones violentas, debido a las características intrínsecas del estilo autoritario en el que se practica la obediencia sin diálogo. Por el contrario, los adolescentes de familias autorizativas mostraban las tasas más bajas en ira, hostilidad, agresividad física y verbal. Cabe mencionar que, en el caso del estilo parental paterno (y no materno), los estilos autorizativos e indulgente mostraron puntuaciones similares, incluso en análisis post hoc de Bonferroni. Asimismo, los autores recalcan que hay otras prácticas parentales que no son propias del estilo autoritario, como son: la manipulación, la provocación de

culpa, retirada de afecto o control psicológico, que pueden alterar el ajuste psicológico de los jóvenes en múltiples contextos, incluidas las relaciones con sus iguales (de la Torre-Cruz et al., 2014). El estudio anterior parte del modelo bidimensional de Maccoby y Martin (1983) y trata de clasificar la influencia de los distintos estilos parentales sobre la conducta agresiva de sus hijos. Sus primeros resultados sitúan al estilo autorizativo como el estilo más apropiado, sin embargo, cuando se analizan los resultados más exhaustivamente se encuentran los beneficios del estilo indulgente, sobre todo cuando lo ejercen los padres. Este resultado se ha encontrado repetidas veces en contextos de habla hispana, donde el estilo permisivo parece tener una influencia diferente respecto a países anglosajones (Garaigordobil y Aliri, 2012; García y Gracia, 2009; García y Serra, 2019; Villarejo et al., 2020)..

Siguiendo la línea anterior, merece especial mención un estudio vasco con una muestra formada principalmente por adolescentes españoles. El objetivo principal fue analizar la relación entre las conductas agresivas directas e indirectas de los jóvenes y el estilo de socialización parental, moderado por el vínculo o apego entre padres e hijos (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012). Entre las conclusiones principales destacan la relación entre la dimensión de control/imposición de la socialización parental, con una mayor tendencia en los jóvenes a cometer conductas agresivas, especialmente en edades tempranas. Paralelamente, la dimensión de aceptación/afecto se asoció a menores puntuaciones en agresividad. Los datos indicaban que la socialización perdía influencia a medida que aumentaba la edad. Las correlaciones fueron moderadas pero significativas, aunque aumentaban su potencia cuando se incluía la variable de apego como moderadora. Además, se encontraron influencias diferencias según el apego mostrado por el padre o por la madre, enfatizando el papel crucial que el vínculo con el padre puede generar en el desarrollo de conductas agresivas (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012). De todo lo anterior se pueden extraer varias inferencias. En primer lugar, que es posible que la dimensión de imposición o control favorezca la aparición de conductas violentas en los hijos, lo que según el modelo bidimensional se correspondería con estilos autorizativo y autoritario (Maccoby y Martin, 1983). En segundo lugar, que la dimensión de aceptación o afecto parece ejercer un papel

protector en dichas conductas, de manera que siguiendo el modelo bidimensional se asociaría con los estilos parentales permisivo y autorizativo (Maccoby y Martin, 1983). Con el análisis anterior se puede observar que el estilo autorizativo se encuentra en una encrucijada, ya que por un lado recibe la influencia negativa de la dimensión de control al mismo tiempo que el factor protector de la dimensión de afecto. Esta característica podría estar generando resultados contradictorios en los estudios científicos de este tema.

Como ejemplo de lo anterior, en un estudio de la Universidad de Tejas, cuyo objetivo principal era describir la influencia de los estilos parentales en las conductas violentas de sus hijos, se examinaron las trayectorias agresivas de adolescentes de entre 9 y 13 años, referidas por sus profesores, incluyendo tanto la violencia física como la social. Los grupos con hijos de madres autoritarias y padres permisivos, moderados por otras variables de carácter socioeconómico, tendían a mostrar mayores niveles de agresividad (Underwood et al., 2009). Conviene señalar que la información sobre los comportamientos violentos la facilitaron informadores externos como son los profesores, de manera que pueden estar reduciéndose algunos sesgos de deseabilidad social que sí podrían darse en el caso de los padres. En este caso el estilo permisivo no solo no constituyó un factor protector, sino que se asoció a mayores tasas de agresividad en los hijos. Este aspecto es relevante y multicausal, ya que conviene recordar que el estudio se llevó a cabo en Norteamérica e incluyó diferentes minorías étnicas como familias afroamericanas.

Al cambiar de contexto y de marco teórico los resultados ofrecen nuevas posibles interpretaciones sobre la tendencia a la agresividad de los jóvenes. P.e: En un estudio turco, se midió la relación entre los niveles de agresividad y empatía, mostrados por niños de entre 9 y 11 años, con los estilos parentales de sus padres, según el modelo de Baumrind (1965), con tres estilos principales: permisivo, autoritario y democrático. En este caso se combinaron tres dimensiones principales para crear los perfiles de los estilos parentales (Avcı y Sak, 2018). En primer lugar, aceptación, entendida como las percepciones de calidez que los padres muestran a sus hijos. En segundo lugar, exigencia, en referencia a la sensación de control y supervisión que los padres

ejercen sobre los hijos. En tercer lugar, autonomía psicológica, como aquellas oportunidades que los padres dan a los hijos para que muestren sus sentimientos e individualidad. En lo que respecta a la agresividad, se obtuvieron correlaciones negativas con las tres dimensiones de los estilos parentales: aceptación, exigencia y autonomía psicológica. Los autores recalcan que este resultado no es sorprendente, ya que el estilo parental que se corresponde con altos niveles en las tres dimensiones es el democrático, que en la literatura científica previa se ha asociado con menores niveles de agresividad. Insisten en que los padres democráticos tienen el objetivo de educar desde la seguridad y la autonomía, utilizando prácticas parentales basadas en la supervisión y en el cariño, que son copiadas por los hijos que desarrollarán más fácilmente habilidades sociales suficientes para evitar las conductas agresivas. Sin embargo, la dimensión de empatía no obtuvo correlaciones significativas con las dimensiones de los estilos parentales. En conclusión, los datos revelan que el estilo democrático puede ejercer un efecto protector ante la aparición de conductas agresivas, pero no necesariamente ayuda a desarrollar la empatía (Avcı y Sak, 2018). Asimismo, cabe destacar que este estudio contemplaba los tres estilos parentales propios del modelo tripartito de Baumrind (1965), de manera que no hay una categoría para el estilo negligente, por lo que es posible que algunos padres, que bajo otro marco teórico se clasificaran en esa categoría, en este marco en concreto queden solapados con algunos estilos en los que haya ausencia de alguno de los factores principales, como por ejemplo el autoritario (escaso en afecto) o el permisivo (escaso en control), lo que podría interferir en las asociaciones encontradas.

Por último, un estudio español organizado por la *Universitat de València* analizó la influencia diferenciada de padres y madres sobre la conducta agresiva de sus hijos, mediados por otros factores como la inseguridad (Tur Porcar et al., 2012). Los resultados destacaban los efectos perjudiciales de los estilos parentales caracterizados por la hostilidad y la permisividad. Ambas dimensiones se asociaban con la aparición de conductas agresivas en los menores. En primer lugar, la hostilidad materna se relacionó con la agresividad tanto en hijos como en hijas. En segundo lugar, el estilo permisivo mostró efectos diferenciados. Por un lado, la permisividad paterna se relacionó con mayor agresividad en las hijas, mientras que con los hijos varones fue

la permisividad materna la que produjo los efectos más perjudiciales (Tur Porcar et al., 2012). Estos resultados contradicen un cuerpo creciente de la literatura científica que ha encontrado asociaciones significativas entre el estilo parental indulgente y menores tasas de conductas antisociales en los hijos, especialmente en España y America Latina (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012; Garcia et al., 2018; García y Gracia, 2014).

El presente estudio

El marco teórico principal de este trabajo parte de ese conjunto creciente de investigaciones, anteriormente citadas, desarrolladas principalmente en Europa y América latina, que han encontrado relación entre el estilo indulgente y mayores niveles de ajuste personal y social, obteniendo incluso mejores resultados que el estilo autorizativo. Por ejemplo, los hijos de familias indulgentes presentaron puntuaciones más altas en autoconcepto (de la Torre-Cruz et al., 2015; Musitu y García, 2004), competencia y madurez personal (García y Serra, 2019; Kazemi et al., 2010), valores sociales benevolentes y ecologistas (Musitu-Ferrer et al., 2019), así como menores niveles de agresividad, inestabilidad emocional, problemas de conducta y prejuicios sexistas (Garaigordobil y Aliri, 2012; García y Gracia, 2009; García y Serra, 2019; Villarejo et al., 2020).

Por ese motivo este trabajo en concreto tiene la intención de continuar esa línea de investigación y realizar otra aportación que pueda clarificar la orientación de esos resultados, reduciendo las controversias encontradas en la literatura científica de la socialización parental.

Los objetivos generales de este trabajo son los siguientes: En primer lugar, ampliar la literatura científica sobre socialización parental basada únicamente en el modelo bidimensional, ya que, es un modelo que clasifica los resultados en cuatro estilos parentales: autorizativo, indulgente, autoritario y negligente, lo que permite realizar asociaciones muy precisas con el ajuste psicológico, social y personal de los hijos y el estilo individual de cada progenitor. A pesar

de que hay un gran cuerpo de literatura sobre socialización parental gran parte de ella se basa en otros modelos teóricos, por lo que los resultados son difícilmente comparables. Debido a que en trabajos anteriores muy similares se han encontrado resultados significativos, este trabajo ha seguido una fiel línea marcada por equipos de investigación previos que ha encontrado asociaciones entre los estilos parentales según el modelo bidimensional y algunos criterios de ajuste psicológico y social (Garaigordobil y Aliri, 2012; García y Gracia, 2009; García y Serra, 2019; Villarejo et al., 2020). En segundo lugar, otro de los objetivos generales ha sido continuar la investigación sobre la influencia que los distintos estilos parentales pueden ejercer en el desajuste de los hijos, en lugar de en el ajuste. Por este motivo la mayoría de variables dependientes del trabajo son medidas de desajuste psicológico o personal, aunque se ha añadido un conjunto de medidas sobre el autoconcepto ya que se han seguido trabajos científicos previos similares (de la Torre-Cruz et al., 2015; Musitu y García, 2004). En tercer lugar, por las características de las medidas de este estudio, otro de los objetivos ha sido recabar información descriptiva sobre la distribución de los participantes en cada una de las variables independientes, en este caso: los estilos de socialización parental según el modelo bidimensional y el nivel hostilidad y agresión. Este último objetivo pretende aportar información descriptiva sobre la distribución de la muestra en los estilos parentales autorizativo, indulgente, autoritario y negligente, así como en niveles altos o bajos de hostilidad y agresión percibida, en el contexto en el que se desarrolla este estudio. En cuarto lugar, este estudio ha centrado la mayor parte de sus análisis en base a la tendencia a la agresión que referían los participantes, por lo que una de las variables clave del estudio es la de hostilidad/agresión percibida. Esta es una aportación que distingue este trabajo del resto, ya que además de abordar el estudio sobre la influencia de la socialización parental en el desajuste psicológico y personal, pretende utilizar medidas de control como la tendencia natural de los individuos hacia la agresión, lo que fortalece la ecuación y la estructura del trabajo, realizando predicciones más precisas. Por último, este estudio tiene la intención de aumentar la bibliografía científica sobre la influencia de los estilos de socialización parental en más de una etapa del ciclo vital, concretamente comparando participantes de varias etapas evolutivas:

adolescentes y jóvenes adultos. Estos últimos, suelen estar poco representados en este tipo de estudios, y los pocos trabajos que utilizan muestra de edad adulta encuentra resultados consistentes, de manera que aquellas influencias que se dan en la adolescencia permanecen durante las primeras etapas de la adultez. Por esta razón, una de las aportaciones más significativas de este trabajo es que se comparan los resultados en criterios de desajuste personal y psicológico en muestras adultas y adolescentes, que es un aspecto escasamente abarcado en revisiones previas (García y Serra, 2019).

En cuanto a los objetivos específicos, el primero de ellos consiste en analizar los efectos principales de las medidas de socialización parental, tendencia a la agresión, sexo y edad de los participantes, así como posibles interacciones dobles y triples entre ellas. Por otro lado, uno de los objetivos centrales de este trabajo es analizar la influencia de los distintos estilos de socialización parental (a) autorizativo (b) indulgente (c) autoritario y (d) negligente con diferentes medidas de desajuste personal y psicológico, así como con el autoconcepto percibido. Asimismo, otro objetivo específico se ha centrado en la tendencia a la agresión de los participantes (a) alta (b) baja y su influencia en los criterios de ajuste personal, psicológico y en el autoconcepto. También se ha pretendido analizar la influencia ejercida por el sexo (hombre o mujer) y edad (adolescentes y adultos) de los participantes. Finalmente, este estudio pretende examinar las posibles interacciones entre las propias variables independientes del estudio (estilo parental, tendencia a la agresión, sexo y edad), así como las interacciones triples con las variables dependientes.

Por un lado, como variables independientes se han definido los estilos parentales derivados de la socialización parental: autorizativo, indulgente, autoritario y negligente; la tendencia a la agresión de los participantes: alta o baja; sexo: hombre o mujer; y edad: adolescentes (de 14 a 17 años) y adultos jóvenes (de 18 a 35 años). Por otro lado, como criterios de desajuste psicológico se han utilizado las dimensiones del PAQ o Personality Assessment: autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, inestabilidad emocional y visión negativa del mundo Questionnaire (R. P. Rohner, 1978); mientras que como criterios de ajuste personal se han

combinado las medidas de nerviosismo y de inseguridad personal del CCPM o Cuestionario de Creencias de Persona (O. F. Garcia et al., 2018; García et al., 2018). Por último, se ha añadido un último grupo que pertenece al autoconcepto percibido, medido mediante el AF5 o Autoconcepto Forma 5 (F. García y Musitu, 1999).

Las hipótesis principales de esta tesis siguen las líneas de trabajo anteriores, por esta razón, se espera que los estilos de socialización autorizativo e indulgente se asocien a menor desajuste personal y psicológico, así como a un mayor autoconcepto, debido a que la muestra de este estudio está compuesta por adolescentes y jóvenes adultos españoles (de la Torre-Cruz et al., 2015; Musitu y García, 2004). Por otro lado, se prevé que la tendencia a la agresión ejercerá una influencia positiva en los criterios de desajuste personal y psicológico, de manera que a mayor tendencia a la agresión mayor desajuste personal y psicológico se detectará (Gallarin y Alonso-Arbiol, 2012; Garcia et al., 2018; García y Gracia, 2014). Por último, no se han establecido hipótesis claras en cuanto a la influencia del sexo y edad de los participantes, debido a la escasa bibliografía que utiliza combinaciones de edad como la del presente estudio.

Capítulo II

Método

Este capítulo consta de dos partes principales, la primera de ellas describe el muestreo y la metodología empleada en el estudio. La segunda se centra en las medidas: socialización parental, tendencia a la agresión, autoconcepto, autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad e inestabilidad emocional, visión negativa del mundo, nerviosismo e inseguridad personal. Además, en la segunda parte se analiza la consistencia interna de cada una de las escalas utilizadas.

Participantes y procedimiento

La muestra se compuso de 1745 participantes, 1049 mujeres (60,1%) y 696 hombres (39,9%), adolescentes y adultos jóvenes (M = 19,77 y DT = 4,54), divididos en dos grupos de edad: adolescentes (n = 797, 494 mujeres, 61,6%) de 12 a 18 años (M = 16,08 y DT = 1,02); y jóvenes adultos (n = 948, 558 mujeres, 58,9%) de 18 a 35 años (M = 22,86, DT = 4,02).

Procedimiento

La muestra de adolescentes (de 12 a 18 años) y jóvenes adultos (de 19 a 35 años) se recogió por diferentes vías. Para el primer grupo, los adolescentes de 12 a 18 años, colaboraró una amplia red de centros educativos de la Comunidad Valenciana. Esta red contaba con centros públicos, privados y concertados, de los que se seleccionaron aleatoriamente los centros diana. Según Schuman y Kalton, (1985) cuando los grupos (i.e., centros escolares) se seleccionan al azar, sus elementos (i.e., alumnos o participantes) serán similares a los que proporcionaría un sistema completamente aleatorio. Más tarde se llevaron a cabo reuniones de coordinación con la dirección de los

centros donde se les explicaron tanto los objetivos del estudio como el procedimiento de recogida de información. Asimismo, se contó con el consentimiento informado de los responsables de los menores, consiguiendo una aprobación parental de un 98% de los casos, excluyendo aquellos participantes que no contaran con el consentimiento explícito.

El equipo docente y el de investigación acordaron administrar la batería de instrumentos de forma colectiva, durante un periodo lectivo ordinal, de manera que interfiriera lo menos posible en el devenir diario del centro y garantizando la participación voluntaria y confidencialidad del alumnado.

El segundo grupo, formado por jóvenes y adultos de entre 18 a 35 años, se recogió utilizando las máximas vías posibles: física, telemática y red de contactos, aceptando todo sujeto que accediera a participar. Especificando las siguientes restricciones: contar con la nacionalidad española; poseer las suficientes capacidades cognitivas para comprender y responder cada uno de los ítems; cumplimentación del consentimiento informado; participación voluntaria sin ningún tipo de retribución económica; y concesión de sus datos al personal investigador mediante confidencialidad y anonimato.

Para la recogida de datos se utilizó un servidor informático online que permite registrar todas las respuestas mediante sencillos comandos. Además de la función online se contó con la posibilidad de registrar las respuestas de los cuestionaros en papel para más tarde ser registradas por el equipo de investigación. Esta segunda forma de registro permitía acceder a sujetos con escasos recursos y habilidades informáticas, ampliando la variabilidad de la muestra y reduciendo posibles barreras.

Este estudio sigue los principios incluidos en la Declaración de Helsinki y ha sido aprobado por varios rigurosos comités de ética.

En primer lugar, cuenta con la aprobación del Comité de Ética de Investigación Universitaria (CREC) de la Universidad de Nottingham Trent (NTU, Nottingham, Reino Unido; Proyecto nº 2017/90). Así

como por el comité de ética en investigación del Programa de Promoción de la Investigación Científica, el Desarrollo Tecnológico e Innovación de la Comunidad Valenciana, que financió parcialmente esta investigación

Potencia estadística

Con el cálculo de la potencia se determinó que era necesaria una muestra de 976 participantes fijando como pequeño el tamaño del efecto (f = 0,13), algo menor incluso que el estimado en trabajos de metaanálisis (García y Gracia, 2009) y fijando los errores del tipo I y tipo II dentro de los límites convencionales ($\alpha = \beta = 0,05$) (Figura 3) (Erdfelder, Faul, & Buchner, 1996; García y Gracia, 2014; Gracia, García y Musitu, 1995; Pérez, Navarro y Llobell, 1999). Con la muestra final de 1745 participantes, la sensibilidad del diseño implicaba detectar un tamaño del efecto pequeño (f = 0,01) en los ANOVAs, fijando los errores del tipo I y tipo II en de los límites convencionales ($\alpha = \beta = 0,05$) (Figura 4)

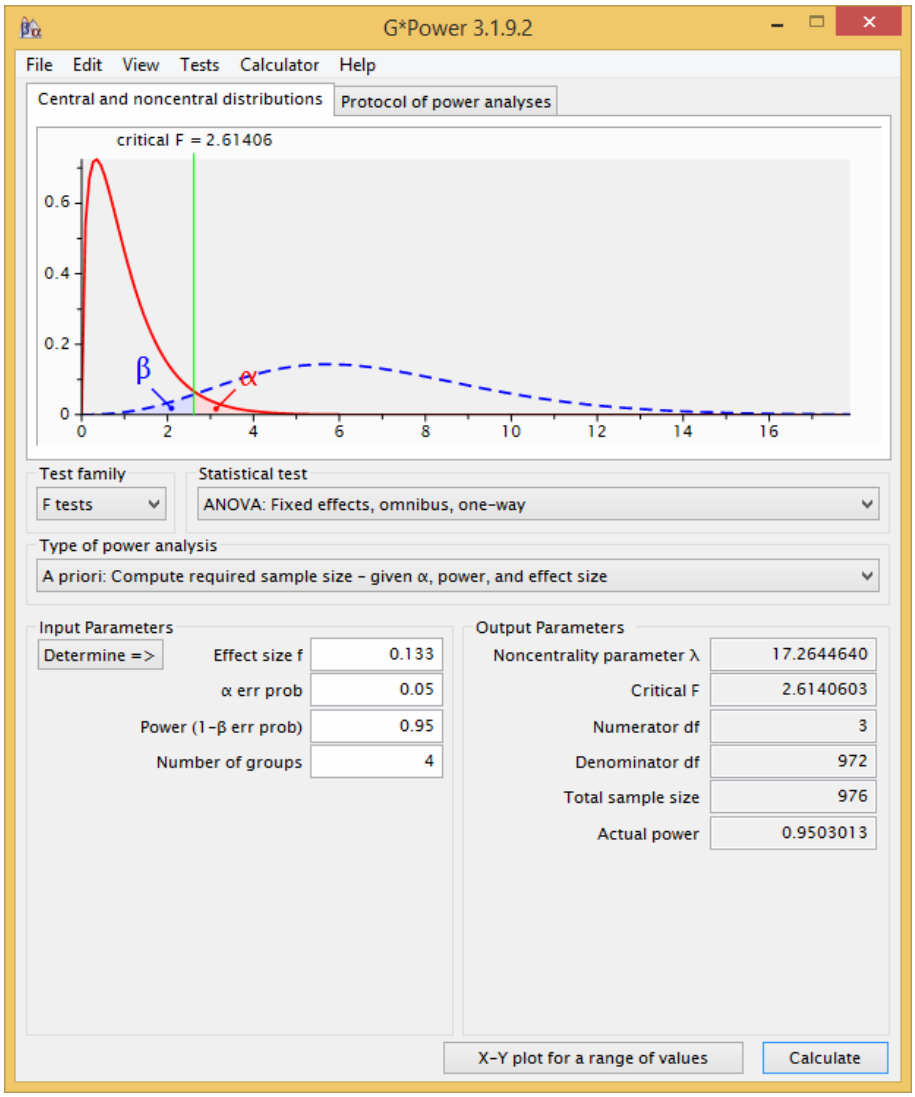


Figura 3
Cálculo a priori de la potencia

En la muestra final se incrementó el tamaño previsto, llegando a los 1745 participantes, con el error de tipo I y tipo II fijados en el 5% ($\alpha = \beta = 0{,}05$) permitió detectar un tamaño del efecto pequeño ($f = 0{,}10$).

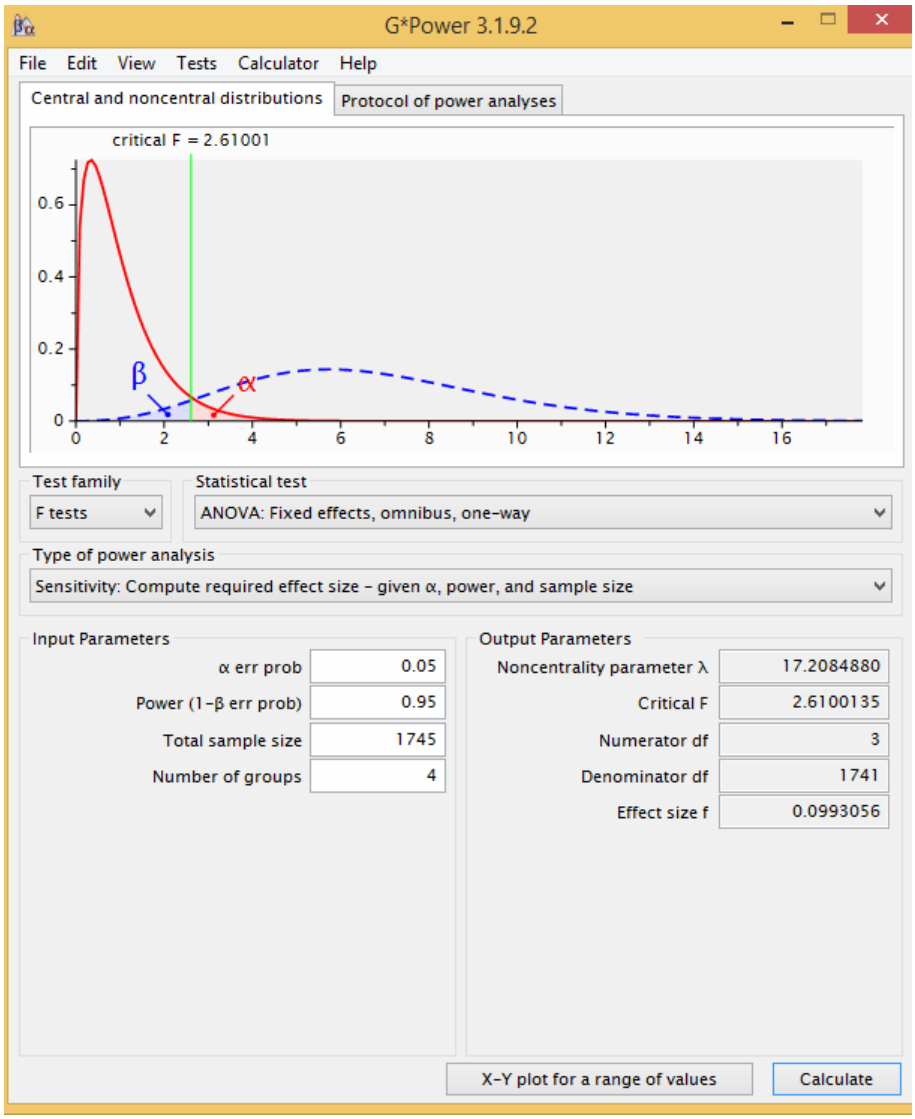


Figura 4
Cálculo de la potencia considerando la sensibilidad del diseño

Medidas

Socialización parental. Se combinaron las dimensiones principales del modelo bidimensional de socialización parental (Maccoby y Martin, 1983).

Para la dimensión de aceptación se utilizó la *Warmth/Affection Scale* (WAS) (Ali et al., 2015; Rohner, 1978) y para la dimensión de severidad se usó la *Parental Control Scale* (PCS) (Rohner, 1978; Rohner y Khaleque, 2003). Ambas subescalas pertenecen al *Parental Acceptance-Rejection Questionnaire* (PARQ), que ha sido utilizado internacionalmente durante las últimas cuatro décadas (Rohner y Ali, 2020).

Las escalas del *Parental Acceptance-Rejection Questionnaire* (PARQ) se han probado en multitud de contextos culturales. En una revisión sistemática se encuentran estudios inmersos en diferentes culturas asiáticas como la de Paquistán, Bangladesh, India, China y Corea; países europeos como España, Grecia, Portugal, Croacia y Estonia; además de países del continente americano como Estados Unidos, Colombia y Puerto Rico (Ali et al., 2015).

La fiabilidad de esta escala ha sido ampliamente confirmada, ya que cuenta con un coeficiente de alfa de 0,89 incluso en metaanálisis que incluyen más de 50 contextos diferentes (Khaleque y Rohner, 2002).

Las respuestas de esta escala se organizan en una escala tipo Likert donde 1 se corresponde con "casi nunca era cierto", 2 con "rara vez era cierto", 3 con "algunas veces era cierto" y 4 "casi siempre era cierto" en la versión de jóvenes adultos y con "casi nunca es cierto", 2 con "rara vez es cierto", 3 con "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto" en la versión de adolescentes.

Durante la aplicación de los instrumentos se tuvo en consideración la edad de los participantes, centrando las preguntas en los momentos en los que se produjo la socialización parental. En el caso de los adolescentes se adecuaron las preguntas a su situación presente, y en el caso de los jóvenes de 18 a 35 años se les pidió que recordaran esos aspectos de épocas anteriores, especialmente de su adolescencia. De esta manera ambos grupos de edad centraron las respuestas en el mismo periodo del ciclo vital pese a la actual diferencia de edad.

Para la dimensión de aceptación/implicación se usaron los 20 ítems de la Escala Calor/Afecto o *Warmth/Affection Scale*, (WAS, Ali et al., 2015; Rohner, 1978) que mide la percepción del participante de la calidez y el compromiso de sus cuidadores principales. Un ejemplo de ítem de esta escala es "Me hacen sentir que lo que hago es importante". El coeficiente de alfa que se obtuvo en esta escala fue de 0,943.

En la Tabla 1 se presenta el análisis de consistencia interna de la *Warmth/Affection Scale* (WAS) para cada uno de los ítems, donde se especifican sus estadísticos descriptivos e índices de fiabilidad.

Tabla 1
Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Warmth/Affection Scale* (WAS)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Dicen cosas buenas acerca de mí	3,51	0,66	3,32	0,55	0,662	0,940
2.- Me hablan acerca de nuestros planes y tienen en cuenta mi opinión	3,04	0,90	3,34	0,54	0,644	0,940
3.- Les gusta que traiga amigos a casa y tratan de hacer todo lo que pueden para que se sientan bien	3,17	0,91	3,34	0,55	0,480	0,943
4.- Hacen que me resulte fácil contarles las cosas que son importantes para mí	2,87	0,99	3,35	0,54	0,617	0,941
5.- Me hacen sentirme orgulloso cuando hago las cosas bien	3,43	0,76	3,32	0,54	0,703	0,939
6.- Me elogian delante de los demás	3,03	0,82	3,34	0,55	0,477	0,943
7.- Me hablan de forma cariñosa	3,37	0,75	3,33	0,54	0,682	0,939
8.- Me dicen cosas agradables cuando lo merezco	3,45	0,71	3,32	0,54	0,713	0,939
9.- Están realmente interesados en lo que yo hago	3,31	0,79	3,33	0,54	0,689	0,939
10.- Me hacen sentir que me quieren y que me necesitan	3,46	0,77	3,32	0,54	0,752	0,938
11.- Me dicen lo orgullosos que se sienten cuando me porto bien	3,11	0,89	3,34	0,54	0,679	0,939
12.- Me hace sentir que lo que hago es importante	3,19	0,83	3,33	0,54	0,747	0,938

Tabla 1 (continuación)
Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Warmth/Affection Scale* (WAS)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
13.- Tratan de ayudarme cuando estoy asustado o disgustado	3,53	0,73	3,32	0,54	0,687	0,939
14.- Tienen interés en lo que pienso y les gusta que hable sobre ello	3,09	0,88	3,34	0,54	0,727	0,939
15.- Me dejan hacer las cosas que yo considero importantes, aunque esto les cree dificultades	3,06	0,82	3,34	0,55	0,516	0,942
16.- Tienen interés en lo que hago	3,36	0,80	3,33	0,54	0,763	0,938
17.- Tratan de hacerme sentir mejor cuando me hago daño o enfermo	3,68	0,61	3,31	0,55	0,566	0,941
18.- Me demuestran que me quieren	3,61	0,65	3,31	0,54	0,743	0,939
19.- Me tratan con amabilidad y cariño	3,59	0,66	3,31	0,55	0,693	0,939
20.- Tratan de hacerme feliz	3,72	0,58	3,31	0,55	0,686	0,940

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Las medias más altas de la escala completa corresponden a los ítems 17, 18, 19 y 20. Asimismo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente el patrón se invierte, convirtiéndose en las medias más bajas de la escala.

Este patrón se repite con los ítems que ocupan posiciones intermedias, pero de una forma menos acusada. Las desviaciones típicas también muestran cambios con la exclusión de ítems, reduciendo su variabilidad.

El coeficiente de alfa al tener en cuenta todos y cada uno de los ítems es el más alto que se puede obtener, ya que al eliminar los diferentes ítems no hay ni una sola combinación que aumente este valor. No obstante, hay varios ítems que al eliminarlos mantienen el mismo coeficiente de alfa, concretamente el ítem 3 - "Les gusta que traiga amigos a casa y tratan de hacer todo lo que pueden para que se sientan bien" y el 6 -" Me elogian delante de los demás". Por el contrario, hay ítems muy involucrados en la fiabilidad, de forma que al eliminarlos el coeficiente de alfa desciende casi una décima, estos ítems son el 10 - "Me hacen sentir que me quieren y que me necesitan", 12 - "Me hace sentir que lo que hago es importante" y el 16 - "Tienen interés en lo que hago".

Al analizar las correlaciones de los ítems con la escala completa se puede comprobar que los ítems con niveles más altos son el 10 - "Me hacen sentir que me quieren y que me necesitan", 12.- "Me hace sentir que lo que hago es importante", 16.- "Tienen interés en lo que hago" y 18.- "Me demuestran que me quieren". Es decir, ítems 10, 12 y 16 se asocian a altos índices de fiabilidad y de correlación en la escala.

Por otro lado, para la dimensión de severidad/imposición se utilizaron los 13 ítems de la *Parental Control Scale* (Rohner, 1978; Rohner y Khaleque, 2003), que mide la percepción de los participantes sobre el grado de control y firmeza ejercido por sus cuidadores principales. Un ejemplo de ítem es "Creen que es importante tener muchas reglas y seguirlas". El coeficiente de alfa de la escala fue de 0,892.

La Tabla 2 presenta el análisis de consistencia interna de la *Parental Control Scale* (PCS) para cada uno de los ítems, donde se especifican sus estadísticos descriptivos e índices de fiabilidad.

Tabla 2

Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Parental Control Scale* (PCS)

Contenido	*M*	*DT*	*M′*	*DT′*	*R′*	*alfa′*
1.- Se aseguran que yo sepa exactamente lo que puedo y no puedo hacer	3,24	0,80	2,45	4,95	0,237	0,898
2.- Me dicen exactamente a qué hora tengo que volver a casa cuando salgo	2,81	1,10	2,49	4,38	0,577	0,885
3.- Siempre me están diciendo cómo debo comportarme	2,71	0,91	2,50	4,46	0,646	0,881
4.- Creen que es importante tener muchas reglas y seguirlas	2,51	0,94	2,51	4,47	0,610	0,882
5.- Me dan tanta libertad como yo quiero	2,14	0,92	2,54	4,45	0,647	0,881
6.- Me dice exactamente como tengo que hacer las cosas	2,57	0,88	2,51	4,45	0,685	0,879
7.- Me dejan ir a cualquier sitio que yo quiera sin preguntar	2,85	0,96	2,48	4,52	0,550	0,885
8.- Insisten en que debo hacer las cosas tal y como me lo ordenan	2,55	0,92	2,51	4,43	0,672	0,879
9.- Me dejan salir siempre que quiero	2,02	0,90	2,55	4,49	0,627	0,882
10.- Les gustaría poder decirme todo el tiempo lo que tengo que hacer	2,30	0,95	2,53	4,43	0,639	0,881
11.- Me ponen tareas y no me permiten hacer nada más hasta que las acabo	2,23	0,94	2,54	4,58	0,514	0,887

Tabla 2 (Continuación)

Análisis de la consistencia interna por ítems de la *Parental Control Scale* (PCS)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
12.- Me deja hacer cualquier cosa que yo quiera	2,43	0,86	2,52	4,58	0,570	0,884
13.- Quieren controlar cualquier cosa que yo haga	2,29	0,94	2,53	4,44	0,643	0,881

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Excepto en el ítem 4.- "Creen que es importante tener muchas reglas y seguirlas" cuya media no cambia al excluirse de la escala. Las medias más altas se dan en los 4 primeros ítems 1.- "Se aseguran que yo sepa exactamente lo que puedo y no puedo hacer" 2.- "Me dicen exactamente a qué hora tengo que volver a casa cuando salgo" 3.- "Siempre me están diciendo cómo debo comportarme" 4.- "Creen que es importante tener muchas reglas y seguirlas", sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente no se repite este patrón e incluso algunas de esas medias se reducen.

Las desviaciones típicas también muestran cambios con la exclusión de ítems, reduciendo así su variabilidad.

En cuanto al coeficiente de alfa hay una combinación que permite mejorar su valor, pasando de un 0,892 a un 0,898 al excluir el ítem 1.- "Se aseguran que yo sepa exactamente lo que puedo y no puedo hacer". Sin embargo, al excluir individualmente el resto de ítems el valor de alfa solo disminuye, especialmente con la retirada del ítem 6.-

"Me dice exactamente como tengo que hacer las cosas" y el 8.- "Insisten en que debo hacer las cosas tal y como me lo ordenan".

Al explorar las correlaciones de los ítems con la escala completa se puede comprobar que los ítems con niveles más altos son el 6.- "Me dice exactamente como tengo que hacer las cosas", el 8.- Insisten en que debo hacer las cosas tal y como me lo ordenan", el 5.- Me dan tanta libertad como yo quiero" y el 3.- "Siempre me están diciendo cómo debo comportarme". Es decir, ítems 6.- "Me dice exactamente como tengo que hacer las cosas" y el 8.- "Insisten en que debo hacer las cosas tal y como me lo ordenan" se asocian a altos índices de fiabilidad y de correlación en la escala, ya que sus valores destacan en ambas comparaciones.

Tanto la *Warmth/Affection Scale* (WAS) como la *Parental Control Scale* (PCS) han sido utilizadas en trabajos anteriores sobre socialización parental en diferentes contextos culturales. Hay metaanálisis que registran hasta 66 estudios distribuidos por toda la Europa del este (Ali et al., 2015; Rohner y Khaleque, 2003), España (García y Gracia, 2009) y países latinoamericanos (Valente et al., 2017).

Autoconcepto Emocional. Se midió con los 6 ítems de la escala emocional del AF5 (*Autoconcepto Forma* 5, García y Musitu, 1999). Esta escala mide la percepción que tiene el sujeto de sí mismo sobre su estado emocional en general y ante situaciones específicas, concretamente cuando se dirige a personas de mayor autoridad. Varios ítems que pueden servir de ejemplo son "Muchas cosas me ponen nervioso", refiriéndose a un estado emocional general, o bien "Me pongo nervioso cuando me pregunta el profesor (superior)" haciendo referencia a una situación específica. Puntuaciones muy altas en esta escala se asocian a sujetos con habilidades sociales desarrolladas y control sobre sus propias emociones. El índice de Alfa de Cronbach de esta escala fue de 0,768 con 6 elementos.

Durante la aplicación de los instrumentos se les pidió a los sujetos que atendieran una serie de frases y que contestaran según su propio criterio usando una escala numérica que iba desde 1 hasta 99 (0 y 100

no incluidos). Esta escala permitía una gran variedad de respuestas, lo que facilitaba al sujeto situarse exactamente en el grado de correspondencia con el ítem, de forma que puntuaciones cercanas al 1 corresponden con ítems con los que no se sienten identificados, y puntuaciones cercanas a 99 son ítems con gran identificación.

Los autores de la escala señalan que esta dimensión correlaciona positivamente con las prácticas parentales de afecto, comprensión, inducción y apoyo, a su vez negativamente con la coerción verbal y física, la indiferencia, negligencia e incluso malos tratos (Garcia y Musitu, 1999).

Esta escala cuenta con una amplia validación que incluye contextos anglosajones (García et al., 2013), latinoamericanos (Garcia et al., 2018) y más recientemente también se ha administrado en China (Chen et al., 2020).

En la Tabla 3 se presenta el análisis de consistencia interna de la subescala emocional del *Autoconcepto Forma 5* (AF5) para cada uno de los ítems.

Tabla 3
Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala emocional del *Autoconcepto Forma 5* (AF5)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Tengo miedo de algunas cosas	44,22	24,54	56,38	22,95	0,468	0,745
2.- Muchas cosas me ponen nervioso	45,28	24,80	56,16	21,73	0,573	0,719
3.- Me asusto con facilidad	60,59	25,33	53,10	21,90	0,539	0,727
4.- Cuando los mayores me dicen algo me pongo muy nervioso	63,42	24,71	52,54	22,46	0,507	0,735
5.- Me pongo nervioso cuando me pregunta el profesor (superior)	50,65	27,94	55,09	21,90	0,461	0,749
6.- Me siento nervioso	61,93	26,29	52,83	21,67	0,529	0,729

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Las medias más altas corresponden a los ítems 4.- "Cuando los mayores me dicen algo me pongo muy nervioso" y 6.- "Me siento nervioso", mientras que las medias más bajas corresponden a los ítems 1.- "Tengo miedo de algunas cosas" y 2.- "Muchas cosas me ponen nervioso" Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems de la escala se invierte este patrón, de forma que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa. Lo mismo ocurre con los ítems intermedios, pero de una forma menos acusada.

La inversión en el orden se repite con la desviación típica, ya que la mayor desviación típica de la escala la presenta el ítem 5.- "Me pongo nervioso cuando me pregunta el profesor (superior)" y el 6.-

"Me siento nervioso" que se intercambian los puestos tras eliminar cada uno de los ítems, de forma que el valor más alto corresponde al ítem 1.- "Tengo miedo de algunas cosas". Excepto el ítem 2.- "Muchas cosas me ponen nervioso" que mantiene su posición a pesar de su exclusión.

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 2.- "Muchas cosas me ponen nervioso" y 3.- "Me asusto con facilidad" en las primeas posiciones y a los ítems 1.- "Tengo miedo de algunas cosas" y 5.- "Me pongo nervioso cuando me pregunta el profesor (superior)" en las posiciones finales. Sin embargo, estos mismos ítems muestran una gran influencia con la fiabilidad, de manera que los ítems con mayor coeficiente de alfa son el 1 y el 5, mientras que los ítems 2 y 3 contribuyen con los índices más bajos.

Es importante añadir que la escala completa cuenta con el coeficiente de alfa más alto posible y disminuye al excluir diferentes ítems. Especialmente con la retirada de los ítems 3.- "Me asusto con facilidad" y 6.- "Me siento nervioso".

Autoconcepto Físico. Se midió con los 6 ítems de la escala física del AF5 (*Autoconcepto Forma 5*, García y Musitu, 1999). Esta escala mide la percepción que tiene el sujeto de su propio aspecto y condición física. Este factor gira en torno a dos ejes complementarios. El primero hace referencia a la práctica deportiva social, como por ejemplo el ítem "Me buscan para realizar actividades deportivas". El segundo hace referencia a la percepción del propio aspecto físico, como por ejemplo el ítem "Me gusta como soy físicamente". Un autoconcepto físico alto significa que el sujeto se percibe físicamente de una forma agradable, se cuida físicamente y que puede practicar algún deporte con éxito. Por el contrario, un autoconcepto físico bajo se asocia a personas que tienen una autopercepción negativa de su propio físico y que no son deseados como compañeros de equipo en deportes. Esta escala obtuvo una alfa de Cronbach de 0,796 con 6 elementos.

Durante la aplicación de los instrumentos se les pidió a los sujetos que atendieran una serie de afirmaciones y que contestaran según su

propio criterio usando una escala numérica que iba desde 1 hasta 99 (0 y 100 no incluidos). Esta escala permitía una gran variedad de respuestas, lo que facilitaba al sujeto situarse exactamente en el grado de correspondencia con el ítem, de forma que puntuaciones cercanas al 1 corresponden con ítems con los que no se sienten identificados, y puntuaciones cercanas a 99 son ítems con gran identificación.

En algunos estudios el autoconcepto físico correlaciona positivamente con la percepción de salud, autocontrol, percepción de bienestar, rendimiento deportivo, motivación de logro y con la integración social y escolar. Asimismo, el autoconcepto físico correlaciona negativamente con el desajuste escolar, la ansiedad y, en menor grado, con la presencia de problemas con los iguales (García y Musitu, 1999).

Esta escala cuenta con multitud de validaciones en diferentes idiomas, desde el inglés (García et al., 2013), chino (Chen et al., 2020), castellano (F. García et al., 2018), portugués (García et al., 2006) e incluso vasco (Elosua y López-Jauregui, 2008). Lo que la convierte en una escala que puede ser utilizada en multitud de zonas geográficas e incluso cuenta con diferentes idiomas de un mismo país.

En la Tabla 4 se presenta el análisis de consistencia interna de la subescala física del *Autoconcepto Forma 5* para cada uno de los ítems.

Tabla 4

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala física del *Autoconcepto Forma 5* (AF5)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Me cuido físicamente	62,76	22,86	59,34	22,90	0,599	0,755
2.- Me buscan para realizar actividades deportivas	49,07	31,68	62,08	19,69	0,592	0,759
3.- Me considero elegante	55,76	24,53	60,74	24,58	0,391	0,800
4.- Me gusta como soy físicamente	67,17	21,41	58,46	24,05	0,536	0,769
5.- Soy bueno haciendo deporte	59,16	27,90	60,06	20,32	0,662	0,736
6.- Soy una persona atractiva	65,55	20,60	58,78	24,02	0,570	0,764

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. En cuanto a los estadísticos descriptivos obtenidos las medias más altas corresponden a los ítems 4.- "Me gusta como soy físicamente" y el 6.- "Soy una persona atractiva", que se asocian al componente de autopercepción física. Mientras que las medias más bajas se encuentran en los ítems 2.- "Me buscan para realizar actividades deportivas" y3.- "Me considero elegante" que combinan componentes de autopercepción física y habilidad deportiva. Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems de la escala se invierte este patrón, de forma que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa. Lo mismo ocurre con los ítems intermedios, pero de una forma menos acusada.

Esta inversión en los valores se repite con la desviación típica, ya que los valores más altos se presentan en el ítem 2.- "Me buscan para realizar actividades deportivas" y el 5.- "Soy bueno haciendo deporte",

que se intercambian los puestos tras eliminar cada uno de los ítems, de forma que el valor más alto correspondería al ítem 3.- "Me considero elegante" y el 4.- "Me gusta como soy físicamente". Cabe añadir que sin alterar la composición de la escala los valores más altos de desviación típica se encuentran en ítems que se relacionan con la actividad deportiva, mientras que al excluir cada uno de los ítems individualmente los valores más altos corresponden a ítems que se asocian a la autopercepción del propio atractivo.

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 1.- "Me cuido físicamente", 2.- "Me buscan para realizar actividades deportivas" y 5.- "Soy bueno haciendo deporte" con los valores más altos; y a los ítems 3.- "Me considero elegante", 4.- "Me gusta como soy físicamente" y el 6.- "Soy una persona atractiva" con los más bajos. Sin embargo, estos ítems muestran una posición sistemática contraria en cuanto a coeficiente de alfa, de manera que los ítems que más coeficiente de alfa tienen son el 3,4 y el, y los que menos valor tienen son el 1, 2 y 5.

En cuanto a la fiabilidad de la escala es importante añadir que la escala completa cuenta con el coeficiente de alfa máximo y disminuye al excluir diferentes ítems. Especialmente con la retirada de los ítems 1.- "Me cuido físicamente" y 5.- "Soy bueno haciendo deporte", que pueden estar muy implicados en la fiabilidad de la escala.

Autoconcepto Familiar. Se midió con los 6 ítems de la escala familiar del AF5 (*Autoconcepto Forma 5*, García y Musitu, 1999). Esta escala mide la la percepción que tiene la persona de su implicación, participación e integración en el medio familiar. Este factor se basa en dos ejes. El primero se centra en los padres o cuidadores principales, concretamente en la confianza y el afecto que se dan dentro de esa relación paternofilial. El segundo eje gira en torno a 4 variables clave en el seno familiar: felicidad asociada al hogar, como por ejemplo con el ítem 2.- "Me siento feliz en casa"; apoyo percibido, como por ejemplo el ítem 4.- "Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problemas"; falta de implicación, con el ítem 3.- "Mi familia está decepcionada de mí"; y escasa aceptación, con el ítem 1.- "Soy muy criticado en casa". Las dos primeras tienen

una perspectiva positiva y las otras una perspectiva negativa. Esta escala contó con una alfa de Cronbach de 0,856 con 6 elementos.

Durante la aplicación de los instrumentos se les pidió a los sujetos que atendieran una serie de afirmaciones y que contestaran según su propio criterio usando una escala numérica que iba desde 1 hasta 99 (0 y 100 no incluidos). Esta escala permitía una gran variedad de respuestas, lo que facilitaba al sujeto situarse exactamente en el grado de correspondencia con el ítem, de forma que puntuaciones cercanas al 1 corresponden con ítems con los que no se sienten identificados, y puntuaciones cercanas a 99 son ítems con gran identificación.

Según los autores de la escala este factor correlaciona positivamente con el rendimiento escolar y laboral, con el ajuste psicosocial, con el sentimiento del bienestar con la integración escolar y laboral, con la conducta prosocial, con valores universalistas y con la percepción de salud física y mental. También correlaciona negativamente con la sintomatología depresiva, la ansiedad y el consumo de drogas. En niños y adolescentes, el autoconcepto familiar se relaciona positivamente con los estilos parentales de afecto, comprensión y apoyo; y negativamente con la coerción, la violencia, la indiferencia y la negligencia (García y Musitu, 1999).

En la Tabla 5 se presenta el análisis de consistencia interna de la subescala familiar del *Autoconcepto Forma 5* (AF5) para cada uno de los ítems.

Tabla 5
Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala familiar del *Autoconcepto Forma 5* (AF5)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Soy muy criticado en casa	68,63	26,03	82,03	15,84	0,565	0,858
2.- Me siento feliz en casa	77,71	19,28	80,21	17,31	0,656	0,830
3.- Mi familia está decepcionada de mí	84,21	19,23	78,91	17,24	0,668	0,828
4.- Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problemas	86,55	16,86	78,44	18,46	0,609	0,840
5.- Mis padres me dan confianza	75,99	21,50	80,56	16,15	0,709	0,820
6.- Me siento querido por mis padres	85,69	17,30	78,62	17,42	0,741	0,818

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. En cuanto a los estadísticos descriptivos obtenidos las medias más altas corresponden a los ítems 4.- "Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problemas" y 6.- "Me siento querido por mis padres" que representan el apoyo y el afecto percibido por los padres. Mientras que las medias más bajas se encuentran en los ítems 1.- "Soy muy criticado en casa" y 5.- "Mis padres me dan confianza" que hacen referencia a la aceptación y confianza percibidas. Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems de la escala se invierte este patrón, de forma que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa, al igual que ocurre con los ítems intermedios.

En cuanto a la desviación típica cabe mencionar varios aspectos a destacar. En primer lugar, que sus valores en general son más altos que el resto de subescalas del AF5 anteriormente mencionadas, llegando a valores de 26,03 de una media de 68,63.

En segundo lugar, también se observa una inversión de valores similar al de las medias, pero de una forma menos acusada en los ítems intermedios. Los ítems con mayor desviación típica son el 1.- "Soy muy criticado en casa" y el 5.- "Mis padres me dan confianza", que coinciden con las medias más bajas en las dimensiones de aceptación y confianza. Por otro lado, los ítems con menor desviación típica son el 4.- "Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problemas" y el 6.- "Me siento querido por mis padres" que de nuevo coincide con las medias más altas correspondientes a las dimensiones de apoyo y afecto percibidos. Esta posición se intercambia al eliminar cada uno de los ítems por separado, de forma que el valor más alto correspondería a los ítems 4 y 6 por un lado, y los valores más bajos a los ítems 1 y 5.

También es importante señalar que en el análisis de consistencia interna tras las respectivas exclusiones de cada ítem las desviaciones típicas acortan sus diferencias, reduciendo su variabilidad, ya que en la escala completa la desviación más alta es de 26,03 en el ítem 1, mientras que en el análisis de consistencia la desviación más alta sería 18,46 del ítem 4, llegando a reducirse 7,57 puntos.

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 5.- "Mis padres me dan confianza" y 6.- "Me siento querido por mis padres" con los valores más altos; y a los ítems 1.- "Soy muy criticado en casa" y 4.- "Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problemas" con los más bajos. Es decir, que los ítems con mayor nivel de correlación son aquellos que se relacionan con la confianza y el afecto percibidos, que son variables que utilizan un enfoque positivo, mientras que los que menor nivel muestran se asocian a la falta de apoyo y aceptación percibidos que son variables con un enfoque negativo.

El coeficiente alfa obtenido para la escala completa ha sido de 0,856 con 6 elementos, sin embargo, en el análisis de consistencia

interna mediante la exclusión del ítem 1.- "Soy muy criticado en casa" el índice alcanza el valor de 0,858. No obstante, solo se encuentra una combinación que mejore la fiabilidad de la escala, el resto de ítems al ser eliminados reducen su coeficiente, especialmente el ítem 5.- "Mis padres me dan confianza" y 6.- "Me siento querido por mis padres" que disminuyen el índice hasta 0,82 y 0,818 respectivamente, y que pertenecen a las dimensiones de confianza y afecto.

Tendencia a la agresión. Se midió con los 6 ítems de la escala de hostilidad/agresión del PAQ (*Personality Assessment Questionnaire,* Rohner, 1978). El coeficiente alfa de la escala fue de 0,661 con los 6 elementos.

Es una escala que puede ser utilizada en sujetos de todas las edades ya que contiene varias versiones específicas. Durante el procedimiento se les pidió a los sujetos que analizaran el grado en que esos ítems les describían a sí mismos. Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 es "casi nunca es cierto", 2 "rara vez es cierto", 3 "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto".

Los resultados finales que se obtienen mediante el PAQ aportan un indicador de ajuste psicológico, teniendo este instrumento una reconocida versatilidad cultural. Son muchos los estudios que la han utilizado en diferentes contextos. Por ejemplo, en Estados Unidos, Colombia, Puerto Rico (Ripoll-Núñez y Alvarez, 2008) y en zonas repartidas por toda Europa, África y Asia (Rohner et al., 2009).

Además, cuenta con altos niveles de fiabilidad contrastados en múltiples culturas. Hay estudios en los que su coeficiente de alfa oscila entre el 0,83 y el 0,86 según la versión. Alcanzando valores altos en pruebas test-retest con diferentes periodos de tiempo intermedios (Khaleque y Rohner, 2002).

La Tabla 6 resume el análisis de consistencia interna de la escala de hostilidad/agresión del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) para cada uno de los ítems.

Tabla 6

Análisis de la consistencia interna por ítems de la escala de hostilidad/agresión del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M′*	*DT′*	*R′*	*alfa′*
1.- Pienso mucho en pelearme y portarme mal	1,29	0,61	1,98	1,41	0,403	0,621
2.- Tengo ganas de golpear algo o a alguien	1,56	0,78	1,92	1,25	0,473	0,589
3.- Me enfado tanto que tiro y rompo cosas	1,31	0,65	1,97	1,37	0,432	0,610
4.- Me burlo de las personas que hacen estupideces	2,11	0,92	1,81	1,27	0,324	0,647
5.- Cuando me siento irritado pongo cara de enfado	2,83	0,90	1,67	1,30	0,306	0,653
6.- Tengo dificultad en controlar mis enfados	2,08	0,93	1,82	1,15	0,467	0,588

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M′*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT′*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R′*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa′* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Las medias más altas corresponden a los ítems 4.- "Me burlo de las personas que hacen estupideces" y 5.- "Cuando me siento irritado pongo cara de enfado", mientras que las medias más bajas corresponden a los ítems 1.- "Pienso mucho en pelearme y portarme mal" y 3.- "Me enfado tanto que tiro y rompo cosas". Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se invierte completamente este patrón, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa. Lo mismo ocurre con los ítems intermedios, pero de una forma menos acusada.

Esta inversión en los valores se repite con la desviación típica, ya que la mayor desviación típica de la escala la presenta el ítem 6.- "Tengo dificultad en controlar mis enfados" y la menor el ítem 1.- "Pienso mucho en pelearme y portarme mal" que se intercambian los puestos tras eliminar cada uno de los ítems, de forma que el valor más alto corresponde al ítem 1.- "Pienso mucho en pelearme y portarme mal" y el más bajo con un al ítem 6.- "Tengo dificultad en controlar mis enfados".

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 2.- "Tengo ganas de golpear algo o a alguien" y 6.- "Tengo dificultad en controlar mis enfados" en las primeras posiciones. Mientras que los ítems 4.- "Me burlo de las personas que hacen estupideces" y 5.- "Cuando me siento irritado pongo cara de enfado" presentan los menores valores de correlación. Sin embargo, este patrón se invierte en el análisis de fiabilidad, ya que los ítems 4 y 5 son los que presentan los valores más altos de coeficiente de alfa, mientras que los ítems 6 y el 2 presentan los valores más bajos. En otras palabras, los ítems con altos niveles de correlación (*R'*) con la escala son los que muestran los niveles más bajos del coeficiente de alfa, mientras que los ítems con los menores niveles de correlación (*R'*) son los que presentan más valor en el coeficiente de alfa.

Es importante añadir que ninguno de los ítems al excluirse mejora el valor final del coeficiente de alfa de la escala, ya que su valor es superior a cualquiera de las combinaciones posibles (0,661).

Autoestima negativa. Se midió con los 6 ítems de la escala de autoestima negativa del PAQ (*Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978). Este autoinforme permite graduar la autoestima del individuo en una escala interpretable. Contiene ítems que miden la percepción que tiene el sujeto de su propia valía y satisfacción consigo mismo. Con el fin de aumentar su sensibilidad la mitad de sus ítems están planteados de una forma negativa (ejemplo: "Me siento inútil y que nunca serviré para nada") y la otra mitad con una perspectiva positiva (ejemplo: "Estoy contento de mí mismo"). Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,797 con 6 elementos.

A pesar de que es una escala que combina ítems con una perspectiva negativa y positiva su puntuación final es un indicador de la dimensión de autoestima negativa, de manera que las puntuaciones tendrán que interpretarse en ese plano, es decir, puntuaciones altas en esta subescala se asociarán a sujetos con una autoestima negativa en sí mismos, que tenderán a percibirse como personas inútiles, con poco valor, satisfacción y escaso respetos hacia sí mismos. Por otro lado, sujetos con puntuaciones bajas en esta escala se asociarán a personas con una autoestima establecida, con un gran sentimiento de valía y una alta satisfacción por uno mismo y por sus logros.

Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 "casi nunca es cierto", 2 "rara vez es cierto", 3 "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto".

La Tabla 7 muestra el análisis de consistencia interna de la escala de autoestima negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) para cada uno de los ítems.

Tabla 7

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de autoestima negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Estoy contento de mí mismo	1,67	0,71	1,74	1,49	0,680	0,738
2.- Me siento inútil y que nunca serviré para nada	1,53	0,78	1,77	1,48	0,610	0,752
3.- Cuando conozco a alguien por primera vez siento que esa persona es mejor que yo	1,94	0,88	1,68	1,52	0,460	0,791
4.- Creo que soy una persona buena y que merezco el respeto de los demás	1,40	0,58	1,79	1,84	0,308	0,811
5.- Me siento satisfecho conmigo mismo	1,71	0,71	1,73	1,50	0,669	0,741
6.- Me decepciono de mí mismo con facilidad	2,12	0,92	1,65	1,36	0,617	0,751

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Las medias más altas corresponden a los ítems 3.- "Cuando conozco a alguien por primera vez siento que esa persona es mejor que yo" y 6.- "Me decepciono de mí mismo con facilidad", mientras que las medias más bajas corresponden a los ítems 2.- "Me siento inútil y que nunca serviré para nada" y 4.- "Creo que soy una persona buena y que merezco el respeto de los demás". En otras palabras, los ítems con las medias más altas son los que están planteados desde una perspectiva negativa, y los ítems con las medias

más bajas tienen una combinación de una perspectiva negativa y otra positiva.

Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se invierte este patrón, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa. Lo mismo ocurre con los ítems intermedios, pero de una forma menos acusada.

La inversión de valores se repite con la desviación típica, ya que la mayor desviación típica de la escala la presenta el ítem 3.- "Cuando conozco a alguien por primera vez siento que esa persona es mejor que yo" y el 6.- Me decepciono de mí mismo con facilidad" que eran los ítems que más media presentaban en el apartado anterior. Además, en el análisis de consistencia interna en el momento de exclusión del ítem 6 su desviación típica se invierte totalmente, pasando de ser el ítem con mayor puntuación a ser que el que menor puntuación tiene.

Unos de los ítems que más cambian en el análisis de la consistencia interna es el ítem 4.- "Creo que soy una persona buena y que merezco el respeto de los demás". Aunque en la escala general es el ítem con menor media en los análisis de consistencia se convierte en el ítem con mayor media, pasando de un 1,4 a un 1,79. Este patrón se repite en la desviación típica, ya que pasa de ser el ítem con menor nivel de desviación a ser el que tiene el valor más alto, concretamente cambiando de un 0,58 a un 1,84.

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 1.- "Estoy contento de mí mismo" y 5.- "Me siento satisfecho conmigo mismo" en las primeras posiciones. Mientras que los ítems 3.- "Cuando conozco a alguien por primera vez siento que esa persona es mejor que yo" y 4.- "Creo que soy una persona buena y que merezco el respeto de los demás" presentan los menores valores de correlación.

La perspectiva los ítems con mayor índice de correlación con la escala general están planteados de una forma positiva, concretamente atienden a la satisfacción personal con uno mismo, mientras que los ítems con menor índice de correlación combinan las perspectivas negativa y positiva, y están centrados en la comparación negativa con otras personas y en el respeto hacia uno mismo.

Sin embargo, este patrón se invierte en el análisis de fiabilidad, ya que los ítems 3 y 4 son los que presentan los valores más altos de coeficiente de alfa, mientras que los ítems 1 y 5 presentan los valores más bajos. En otras palabras, los ítems con altos niveles de correlación (*R'*) con la escala son los que muestran los niveles más bajos del coeficiente de alfa, mientras que los ítems con los menores niveles de correlación (*R'*) son los que presentan más valor en el coeficiente de alfa.

En cuanto a la fiabilidad los ítems que tiene una mayor aportación al coeficiente de alfa son los que están planteados de una forma positiva, como por ejemplo el ítem 1.- "Estoy contento de mí mismo" y 5.- "Me siento satisfecho conmigo mismo", ya que al eliminarlos el coeficiente de alfa de la escala se reduce.

Es importante añadir que ninguno de los ítems al excluirse mejora el valor final del coeficiente de alfa de la escala, ya que su valor es superior a cualquiera de las combinaciones posibles.

Autoeficacia negativa. Se midió con los 6 ítems de la escala de autoeficacia negativa del PAQ (*Personality Assessment Questionnaire* o (Rohner, 1978). Consiste en un autoinforme sobre la percepción que tiene el sujeto de sí mismo de sus propias capacidades. Contiene ítems que miden la capacidad del sujeto para realizar acciones de todo tipo además de la valoración sobre esas mismas capacidades. Con el fin de aumentar su sensibilidad la mitad de sus ítems están planteados de una forma negativa (ejemplo: "Me siento incapaz de hacer las cosas bien hechas") y la otra mitad con una perspectiva positiva (ejemplo: "Me siento tan capaz como otro para hacer lo que quiero"). Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,727 con 6 elementos.

A pesar de que es una escala que combina ítems con una perspectiva negativa y positiva su puntuación final es un indicador de la dimensión de autoeficacia negativa, de manera que las puntuaciones tendrán que interpretarse en ese plano, es decir, puntuaciones altas en esta subescala se asociarán a sujetos con una autoeficacia percibida negativa, que tenderán a percibirse como personas incapaces e

inútiles. Por otro lado, sujetos con puntuaciones bajas en esta escala se asociarán a personas con una autoeficacia percibida positiva, es decir, personas que se sienten muy capaces y que valoran positivamente las acciones que emprenden.

Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 "casi nunca es cierto", 2 "rara vez es cierto", 3 "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto".

La Tabla 8 muestra el análisis de consistencia interna de la escala de autoeficacia negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) para cada uno de los ítems.

Tabla 8
Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de autoeficacia negativa del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Me siento tan capaz como otro para hacer lo que quiero	1,56	0,70	1,82	1,33	0,586	0,656
2.- Me siento incapaz de hacer las cosas bien hechas	1,71	0,87	1,79	1,24	0,523	0,669
3.- Soy capaz de pelear por las cosas que quiero	1,74	0,77	1,78	1,53	0,234	0,751
4.- Creo que no sirvo para nada	1,47	0,74	1,84	1,29	0,594	0,650
5.- No me siento capaz de hacer muchas de las cosas que quisiera hacer	2,27	0,91	1,68	1,26	0,453	0,694
6.- Creo que las cosas que hago me salen bien	1,91	0,65	1,75	1,46	0,425	0,700

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias obtenidas en cada ítem varían al excluir cada uno de ellos por separado. Las medias más altas corresponden a los ítems 5.- "No me siento capaz de hacer muchas de las cosas que quisiera hacer" y 6.- "Creo que las cosas que hago me salen bien" mientras que las medias más bajas corresponden a los ítems 1.- "Me siento tan capaz como otro para hacer lo que quiero" y 4.- "Creo que no sirvo para nada". Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se invierte completamente este patrón, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa.

En la desviación típica también se invierte el orden de los ítems en el análisis de consistencia interna, ya que la mayor desviación típica de la escala la presentan el ítem 2.- "Me siento incapaz de hacer las cosas bien hechas" y el 5.- "No me siento capaz de hacer muchas de las cosas que quisiera hacer" que pasan a ser los ítems con menor desviación típica al retirar cada uno de los ítems por separado.

Por otro lado, los análisis de correlaciones sitúan a los ítems 1.- "Me siento tan capaz como otro para hacer lo que quiero" y 4.- "Creo que no sirvo para nada" en las primeras posiciones. Mientras que el ítem 3.- "Soy capaz de pelear por las cosas que quiero" presenta los valores más bajos.

Sin embargo, este patrón se invierte en el análisis de fiabilidad, ya que el ítem 3 es el que presenta mayor coeficiente de alfa, mientras que los ítems 1 y 4 presentan los valores más bajos. En otras palabras, los ítems con altos niveles de correlación (*R'*) con la escala son los que muestran los niveles más bajos del coeficiente de alfa, mientras que los ítems con los menores niveles de correlación (*R'*) son los que presentan más valor en el coeficiente de alfa.

En cuanto a la fiabilidad los ítems que tienen una mayor aportación al coeficiente de alfa son el 1.- "Me siento tan capaz como otro para hacer lo que quiero", el 2.- "Me siento incapaz de hacer las cosas bien hechas" y el 4.- "Creo que no sirvo para nada", ya que al eliminarlos el coeficiente de alfa de la escala se reduce. Cabe mencionar que esos ítems combinan las perspectivas negativa y positiva.

El coeficiente de alfa de la escala general es de 0,727, sin embargo, en el análisis de consistencia interna tras eliminar el ítem 3.- "Soy capaz de pelear por las cosas que quiero" este coeficiente se incrementa hasta 0,751, por lo que este ítem podría estar influyendo de forma negativa en la escala según el análisis de la muestra de este estudio. No obstante, el resto de ítems son beneficiosos para la fiabilidad de la escala general.

Irresponsividad emocional. Se midió con los 6 ítems de la escala de irresponsividad emocional del PAQ (*Personality Assessment*

Questionnaire, Rohner, 1978). Consiste en un autoinforme sobre la facilidad-dificultad que siente el sujeto al expresar afecto y gestionar relaciones sociales. Contiene ítems que miden la facilidad para expresar sus propios sentimientos y emociones a otras personas o seres queridos. También hay un ítem que mide la habilidad del sujeto en crear y mantener amistades. Con el fin de aumentar su sensibilidad la mitad de sus ítems están planteados de una forma negativa (ejemplo: "Me cuesta demostrar mis sentimientos a otras personas") y la otra mitad con una perspectiva positiva (ejemplo: "Es fácil para mí ser cariñoso con mis padres"). Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,735 con 6 elementos

A pesar de que es una escala que combina ítems con una perspectiva negativa y positiva su puntuación final es un indicador de insensibilidad emocional, de manera que las puntuaciones tendrán que interpretarse en ese plano, es decir, puntuaciones altas en esta subescala se asociarán a sujetos insensibles emocionalmente, con dificultad de gestionar sus relaciones sociales y que se sienten incómodos con las muestras de afecto. Por otro lado, sujetos con puntuaciones bajas en esta escala se asociarán a personas con gran sensibilidad emocional, que no tienen dificultades en crear y establecer relaciones sociales ni en expresar sus sentimientos.

Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 "casi nunca es cierto", 2 "rara vez es cierto", 3 "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto".

La Tabla 9 muestra el análisis de consistencia interna de la escala de irresponsividad emocional del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ) para cada uno de los ítems.

Tabla 9

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de irresponsividad emocional del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Me cuesta demostrar mis sentimientos a otras personas	2,74	0,93	2,14	1,96	0,498	0,690
2.- Es fácil para mí ser cariñoso con mis padres	2,10	0,97	2,26	1,92	0,497	0,690
3.- Me parece que tengo dificultades para hacer y mantener buenas amistades	1,92	0,93	2,30	2,21	0,269	0,753
4.- Para mí es fácil demostrar a mis familiares que los quiero	2,08	0,94	2,27	1,87	0,576	0,667
5.- Me resulta difícil expresar abiertamente mis sentimientos a la gente que quiero	2,51	0,95	2,18	1,87	0,562	0,671
6.- Me resulta fácil demostrar a mis amigos que los quiero mucho	2,08	0,89	2,27	2,06	0,432	0,709

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Al comparar las medias del análisis de consistencia interna se observan que difieren ligeramente al excluir cada uno los ítems. Las medias más altas corresponden a los ítems 1.- "Me cuesta demostrar mis sentimientos a otras personas" y 5.- "Me resulta difícil expresar abiertamente mis sentimientos a la gente que quiero", que son ítems que expresan la dificultad en la expresión de emociones, mientras que los ítems con las medias más bajas son el 3.- "Me parece que tengo

dificultades para hacer y mantener buenas amistades", 4.- "Para mí es fácil demostrar a mis familiares que los quiero" y 6.- "Me resulta fácil demostrar a mis amigos que los quiero mucho" que combinan ítems con planteamiento positivo y negativo. Estos ítems aluden a la capacidad de crear y mantener redes de apoyo y sobre la expresión de afecto a seres queridos. Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se invierte completamente este patrón, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa.

En cuanto a los valores de la desviación típica, los ítems que presentan mayores niveles son el ítem 2.- "Es fácil para mí ser cariñoso con mis padres" y el 5.- "Me resulta difícil expresar abiertamente mis sentimientos a la gente que quiero". Por otro lado, el ítem con el valor más reducido es el 6.- "Me resulta fácil demostrar a mis amigos que los quiero mucho". Esta posición cambia en el análisis de consistencia ya que los ítems 2 y 5 pasan a ser los ítems con menor desviación típica, y el ítem 6 se convierte en uno de los valores con mayor valor.

En los análisis de correlación cabe señalar que los ítems 4.- "Para mí es fácil demostrar a mis familiares que los quiero" y 5.- "Me resulta difícil expresar abiertamente mis sentimientos a la gente que quiero". Mientras que los ítems 3.- "Me parece que tengo dificultades para hacer y mantener buenas amistades" y 6.- "Me resulta fácil demostrar a mis amigos que los quiero mucho" son los que presentan menores niveles.

En el análisis de consistencia interna que utiliza el coeficiente de alfa se observan varios resultados a destacar. En primer lugar, al eliminar el ítem 3.- "Me parece que tengo dificultades para hacer y mantener buenas amistades" el coeficiente de la escala general se incrementa, ya que pasa de un 0,735 a un 0,753. Además, este ítem mostraba una enorme correlación en el análisis de consistencia interna.

En segundo lugar, hay ítems que más aumentan el coeficiente de alfa, ya que, al ser eliminados, este se ve comprometido, concretamente el ítem 4.- "Para mí es fácil demostrar a mis familiares que los quiero" y 5.- "Me resulta difícil expresar abiertamente mis

sentimientos a la gente que quiero", que coinciden con los valores más altos en las correlaciones.

Con todo lo anterior podría concluirse que el ítem 3.- "Me parece que tengo dificultades para hacer y mantener buenas amistades" tiene unas características propias e individuales que le diferencian mucho del resto de ítems de la escala. Mientras que los ítems 4 y 5 se refieren a la facilidad-dificultad en la expresión emocional, por lo que su planteamiento tiene muchos puntos comunes con el resto de ítems.

Inestabilidad emocional. Se midió con los 6 ítems de la escala de inestabilidad emocional del PAQ (*Personality Assessment Questionnaire*, Rohner, 1978). Consiste en un autoinforme sobre la gestión emocional del propio sujeto. Contiene ítems que valoran la labilidad y el control emocional. Combina planteamientos positivos (Ejemplo: "Es rara la vez que me enfado o me pongo nervioso") y negativos (Ejemplo: "Me siento mal o me enfado cuando trato de hacer algo y no me sale bien"). Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,732 con 6 elementos.

A pesar de que es una escala que combina ítems con una perspectiva negativa y positiva su puntuación final es un indicador de inestabilidad emocional, de manera que las puntuaciones tendrán que interpretarse en ese plano, es decir, puntuaciones altas en esta subescala se asociarán a sujetos emocionalmente inestables, con dificultad de gestionar sus propias emociones. Por otro lado, sujetos con puntuaciones bajas en esta escala se asociarán a personas con gran estabilidad emocional, con facilidad para gestionar hasta las emociones más complejas.

Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 "casi nunca es cierto", 2 "rara vez es cierto", 3 "algunas veces es cierto" y 4 "casi siempre es cierto".

La Tabla 10 muestra el análisis de consistencia interna de la escala de inestabilidad emocional (Rohner, 1978) para cada uno de los ítems.

Tabla 10

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala inestabilidad emocional del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Me siento mal o me enfado cuando trato de hacer algo y no me sale bien	3,19	0,73	2,50	1,75	0,464	0,697
2.- Me pongo de mal genio sin ninguna razón	2,07	0,90	2,72	1,58	0,512	0,680
3.- Me enfado cuando las cosas me salen mal	2,88	0,85	2,56	1,61	0,524	0,677
4.- Algunas veces me siento alegre y feliz y de repente me siento triste y decaído	2,24	0,96	2,69	1,57	0,466	0,696
5.- Es rara la vez que me enfado o me pongo nervioso	2,57	0,88	2,62	1,70	0,397	0,714
6.- Cuando encuentro problemas difíciles me pongo nervioso	2,75	0,81	2,59	1,70	0,449	0,699

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Al comparar las medias del análisis de consistencia interna se observan ligeras diferencias al excluir cada uno los ítems. Las medias más altas corresponden a los ítems 1.- “Me siento mal o me enfado cuando trato de hacer algo y no me sale bien” y 3.- “Me enfado cuando las cosas me salen mal” que aluden a la emoción de enfado, mientras que los ítems con las medias más bajas son el 2.- “Me pongo de mal genio sin ninguna razón” y el 4.- “Algunas veces me siento

alegre y feliz y de repente me siento triste y decaído" que aluden a la labilidad emocional.

Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se invierte completamente este patrón, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa.

En cuanto a los valores de la desviación típica, los ítems que presentan mayores niveles son el ítem 2.- "Me pongo de mal genio sin ninguna razón" y 4.- "Algunas veces me siento alegre y feliz y de repente me siento triste y decaído" que combinan gestión y labilidad emocional. Por otro lado, el ítem con el valor más reducido es el 1.- "Me siento mal o me enfado cuando trato de hacer algo y no me sale bien". Esta posición cambia en el análisis de consistencia ya que los ítems 2 y 4 pasan a ser los ítems con menor desviación típica, y el ítem 1 se convierte en uno de los valores con mayor valor.

En los análisis de correlación cabe señalar que los ítems 2.- "Me pongo de mal genio sin ninguna razón" y 3.- "Me enfado cuando las cosas me salen mal" son los que presentan el mayor nivel. Mientras que el ítem 5.- "Es rara la vez que me enfado o me pongo nervioso" es el que presenta menor nivel.

Para el análisis de consistencia interna también se ha obtenido el coeficiente de alfa resultante tras la eliminación de cada ítem, por lo que se ha podido comprobar que el alfa de Cronbach más elevado es el que se da al utilizar los 6 ítems, con un total de 0,732, que no mejora tras eliminar ninguna pregunta. Además, hay varios ítems con gran implicación en este índice. Al retirar los ítems 2.- "Me pongo de mal genio sin ninguna razón" y 3.- "Me enfado cuando las cosas me salen mal" el coeficiente se reduce hasta un 0,68 y 0,677 respectivamente.

Los ítems 2 y 3 son los que presentan mayor índice de correlación con la escala y los que aportan mayor coeficiente de alfa. Estos ítems combinan aspectos sobre gestión y labilidad emocional. Asimismo, el ítem 5 es el que presenta menos correlación con la escala y el que menos reduce el coeficiente de alfa.

Visión negativa del mundo. Se midió con los 6 ítems de la escala de visión negativa del mundo del PAQ (*Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978). Consiste en un autoinforme que evalúa la visión positiva-negativa del mundo por parte del sujeto. Contiene ítems que miden la percepción que tiene el sujeto de la vida y del mundo en general. Concretamente mide la percepción de elementos agradables, peligrosos, benevolentes y tristes. Entremezcla ítems positivos y negativos para facilitar la respuesta. Esta escala obtuvo un coeficiente de alfa de Cronbach de 0,718 con 6 elementos.

A pesar de que es una escala que combina ítems con una perspectiva negativa y positiva su puntuación final es un indicador de visión negativa, de manera que las puntuaciones tendrán que interpretarse en ese plano, es decir, puntuaciones altas en esta subescala se asociarán a sujetos que perciben el mundo como un lugar hostil y peligroso. Por otro lado, sujetos con puntuaciones bajas en esta escala indican una percepción benevolente y esperanzadora de la vida y del mundo.

Las respuestas se organizaron en una escala tipo Likert donde 1 “casi nunca es cierto”, 2 “rara vez es cierto”, 3 “algunas veces es cierto” y 4 “casi siempre es cierto”.

La Tabla 11 muestra el análisis de consistencia interna de la escala de visión negativa del mundo (Rohner, 1978) para cada uno de los ítems.

Tabla 11

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de visión negativa del mundo del *Personality Assessment Questionnaire* (PAQ)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Pienso que la vida es agradable	1,70	0,72	1,93	1,35	0,501	0,665
2.- Me parece que la vida está llena de peligros	2,16	0,84	1,84	1,28	0,487	0,667
3.- Pienso que el mundo es un lugar bueno y feliz	2,09	0,81	1,85	1,27	0,535	0,652
4.- Para mí el mundo es un lugar muy triste	1,75	0,82	1,92	1,23	0,566	0,641
5.- Creo que el mundo es un lugar peligroso	2,15	0,86	1,84	1,21	0,569	0,639
6.- Para mí la vida es algo bueno	1,48	0,64	1,97	1,72	0,036	0,775

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Al comparar las medias del análisis de consistencia interna se observan ligeras diferencias al excluir cada uno los ítems. Las medias más altas corresponden a los ítems 2.- "Me parece que la vida está llena de peligros" y 5.- "Creo que el mundo es un lugar peligroso". Estos ítems tienen un contenido muy similar, ya que ambos se centran en el elemento de la peligrosidad, aunque uno está enfocado en el mundo y otro en la vida.

Por otro lado, los ítems con las medias más bajas son el 1.- "Pienso que la vida es agradable" y el 6.- "Para mí la vida es algo bueno" que también comparten gran parte de su contenido ya que están centrados en la percepción de elementos agradables y buenos de la vida.

Sin embargo, al excluir cada uno de esos ítems individualmente se el patrón se observan modificaciones que se esperan dentro de escalas de este tamaño, de manera que las medias más altas se convierten en las más bajas y viceversa. A excepción del ítem 2 que teniendo la media más alta sigue manteniendo una posición alta tras su propia exclusión.

En cuanto a los valores de la desviación típica, los ítems que presentan mayores niveles son el ítem 2.- "Me parece que la vida está llena de peligros" y el 5.- "Creo que el mundo es un lugar peligroso" que coincide con los valores más altos de las medias. Mientras que los valores más bajos son 1.- "Pienso que la vida es agradable" y el 6.- "Para mí la vida es algo bueno" que también coinciden con las medias más bajas. Esta posición cambia en el análisis de consistencia ya que los ítems 2 y 5 pasan a ser los ítems con menor desviación típica, y los ítems 1 y 6 se convierten en los valores con mayor valor.

En los análisis de correlación cabe señalar que los ítems 4.- "Para mí el mundo es un lugar muy triste" y 5.- "Creo que el mundo es un lugar peligroso" son los que presentan el mayor nivel. Estos ítems comparten un enfoque negativo del mundo. Mientras que el ítem 6.- "Para mí la vida es algo bueno" es el que presenta menor nivel, con una R de 0,036, y tiene un enfoque totalmente positivo.

Al utilizar indicadores de fiabilidad durante el análisis de la consistencia interna se han encontrado varios aspectos que se explicarán a continuación:

En primer lugar, el alfa de Cronbach de la escala total es de 0,718, sin embargo, en el análisis de consistencia interna hay un ítem que parece estar perjudicando el resultado final y que al ser eliminado aumenta hasta un 0,775. Concretamente es el ítem 6.- "Para mí la vida es algo bueno", que a su vez contaba con una correlación imperceptible en el análisis de consistencia interna.

En segundo lugar, hay varios ítems que están muy implicados en la fiabilidad de la escala ya que al eliminarse el coeficiente de alfa se reduce visiblemente, estos ítems son el 4.- "Para mí el mundo es un

lugar muy triste" y el 5.- "Creo que el mundo es un lugar peligroso", que coinciden con los ítems que más correlación mostraron con la escala. Estos ítems tienen un enfoque negativo y coinciden al evaluar la percepción del mundo en general.

Por último, el resto de ítems influyen en la mejora del coeficiente de alfa, aunque de una forma menos acusada.

Nerviosismo. Se midió con los 8 ítems de la subescala de Nerviosismo del CCPM (*Cuestionario de Creencias de Persona Madura*, Zacarés, Serra y Torres, 2015; véanse también Garcia et al., 2018ab; Greenberger, Josselson, Knerr y Knerr, 1974; Lamborn et al., 1991). Es un autoinforme que evalúa la inestabilidad emocional, junto a algunos componentes del rasgo de neuroticismo. Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,787 con 8 elementos.

Las respuestas del CCPM se ordenan en una escala tipo Likert de 1 a 5, siendo 1 "muy inadecuado para describirme" y 5 muy "adecuado para describirme".

Puntuaciones altas en esta escala se relacionan con inmadurez, labilidad emocional, escasa autoaceptación y malestar subjetivo. Por el contrario, los sujetos con puntuaciones bajas se tenderán a mostrar mayor estabilidad emocional y control sobre sus emociones.

En la Tabla 12 se presenta el análisis de consistencia interna de la escala de Nerviosismo del *Cuestionario de Creencias de Persona Madura* (CCPM)

Tabla 12

Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de nerviosismo del *Cuestionario de Creencias de Persona Madura* (CCPM)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Me considero una persona feliz	2,01	0,88	2,50	3,22	0,461	0,769
2.- Pienso con frecuencia que no hago las cosas bien	2,36	1,07	2,45	3,07	0,457	0,769
3.- Sé disfrutar del momento presente	2,09	0,90	2,49	3,27	0,406	0,776
4.- Me irrito con facilidad	2,69	1,10	2,41	2,91	0,560	0,752
5.- Me muestro generalmente tenso, nervioso y ansioso	2,26	1,01	2,47	2,95	0,603	0,746
6.- Cambio de humor con facilidad	2,50	1,07	2,43	2,88	0,613	0,743
7.- Me considero una persona impaciente con la indecisión o lentitud de otros en situaciones complicadas	3,11	1,13	2,35	3,21	0,320	0,793
8.- Pocas veces me siento relajado	2,51	1,06	2,43	2,98	0,538	0,756

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Las medias más altas en la escala se corresponden con los ítems 4.- "Me irrito con facilidad" y 7.- "Me considero una persona impaciente con la indecisión o lentitud de otros en situaciones complicadas", mientras que las más bajas se dan en los ítems 1.- "Me considero una persona feliz" y 3.- "Sé disfrutar del momento presente". Las medias más altas se asocian a ítems con una

perspectiva negativa, es decir con escaso control de emociones, y los ítems con las medias más bajas se asocian a ítems que representan felicidad y control de emociones.

Al realizar el análisis de consistencia interna y eliminar cada una de las medias de cada ítem el orden de las medias se invierte, de forma que las medias más altas se dan en los ítems 1 y 3, y las más bajas en los ítems 4 y 7. En otras palabras, todas las medias muestran cambios en su valor durante el análisis de consistencia interna. De hecho, invierten su posición de manera que los ítems con medias más altas pasan a ser los que tienen las medias más bajas y viceversa.

En cuanto a la desviación típica el ítem con el valor más alto es el 7.- "Me considero una persona impaciente con la indecisión o lentitud de otros en situaciones complicadas" y el 4.- "Me irrito con facilidad", coincidiendo con las medias más altas. Por otro lado, los ítems 1.- "Me considero una persona feliz" y 3.- "Sé disfrutar del momento presente" muestran las desviaciones típicas más bajas, coincidencia con las medias más bajas.

Durante el análisis de consistencia interna los valores de la desviación típica se modifican, de manera que los ítems 1.- "Me considero una persona feliz" y 3.- "Sé disfrutar del momento presente" que se convierten en los ítems con mayor valor. Mientras que los ítems 6.- "Cambio de humor con facilidad" y 4.- "Me irrito con facilidad" pasan a ser los ítems con menos desviación típica.

Los ítems que mayor correlación presentan con la escala son el 5.- "Me muestro generalmente tenso, nervioso y ansioso" y el 6.- "Cambio de humor con facilidad" que se refieren a labilidad emocional y a estados emociones ansiosos.

Por el contrario, los ítems 7.- "Me considero una persona impaciente con la indecisión o lentitud de otros en situaciones complicadas" y 3.- "Sé disfrutar del momento presente" muestran solo un índice de correlación de 0,32 y 0,406 con la escala.

El cuanto al coeficiente de alfa hay varios aspectos para tener en cuenta. En primer lugar, al retirar el ítem 7.- "Me considero una

persona impaciente con la indecisión o lentitud de otros en situaciones complicadas" en el análisis de consistencia interna el coeficiente de alfa de la escala aumenta, pasando de un 0,787 a un 0,793. En otras palabras, el ítem 7 está restando valor al coeficiente de alfa total de la escala.

Asimismo, hay varios ítems que tras ser eliminados el coeficiente de alfa se reduce. Concretamente los ítems 5.- "Me muestro generalmente tenso, nervioso y ansioso" y 6.- "Cambio de humor con facilidad", que están muy relacionados con estados de nerviosismo y labilidad emocional. El resto de ítems también aumentan el índice global de la escala al incluirse pero en menor medida.

Inseguridad Personal. Se midió con los 4 ítems de la escala de inseguridad personal del CCPM (*Cuestionario de Creencias de Persona Madura*, Zacarés, Serra y Torres, 2015; véanse Garcia et al., 2018ab; Greenberger, Josselson, Knerr y Knerr, 1974; Lamborn et al., 1991). Consiste en un autoinforme que permite detectar características de inmadurez personal asociadas a bajas expectativas de autoeficacia, difusión de identidad y sentimientos de inferioridad. Esta escala obtuvo un alfa de Cronbach de 0,723 con 4 elementos.

Debido a que este factor es negativo para el desarrollo personal sus resultados deberán interpretarse de esa manera. Es decir, puntuaciones altas en este factor se asociarán a personas con gran nivel de inmadurez emocional e inseguridad personal, mientras que puntuaciones bajas se asociarán a personas que no necesitan la aprobación de las demás y que siguen sus propios criterios.

La Tabla 13 presenta el análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de inseguridad personal del *Cuestionario de Creencias de Persona Madura* (CCPM), con sus respectivos estadísticos descriptivos y de fiabilidad.

Tabla 13
Análisis de la consistencia interna por ítems que componen la escala de inseguridad personal del *Cuestionario de Creencias de Persona Madura* (CCPM)

Contenido	*M*	*DT*	*M'*	*DT'*	*R'*	*alfa'*
1.- Necesito la aprobación de los demás para hacer algo	2,47	0,96	2,18	1,52	0,558	0,633
2.- Las críticas y opiniones de otros influyen mucho en mi conducta	2,77	1,00	2,08	1,45	0,578	0,619
3.- Suelo seguir las ideas de los demás en lugar de las propias	1,94	0,88	2,35	1,70	0,480	0,680
4.- Me siento inferior a los demás	1,81	0,93	2,40	1,69	0,434	0,706

Nota. M, media del ítem, *DT*, desviación típica del ítem, *M'*, promedio de la media de la escala sin el ítem, *DT'*, promedio de la desviación típica de la escala sin el ítem, *R'*, correlación del ítem con la escala excluyendo al ítem, *alfa'* de Cronbach de la escala sin el ítem. Los elementos con contenido inverso a la escala se han invertido antes de los análisis.

Al analizar los resultados se puede observar que la media más alta la presenta el ítem 2.- "Las críticas y opiniones de otros influyen mucho en mi conducta", mientras que la media más baja el ítem 4.- "Me siento inferior a los demás". Esta posición se invierte totalmente en el análisis de consistencia interna al eliminar cada uno de los ítems, de forma que el ítem con mayor media se convierte en el 4 y el ítem con menor valor el 1.

En cuanto a la desviación típica el ítem 2.- "Las críticas y opiniones de otros influyen mucho en mi conducta" tiene un punto entero de diferencia, mientras que el ítem 3.- "Suelo seguir las ideas de los demás en lugar de las propias" es el que menos variabilidad presenta. Esta posición se invierte, al igual que ocurría en las medias, en el análisis de consistencia interna, ya que el ítem con mayor

variabilidad se convierte en el ítem 3 y el que menos presenta es el ítem es el 2.

Al tener en cuenta el índice de correlación con la escala los ítems quedan ordenados de la siguiente manera de mayor a menor nivel: ítem 2, 1, 3 y 4, obteniendo valores entre el 0,434 y el 0,578.

Finalmente, en cuanto al coeficiente de alfa todos los ítems tienen una aportación positiva al índice, y al ser retirados en el análisis de consistencia interna éste se ve perjudicado. Concretamente los ítems que más aportan al coeficiente de alfa son el ítem 1.- "Necesito la aprobación de los demás para hacer algo" y 2.- "Las críticas y opiniones de otros influyen mucho en mi conducta" ya que su valor se reduce hasta una décima.

Capítulo III

Resultados

Este capítulo presenta los resultados más destacados, organizados en cuatro apartados principales. En primer lugar, se describe la distribución de los casos en cada uno de los estilos parentales y en los grupos de tendencia a la agresión. La segunda parte se centra en los resultados obtenidos en el análisis multivariado, utilizando como diseño principal un análisis factorial completo (4 × 2 × 2 × 2), con cuatro estilos de socialización parental (autoritario, autorizativo, indulgente y negligente), dos grupos de tendencia a la agresión (alta y baja), sexo (hombre y mujer) y dos grupos de edad (adolescentes de 14 a 17 años y adultos jóvenes de 18 a 35 años). En tercer lugar, se detallan los resultados de los análisis univariados para cada uno de los efectos principales: estilo parental, tendencia a la agresividad, sexo y edad. Por último, se presentan los efectos de interacción para cada uno de los efectos principales.

Con el objetivo de facilitar la lectura y la comprensión de estos resultados, se han utilizado diferentes apoyos visuales como gráficas y tablas con los datos de los resultados de los análisis multivariados, univariados y los efectos de interacción.

Estilos de socialización parental

La distribución de los participantes en cada uno de los estilos parentales se realizó mediante un procedimiento de dicotomización por la mediana, usando los resultados obtenidos en las dimensiones principales del modelo bidimensional: afecto y severidad (Maccoby y Martin, 1983).

Existe evidencia de que la dicotomización a partir de la mediana aporta resultados similares a la partición por terciles (Kremers et al., 2003). Además, este procedimiento ha sido empleado con éxito en varios trabajos previos muy relacionados (Garcia et al., 2018; García y Gracia, 2009; García et al., 2018).

Al utilizar un proceso de dicotomización por la mediana cada uno de los estilos parentales (autoritario, autorizativo, negligente e indulgente) mostró un patrón diferente en cuanto a las dimensiones principales de afecto y severidad.

En la tabla 14 se presenta la distribución de los casos en cada uno de los estilos de socialización parental (negligente, indulgente, autoritario y autorizativo). Así como sus estadísticos descriptivos en las dimensiones de afecto y severidad, junto a las puntuaciones totales de la muestra.

Tabla 14
Distribución de los casos en cada uno de los estilos de socialización, medias y desviaciones típicas para las dimensiones de afecto y severidad.

	Total	Negligente	Indulgente	Autoritario	Autorizativo
Frecuencia	1745	357	499	501	388
Porcentaje	100,0	20,5	28,6	28,7	22,2
Afecto					
M	66,55	59,15	75,22	57,36	74,08
DT	10,84	9,05	3,47	9,36	3,43
Severidad					
M	32,66	26,25	26,24	39,68	37,76
DT	7,93	4,60	4,65	5,32	4,35

La distribución de los casos se repartió de forma homogénea, de manera que el estilo con mayor presencia fue el autoritario, con un total de 501 casos (28,7% de los participantes), en segundo lugar, el estilo indulgente con 499 casos (28,6% de los participantes), en tercer lugar, el estilo autoritario con 388 casos (22,2% de los participantes) y

en último lugar el estilo negligente con 357 casos (20,5% de los participantes).

En cuanto a dimensiones principales utilizadas para medir la socialización parental, las puntuaciones totales en *afecto* (*M* =66,55 y *DT* = 10,84) y en *severidad* (*M* =32,66 y *DT* = 7,93), permitieron trazar un eje dónde posicionar cada uno de los estilos parentales.

El estilo autoritario se situó por encima de la media en la dimensión de severidad, *M* = 39,68 y *DT* = 5,32, pero por debajo en la dimensión de afecto, *M* = 57,36 y *DT* = 9,36; el estilo indulgente mostró puntuaciones opuestas al autoritario, por encima de la media en afecto, *M* = 75,22 y *DT* = 3,47, y por debajo en severidad, *M* = 26,24 y *DT* = 4,65; el estilo autoritazativo tenía puntuaciones por encima de la media en ambas dimensiones, concretamente *M* = 74,08 y *DT* = 3,43 en la dimensión de afecto y *M* = 37,76 y *DT* = 4,35 en severidad; el estilo negligente puntuaba por debajo de la media en ambas dimensiones, con *M* =59,15 y *DT* = 9,05 en afecto y *M* = 26,25 y *DT* = 4,60 en severidad.

Examinando detenidamente las medias de cada estilo parental los estilos con más puntuación en la dimensión de severidad fueron el autoritario, *M* = 39,68, y autorizativo, *M* = 37,76. Mientras que los que menos puntuación mostraron fueron el negligente *M* = 26,25 e indulgente *M* = 26,24, diferenciándose por una centésima. Por otro lado, en la dimensión de afecto los estilos que más media presentaron fueron el indulgente, *M* = 75,22, y autorizativo, *M* = 74,08. Mientras que el estilo negligente, *M* = 59,15, y autoritario, *M* = 57,36, se quedaron en último lugar.

Tendencia a la agresión

Para la creación de los grupos de tendencia a la agresión se utilizaron como referencia las medias de la escala de hostilidad/agresión del PAQ o *Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978).

La distribución de los participantes en cada uno de los grupos se realizó mediante un procedimiento de dicotomización por la media dando lugar a varios grupos principales.

En primer lugar, el grupo de baja tendencia a la agresión, formado por sujetos cuyas puntuaciones en la escala se encontraban por debajo de la media en la escala de hostilidad/agresión del PAQ o *Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978). Este conjunto de sujetos se caracterizaba por tener gran control de sus emociones cuando se encuentran enfadados o irritados, y por la escasa presencia de comportamientos disruptivos y pensamientos hostiles.

En segundo lugar, el grupo de alta tendencia a la agresión, que puntuaba por encima de la media en la escala de hostilidad/agresión del PAQ o *Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978). En otras palabras, se asociaron a sujetos con recurrentes pensamientos hostiles, escaso control de la ira y con tendencia a perpetuar comportamientos agresivos.

La clasificación de los sujetos en cada uno de los grupos se realizó teniendo en cuenta únicamente sus puntuaciones en la escala de hostilidad/agresión del PAQ o *Personality Assessment Questionnaire* (Rohner, 1978), independientemente del sexo, edad o estilo de socialización parental.

En la tabla 15 se presenta la distribución de los casos en cada uno de los grupos de tendencia a la agresión, así como los estadísticos descriptivos en la escala de Hostilidad/Agresión.

Tabla 15
Número de casos en los grupos tendencia a la agresión, medias y desviaciones típicas en la medida de Hostilidad/Agresión.

	Total	Baja	Alta
Frecuencia	1745	855	890
Porcentaje	100,0	49,0	51,0
Hostilidad/Agresión			
M	1,86	1,47	2,24
DT	0,49	0,22	0,38

La distribución de los casos se repartió homogéneamente. De los 1745 sujetos que componen la muestra, 855 de ellos pertenecían al grupo de baja tendencia a la agresión (49,0% de los participantes), y 890 correspondieron al grupo de alta tendencia a la agresión (51,0% de los participantes). Aunque los grupos no tienen exactamente el mismo número de casos, el grupo de alta tendencia a la agresión tiene solo 35 sujetos más que el grupo de baja tendencia a la agresión, por lo que a pesar de haber utilizado un proceso de selección aleatorio la distribución fue equitativa.

En cuanto a los estadísticos descriptivos, se utilizaron las puntuaciones totales de la escala de hostilidad/agresión, M =1,86y DT = 0,49, para establecer los límites de cada grupo. El grupo de baja tendencia a la agresión se situó por debajo de la media en hostilidad/agresión, M = 1,47 y DT = 0,22. Mientras que el grupo de alta tendencia a la agresión se situó por encima de la media en hostilidad/agresión, M = 2,24 y DT = 0,38.

Análisis Multivariado

El diseño principal de este trabajo consistió en un análisis factorial completo (4 × 2 × 2 × 2), con cuatro estilos de socialización parental (autoritario, autorizativo, indulgente y negligente), dos grupos de tendencia a la agresión (alta y baja), dos categorías de sexo (hombre y mujer) y dos grupos de edad (adolescentes de 14 a 17 años y adultos jóvenes de 18 a 35 años).

La tabla 16 presenta el MANOVA (4 × 2 × 2 × 2), en el que se encontraron diferencias estadísticamente significativas en todos los efectos principales: estilo parental, $\Lambda = 0{,}655$, $F(30, 5002{,}3) = 25{,}88$, $p < 0{,}001$; agresividad, $\Lambda = 0{,}776$, $F(10, 1704{,}0) = 49{,}21$, $p < 0{,}001$; sexo, $\Lambda = 0{,}830$, $F(10, 1704{,}0) = 34{,}99$, $p < 0{,}001$; edad, $\Lambda = 0{,}968$, $F(10, 1704{,}0) = 5{,}57$, $p < 0{,}001$. Así como en las interacciones de estilo parental por sexo, $\Lambda = 0{,}974$, $F(30, 5002{,}3) = 1{,}51$, $p < 0{,}05$, y sexo por edad, $\Lambda = 0{,}982$, $F(10, 1704{,}0) = 3{,}14$, $p < 0{,}001$.

Tabla 16
MANOVA Factorial ($4^a \times 2^b \times 2^c \times 2^d$) para los efectos principales

Fuentes de Variación	Λ	*F*	gl_{entre}	gl_{error}	*p*
(A) Estilo parental [a]	0,655	25,88	30	5002,3	<0,001
(B) Agresividad [b]	0,776	49,21	10	1704,0	<0,001
(C) Sexo [c]	0,830	34,99	10	1704,0	<0,001
(D) Edad [d]	0,968	5,57	10	1704,0	<0,001
A × B	0,975	1,46	30	5002,3	0,051
A × C	0,974	1,51	30	5002,3	0,036
A × D	0,983	0,96	30	5002,3	0,531
B × C	0,994	1,03	10	1704,0	0,414
B × D	0,993	1,17	10	1704,0	0,305
C × D	0,982	3,14	10	1704,0	0,001
A × B × C	0,985	0,86	30	5002,3	0,683
A × B × D	0,986	0,82	30	5002,3	0,751
A × C × D	0,985	0,85	30	5002,3	0,697
B × C × D	0,998	0,38	10	1704,0	0,954
A × B × C × D	0,982	1,04	30	5002,3	0,406

Nota. MANOVA = análisis de la varianza multivariado.
[a] a_1, autorizativo; a_2, indulgente; a_3, autoritario; a_4, negligente.
[b] b_1, baja; b_2, alta.
[c] c_1, mujeres; c_2, hombres., p
[d] d_1, adolescentes de 14 a 17 años; d_2, adultos jóvenes de 18 a 35 años.

Sin embargo, no se encontraron diferencias significativas en el resto del análisis factorial, sobre todo al estudiar los efectos de

interacción entre estilo parental y agresividad, $\Lambda = 0{,}975$, $F(30, 5002{,}3) = 1{,}46$, $p = 0{,}051$; estilo parental y edad, $\Lambda = 0{,}983$, $F(30, 5002{,}3) = 0{,}96$, $p = 0{,}531$; agresividad y sexo, $\Lambda = 0{,}994$, $F(10, 1704{,}0) = 1{,}03$, $p = 0{,}414$; agresividad y edad, $\Lambda = 0{,}993$, $F(10, 1704{,}0) = 1{,}17$, $p = 0{,}305$.

Tampoco se encontraron diferencias significativas en las triples interacciones entre estilo parental, agresividad y sexo, $\Lambda = 0{,}985$, $F(30, 5002{,}3) = 0{,}86$, $p = 0{,}683$; estilo parental, agresividad y edad, $\Lambda = 0{,}986$, $F(30, 5002{,}3) = 0{,}82$, $p = 0{,}751$; estilo parental, sexo y edad, $\Lambda = 0{,}985$, $F(30, 5002{,}3) = 0{,}85$, $p = 0{,}697$; agresividad, sexo y edad, $\Lambda = 0{,}998$, $F(10, 1704{,}0) = 0{,}38$, $p = 0{,}954$. Así como en la interacción completa entre estilos parentales, agresividad, sexo y edad $\Lambda = 0{,}982$, $F(30, 5002{,}3) = 0{,}38$, $p = 0{,}406$.

Análisis univariado de los efectos del estilo parental

Tras el análisis multivariado completo (4 × 2 × 2 × 2) para los estilos parentales, agresividad, sexo y edad, donde se obtuvieron diferencias significativas en cada uno de ellos, se realizaron análisis univariados para cada uno de estos efectos principales con los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional, familiar y físico, autoestima y autoeficacia negativa, irresponsividad e inestabilidad emocional, nerviosismo y visión negativa del mundo.

Posteriormente, en aquellos resultados del análisis univariado que mostraron diferencias significativas se llevaron cabo pruebas post-hoc de Bonferroni, que han permitido ordenar los grupos según su puntuación en los distintos criterios de ajuste personal y emocional.

En la tabla 17 se presentan los valores del análisis univariado para los estilos de socialización parental con los criterios de ajuste personal y emocional, así como sus resultados en la prueba de Bonferroni.

Los estilos de socialización parental negligente, indulgente, autoritario y autorizativo mostraron diferencias significativas, $p <$

0,05, en cada uno de los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional $F(3, 1713) = 4{,}23$, $p = 0{,}005$; autoconcepto familiar $F(3, 1713) = 205{,}63$, $p < 0{,}001$; autoconcepto físico $F(3, 1713) = 21{,}03$, $p < 0{,}001$; autoestima negativa $F(3, 1713) = 43{,}63$, $p < 0{,}001$; autoeficacia negativa $F(3, 1713) = 36{,}69$, $p < 0{,}001$; irresponsividad emocional $F(3, 1713) = 79{,}42$, $p < 0{,}001$; inestabilidad emocional $F(3, 1713) = 3{,}20$, $p = 0{,}022$; visión negativa del mundo $F(3, 1713) = 38{,}84$, $p < 0{,}001$; nerviosismo $F(3, 1713) = 17{,}19$, $p < 0{,}001$; inseguridad personal $F(3, 1713) = 11{,}53$, $p < 0{,}001$.

Tabla 17
Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre estilos de socialización parentales[#] en los criterios de ajuste personal y emocional

	Negligente	Indulgente	Autoritario	Autorizativo	*F*(3, 1713)	*p*
Emocional [AF5]	5,49(1,67)	5,71(1,82)^{a}	5,21(1,63)^{b}	5,31(1,81)^{b}	4,23	0,005
Familiar [AF5]	7,52(1,53)^{c}	8,89(0,82)^{a}	6,92(1,69)^{d}	8,60(0,97)^{b}	205,63	<0,001
Física [AF5]	5,80(1,76)^{b}	6,22(1,78)^{a}	5,60(1,77)^{b}	6,37(1,64)^{a}	21,03	<0,001
Autoestima negativa [PAQ]	1,84(0,56)^{a}	1,54(0,51)^{b}	1,93(0,54)^{a}	1,61(0,44)^{b}	43,63	<0,001
Autoeficacia negativa [PAQ]	1,87(0,50)^{a}	1,60(0,47)^{c}	1,94(0,52)^{a}	1,71(0,44)^{b}	36,69	<0,001
Irresponsividad emocional [PAQ]	2,50(0,55)^{a}	2,02(0,58)^{b}	2,44(0,58)^{a}	2,02(0,57)^{b}	79,42	<0,001
Inestabilidad emocional [PAQ]	2,61(0,57)^{b}	2,51(0,55)^{c}	2,72(0,55)^{a}	2,63(0,56)^{b}	3,20	0,022
Visión negativa del mundo [PAQ]	2,04(0,56)^{a}	1,74(0,52)^{b}	2,06(0,54)^{a}	1,73(0,50)^{b}	38,84	<0,001
Nerviosismo [CCPM]	2,55(0,62)^{a}	2,26(0,66)^{b}	2,63(0,62)^{a}	2,34(0,63)^{b}	17,19	<0,001
Inseguridad Personal [CCPM]	2,30(0,67)^{a}	2,08(0,69)^{b}	2,39(0,74)^{a}	2,25(0,63)^{a}	11,53	<0,001

[#] Prueba de Bonferroni, $\alpha = 0{,}05$, a > b > c > d.

En cuanto a los criterios de ajuste, las puntuaciones en autoconcepto mostraron una distribución irregular en cada uno de los estilos parentales, tal y como puede observarse en la Figura 5.

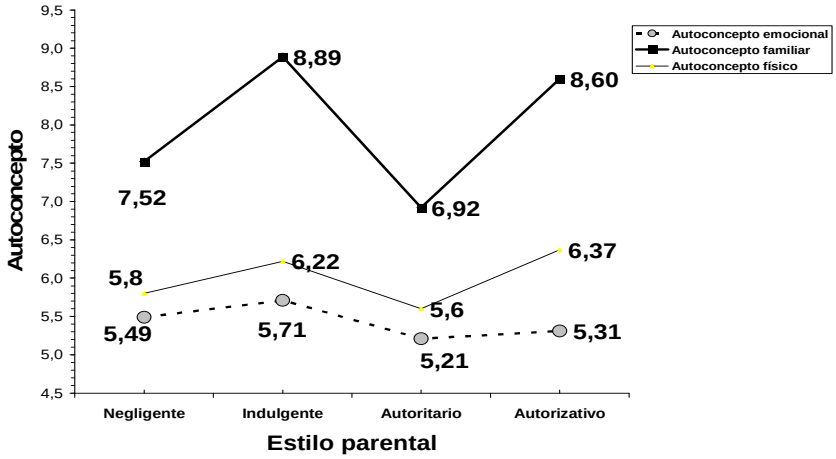


Figura 5. Medias en autoconcepto emocional, familiar y físico para cada uno de los estilos parentales.

En primer lugar, el grupo con mayor autoconcepto emocional fue el estilo indulgente. Además, según las pruebas de Bonferroni el estilo indulgente se diferenció significativamente del estilo autorizativo y autoritario, mientras que el estilo autorizativo compartió la misma posición que el autoritario. En otras palabras, el grupo que mayor ajuste mostró en autoconcepto emocional fue el del estilo indulgente, mientras que el estilo autorizativo no pudo diferenciarse del estilo autoritario.

En segundo lugar, el grupo con mayor puntuación en autoconcepto familiar fue el del estilo indulgente, que según las pruebas de Bonferroni se diferenció del estilo autorizativo que quedó en segunda posición. El estilo negligente quedó en tercera posición, mientras que el estilo autoritario mostró la puntuación más baja. En conclusión, el estilo indulgente se asoció a las mejores puntuaciones en autoconcepto familiar, mejorando incluso las puntuaciones del estilo autorizativo, del cual se diferenció significativamente. Mientras que el estilo con peor autoconcepto familiar fue el autoritario.

En tercer lugar, las medias en autoconcepto físico más altas se asociaron a los estilos autorizativo e indulgente, entre los que no se encontraron diferencias significativas según las pruebas de Bonferroni. Mientras que las medias más bajas se asociaron a los estilos negligente y autoritario que tampoco encontraron diferencias significativas entre ellos. Es decir, en este caso el mejor ajuste en autoconcepto físico lo presentaron los estilos autorizativo e indulgente, que quedaron en la misma posición, y el peor ajuste lo mostraron el estilo negligente y autoritario.

En cuanto a los criterios de ajuste centrados en la percepción del sujeto de su propia valía y capacidad, por un lado, los niveles más altos en autoestima negativa se asociaron a los estilos negligente y autoritario, entre los que no se encontraron diferencias significativas según las pruebas de Bonferroni. Mientras que los estilos con menor autoestima negativa fueron el indulgente y el autorizativo, sin encontrarse diferencias significativas entre ellos tampoco, o lo que es lo mismo, tanto los hijos de familias indulgentes como autorizativas mostraron un correcto ajuste en autoestima, a diferencia de los hijos de familias negligentes y autoritarias que presentaron la autoestima más afectada.

Por otro lado, las puntuaciones en autoeficacia negativa fueron más altas en los estilos negligente y autoritario, sin poder diferenciarse significativamente entre ellos. Mientras que el estilo autorizativo quedó en una posición intermedia diferenciándose significativamente según las pruebas de Bonferroni con el estilo indulgente que se asoció a las puntuaciones más bajas. En otras palabras, el estilo indulgente presentó el mejor ajuste en este criterio, incluso mejor que el estilo autorizativo. Simultáneamente, los estilos autoritario y negligente presentaron el peor ajuste.

A modo de resumen, los resultados en los criterios de ajuste que atienden a la autoestima y la autoeficacia negativa se organizaron en varios bloques muy estructurados, tal y como se observa en la Figura 5. Por un lado, se encontraban el estilo autorizativo e indulgente con el ajuste más adecuado, y por otro lado, el estilo autoritario y negligente

con el peor ajuste. Sin embargo, el estilo indulgente llega a mejorar el ajuste del estilo autorizativo en autoeficacia negativa.

Conviene señalar que la interpretación de la Figura 6 es de carácter negativo, es decir, que a mayor autoestima y autoeficacia negativa mayor es el desajuste que manifiesta el sujeto en esas dimensiones.

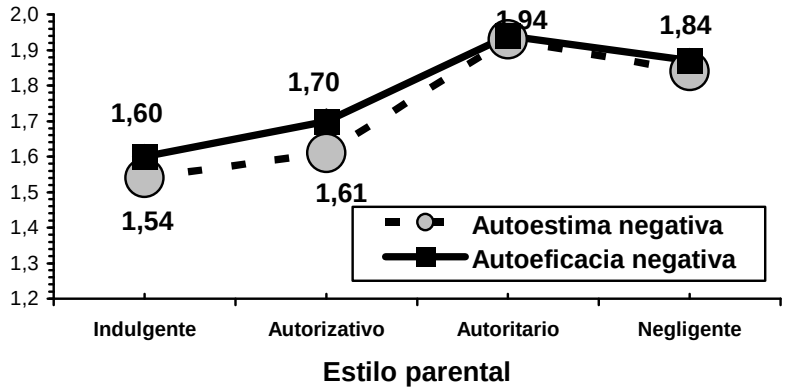


Figura 6. Medias en autoestima y autoeficacia negativa para cada uno de los estilos parentales.

En cuanto a los criterios de ajuste emocional, las puntuaciones más altas en irresponsividad emocional se asociaron a los estilos negligente y autoritario, que según las pruebas de Bonferroni no mostraron diferencias significativas entre ellos. Mientras que las puntuaciones más bajas las presentaron el estilo autorizativo e indulgente, que compartieron la misma media sin encontrarse diferencias entre ellos según las pruebas post-hoc. Dicho de otra forma, los estilos con más control en irresponsividad emocional fueron el autorizativo e indulgente, sin hallarse diferencia alguna entre ellos. Mientras que los hijos de familias negligentes y autorizativas mostraron más desajuste.

En cuanto a la inestabilidad emocional, el estilo autoritario mostró las puntuaciones más altas. La posición intermedia la ocuparon el estilo autorizativo y negligente, sin hallarse diferencias significativas

entre ellos según las pruebas de Bonferroni. Mientras que el estilo indulgente se asoció a las medias más bajas. En otras palabras, los hijos de familias indulgentes mostraron más estabilidad emocional que el resto de familias, incluso las del estilo autorizativo, que prácticamente no se diferenciaron de las familias negligentes en este criterio de ajuste. Por último, el estilo autoritario se asoció con el peor ajuste en estabilidad emocional.

Asimismo, las puntuaciones más altas en nerviosismo las presentaron el estilo autoritario y negligente, entre los que no se encontraron diferencias significativas en las pruebas de Bonferroni. Mientras que los estilos indulgente y autorizativo presentaron las medias más bajas, sin encontrarse diferencias significativas entre ellos. En este caso, los grupos con mayor ajuste en nerviosismo fueron tanto el indulgente como el autorizativo, mientras que los hijos de familias autoritarias y negligentes mostraron peor ajuste emocional.

Tal y como se observa en la Figura 7, se encuentra un patrón diferenciado en cuanto a ajuste emocional, en el que los estilos negligente y autoritario se encuentran sistemáticamente asociados a los peores niveles de ajuste. Mientras que el estilo indulgente y autorizativo presentan mayor estabilidad y control emocional. Sin embargo, los hijos de familias indulgentes llegaron a mejorar el ajuste en estabilidad emocional respecto a las familias autorizativas, que apenas se diferenciaron de las familias negligentes en esta dimensión.

Conviene señalar que la interpretación de la Figura 7 es de carácter negativa, es decir, que, a mayor nerviosismo, irresponsividad e instabilidad emocional mayor es el desajuste que manifiestan los sujetos en esas dimensiones.

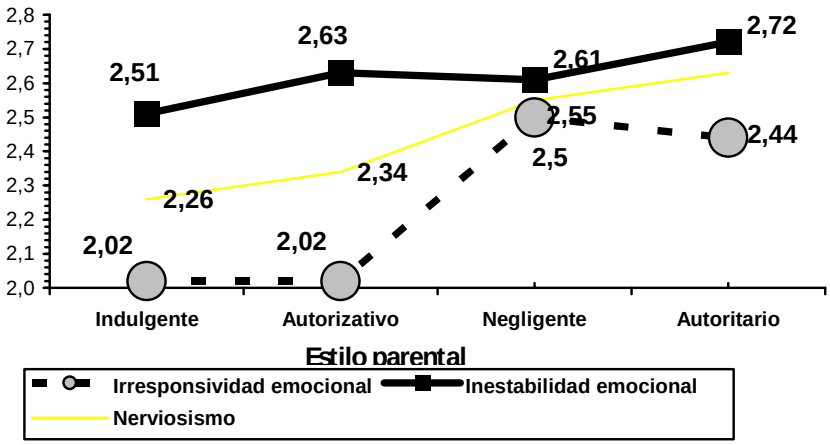


Figura 7. Medias en nerviosismo, inestabilidad e iresponsividad emocional para cada uno de los estilos parentales.

En lo que se refiere a la visión negativa del mundo, los estilos autoritario y negligente mostraron las medias más altas, sin encontrar diferencias significativas entre ellos según las pruebas de Bonferroni. Mientras que los estilos indulgente y autorizativo obtuvieron las puntuaciones más bajas, también sin diferencias significativas entre ellos en las pruebas post-hoc. Tal y como se observa en la Figura 7, los hijos de familias autorizativas e indulgentes mostraron mayor ajuste en este criterio, enfrentándose al bloque formado por los hijos de familias autoritarias y negligentes.

Cabe señalar que la interpretación de la Figura 8 es de carácter negativa, es decir, que a mayor visión negativa del mundo mayor es el desajuste que manifiestan los sujetos.

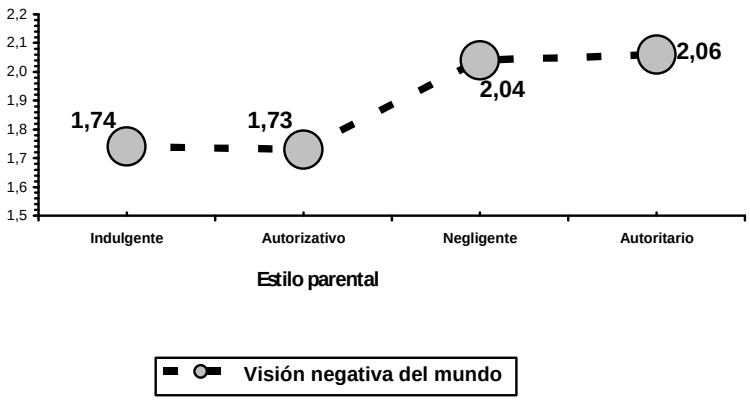


Figura 8. Medias en la dimensión de visión negativa del mundo para cada uno de los estilos parentales.

Por último, en el criterio de inseguridad personal las medias más altas se correspondieron con el estilo autoritario, negligente y autorizativo, entre los que no se encontraron diferencias significativas según las pruebas de Bonferroni. Mientras que el estilo con las puntuaciones más bajas fue el estilo indulgente. Es decir, los hijos de familias indulgentes fueron los que más seguridad personal presentaron. Mientras que los hijos de familias del resto de estilos mostraron un ajuste similar en este criterio, incluido el estilo autorizativo. Tal y como se puede observar en la Figura 9, cuya interpretación es negativa, de forma que, a mayor inseguridad personal, mayor es el desajuste presentado.

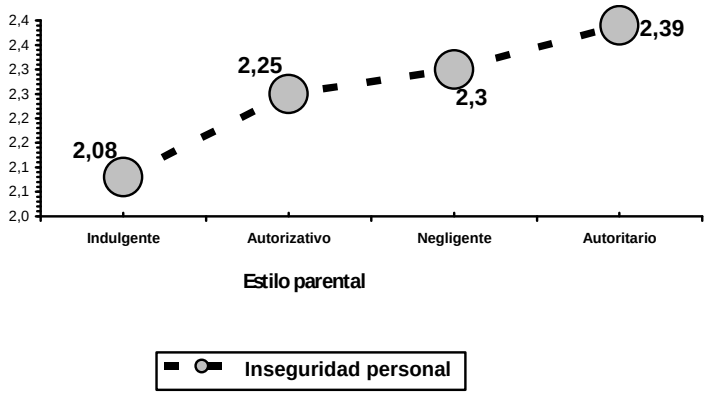


Figura 9. Medias en la dimensión de inseguridad personal para cada uno de los estilos parentales

A modo de resumen, es importante señalar que las puntuaciones de los estilos parentales de la Tabla 17 muestran un patrón común. Los estilos que presentan mayor ajuste personal y emocional son el indulgente y autorizativo, mientras que los estilos con mayor desajuste lo presentan sistemáticamente los hijos de familias negligentes y autoritarias. Sin embargo, el estilo indulgente se diferenció significativamente del estilo autorizativo en algunos de los criterios, mostrando incluso mejores resultados de socialización en autoconcepto emocional y familiar, autoeficacia, estabilidad emocional y seguridad personal.

Si bien es cierto que los estilos negligente y autoritario obtienen resultados que reflejan mayor desajuste emocional y personal que el resto de estilos, se diferencian significativamente en algunas dimensiones concretas, como las de autoconcepto, donde el estilo autoritario se asocia a peor ajuste independiente de la categoría.

Análisis univariado de los efectos de la tendencia a la agresividad

Una vez realizado el análisis multivariado completo (4 × 2 × 2 × 2) para los estilos parentales, agresividad, sexo y edad, donde se

obtuvieron diferencias significativas en cada uno de ellos, se realizaron análisis univariados específicos para cada uno de estos efectos principales con los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional, familiar y físico, autoestima y autoeficacia negativa, irresponsividad e inestabilidad emocional, nerviosismo y visión negativa del mundo.

En la Tabla 18 se presentan los resultados del análisis univariado para los grupos de tendencia a la agresividad en los criterios de ajuste personal y emocional.

Tabla 18
Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre la tendencia a la agresividad en los criterios de ajuste personal y emocional

	Baja	Alta	*F*(1, 1713)	*p*
Emocional [AF5]	5,81 (1,75)	5,08 (1,66)	68,08	<0,001
Familiar [AF5]	8,37 (1,36)	7,60 (1,62)	53,21	<0,001
Física [AF5]	6,11 (1,76)	5,88 (1,77)	2,44	0,119
Autoestima negativa [PAQ]	1,57 (0,49)	1,88 (0,54)	104,60	<0,001
Autoeficacia negativa [PAQ]	1,67 (0,45)	1,88 (0,54)	51,03	<0,001
Irresponsividad emocional [PAQ]	2,10 (0,61)	2,36 (0,59)	36,79	<0,001
Inestabilidad emocional [PAQ]	2,36 (0,50)	2,86 (0,50)	385,91	<0,001
Visión negativa del mundo [PAQ]	1,72 (0,52)	2,05 (0,54)	103,62	<0,001
Nerviosismo [CCPM]	2,16 (0,58)	2,71 (0,60)	299,90	<0,001
Inseguridad Personal [CCPM]	2,13 (0,64)	2,37 (0,73)	38,11	<0,001

Los grupos de tendencia a la agresividad mostraron diferencias significativas, $p < 0{,}001$, en prácticamente todos los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional $F(1, 1713) = 68{,}08$, $p < 0{,}001$; autoconcepto familiar $F(1, 1713) = 53{,}21$, $p < 0{,}001$; autoestima negativa $F(1, 1713) = 104{,}60$, $p < 0{,}001$; autoeficacia negativa $F(1, 1713) = 51{,}03$, $p < 0{,}001$; irresponsividad emocional $F(1, 1713) = 36{,}79$, $p < 0{,}001$; inestabilidad emocional $F(1, 1713) = 385{,}91$, $p < 0{,}001$; visión negativa del mundo $F(1, 1713) = 103{,}62$, $p < 0{,}001$; nerviosismo $F(1, 1713) = 299{,}90$, $p < 0{,}001$; inseguridad personal $F(1, 1713) = 38{,}11$, $p < 0{,}001$. El único criterio en el que no se obtuvieron diferencias significativas fue en autoconcepto físico $F(1, 1713) = 2{,}44$, $p = 0{,}119$.

Las diferencias en el autoconcepto se centraron en el emocional y familiar, excluyendo al físico donde no se dieron diferencias significativas, $p = 0{,}119$. Las puntuaciones más altas en autoconcepto

emocional y familiar se asociaron al grupo de tendencia a la agresión baja, tal y como se observa en la Figura 10.

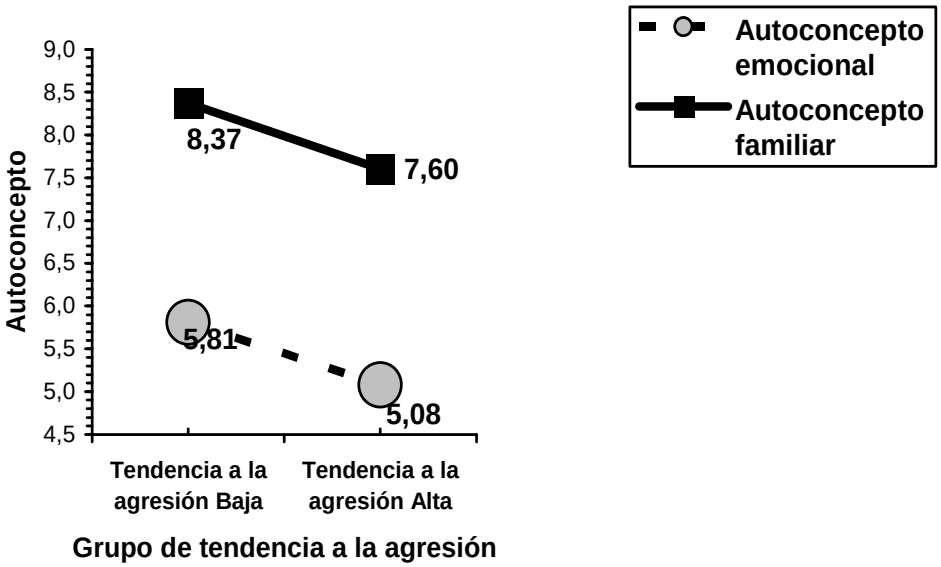


Figura 10. Medias en autoconcepto emocional y familiar para cada grupo de tendencia a la agresión.

Los valores más altos tanto en autoestima negativa como en autoeficacia negativa se asociaron al grupo de tendencia a la agresión alta, diferenciándose significativamente, p <0,001. Además, en el grupo de tendencia a la agresión alta las puntuaciones para ambas dimensiones fueron exactamente las mismas. En otras palabras, el grupo con tendencia a la agresión baja mostró más ajuste en estas dimensiones que el grupo de tendencia a la agresión alta, tal y como se observa en la Figura 11, cuya interpretación es negativa, de forma que a mayor autoestima y autoeficacia negativa mayor es el nivel de desajuste que han manifestado los sujetos.

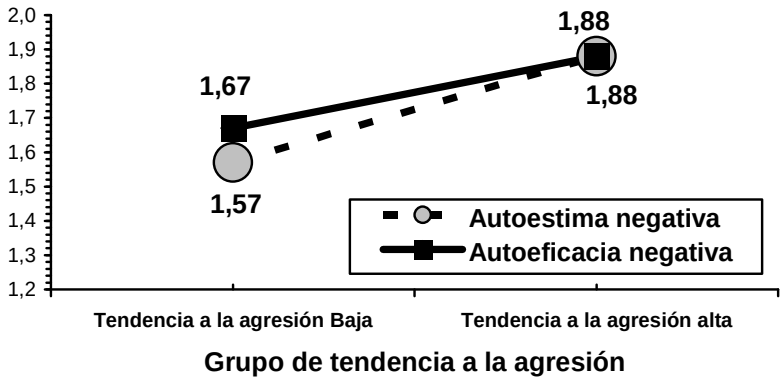


Figura 11. Medias en autoestima y autoeficacia negativa para cada grupo de tendencia a la agresión.

En cuanto a los criterios de ajuste emocional, el grupo que más nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional presentó fue el de tendencia a la agresión alta, tal y como se observa en la Figura 12, cuya interpretación es negativa, es decir, a mayor irresponsividad e inestabilidad emocional mayor es el nivel de desajuste que presentaron los sujetos, por lo que puede interpretarse de forma que el grupo de tendencia a la agresión baja mostró sistemáticamente mayor ajuste emocional.

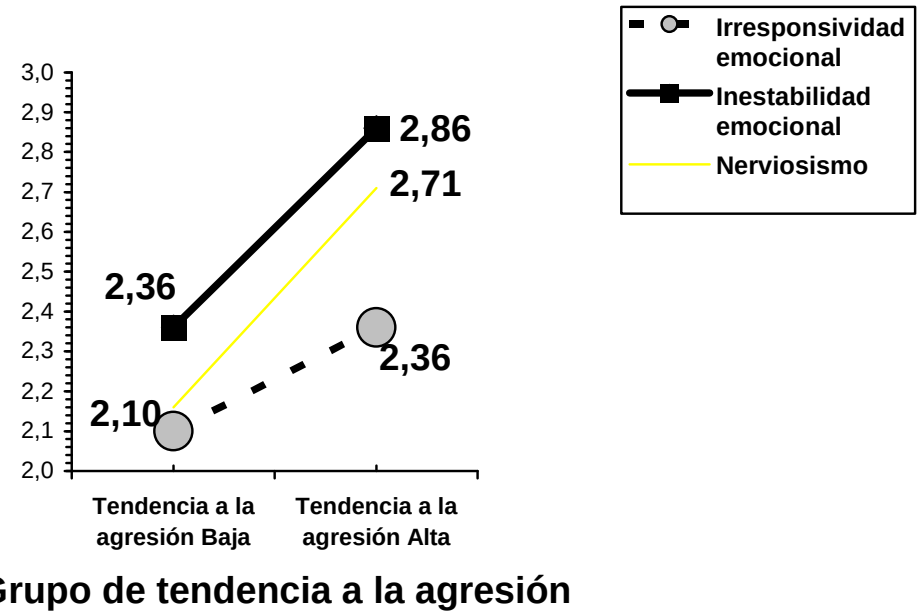


Figura 12. Medias en nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional para cada grupo de tendencia a la agresión.

En cuanto a la visión negativa del mundo, las medias más altas las presentó el grupo de tendencia a la agresión alta, que se diferenció significativamente, p <0,001, del grupo de tendencia a la agresión baja, tal y como se puede observar en la Figura 13, cuya interpretación es negativa, de manera que el grupo de tendencia a la agresión baja mostró mucho más ajuste en esta dimensión que el grupo de tendencia a la agresión alta.

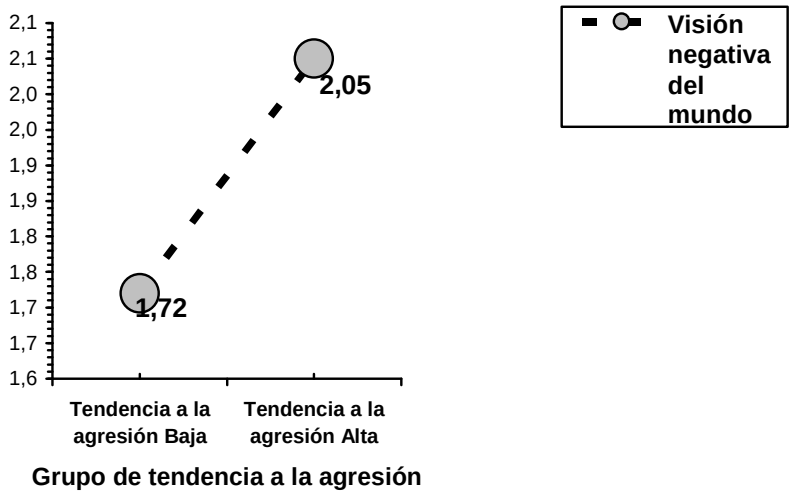


Figura 13. Medias en visión negativa del mundo para cada grupo de tendencia a la agresión.

Por último, la inseguridad personal más alta la presentaron aquellos sujetos que pertenecían al grupo de tendencia a la agresión alta, tal y como se observa en la Figura 14, cuya gráfica tiene una interpretación negativa en la que el grupo de tendencia a la agresión baja presenta más ajuste personal que el grupo de tendencia a la agresión alta.

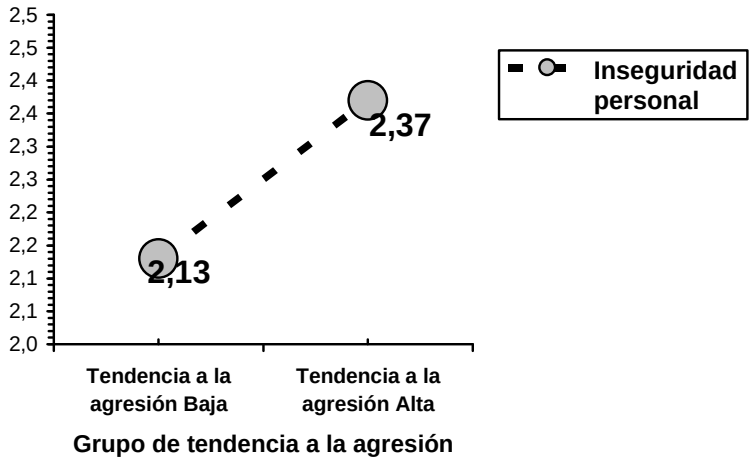


Figura 14. Medias en inseguridad personal para cada grupo de tendencia a la agresión.

Resumiendo, el grupo de tendencia a la agresión baja mostró mayores puntuaciones en autoconcepto, independientemente del tipo, aunque en el autoconcepto físico estas diferencias no fueron significativas. Es decir, el grupo de tendencia a la agresión baja mostró mayor ajuste en autoconcepto que el grupo de tendencia a la agresión alta.

Asimismo, el grupo de tendencia a la agresión alta se asoció con mayores puntuaciones en autoestima y autoeficacia negativas, nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional, visión negativa del mundo e inseguridad personal, diferenciándose significativamente del grupo de tendencia a la agresión baja, p <0,001. Es decir, el grupo de tendencia a la agresión alta mostró sistemáticamente peor ajuste personal y emocional que el grupo de tendencia a la agresión baja, independientemente del criterio.

Análisis univariado de los efectos del sexo y edad de los hijos

Después de realizar el diseño principal multivariado (4 × 2 × 2 × 2) para los estilos parentales, agresividad, sexo y edad, donde se obtuvieron diferencias significativas en cada uno de ellos, se realizaron análisis univariados para sexo y edad con los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional, familiar y físico, autoestima y autoeficacia negativa, irresponsividad e inestabilidad emocional, nerviosismo y visión negativa del mundo.

En la tabla 19 se presentan los resultados del análisis univariado según el sexo de los participantes en los criterios de ajuste personal y emocional.

Tabla 19
Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre mujeres y hombres en los criterios de ajuste personal y emocional

	Mujeres	Hombres	*F*(1, 1713)	*p*
Emocional [AF5]	5,09 (1,70)	5,96 (1,67)	103,34	<0,001
Familiar [AF5]	8,14 (1,49)	7,73 (1,59)	36,22	<0,001
Física [AF5]	5,65 (1,73)	6,51 (1,70)	115,36	<0,001
Autoestima negativa [PAQ]	1,75 (0,54)	1,70 (0,54)	5,04	0,025
Autoeficacia negativa [PAQ]	1,80 (0,50)	1,74 (0,51)	7,00	0,008
Irresponsividad emocional [PAQ]	2,19 (0,63)	2,30 (0,59)	7,93	0,005
Inestabilidad emocional [PAQ]	2,69 (0,56)	2,50 (0,55)	50,86	<0,001
Visión negativa del mundo [PAQ]	1,86 (0,54)	1,94 (0,57)	5,63	0,018
Nerviosismo [CCPM]	2,49 (0,66)	2,36 (0,63)	22,40	<0,001
Inseguridad Personal [CCPM]	2,30 (0,71)	2,18 (0,67)	10,95	0,001

Se encontraron diferencias significativas, $p < 0,05$, según el sexo en todos los criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional $F(1, 1713) = 103,34$, $p < 0,001$; autoconcepto familiar $F(1, 1713) = 36,22$, $p < 0,001$; autoconcepto físico $F(1, 1713) = 115,36$, $p < 0,001$; autoestima negativa $F(1, 1713) = 5,04$, $p = 0,025$; autoeficacia negativa $F(1, 1713) = 7,00$, $p = 0,008$; irresponsividad emocional $F(1, 1713) = 7,93$, $p = 0,005$; inestabilidad emocional $F(1, 1713) = 50,86$, $p < 0,001$; visión negativa del mundo $F(1, 1713) = 5,63$, $p = 0,018$; nerviosismo $F(1, 1713) = 22,40$, $p < 0,001$; inseguridad personal $F(1, 1713) = 10,95$, $p = 0,001$.

En primer lugar, se encontraron diferencias significativas según el sexo en todos los tipos de autoconcepto, $p < 0,001$. Por un lado, los hombres mostraron puntuaciones más altas en autoconcepto emocional y físico, y por otro lado, las mujeres destacaron en el autoconcepto familiar, tal y como se observa en la Figura 15.

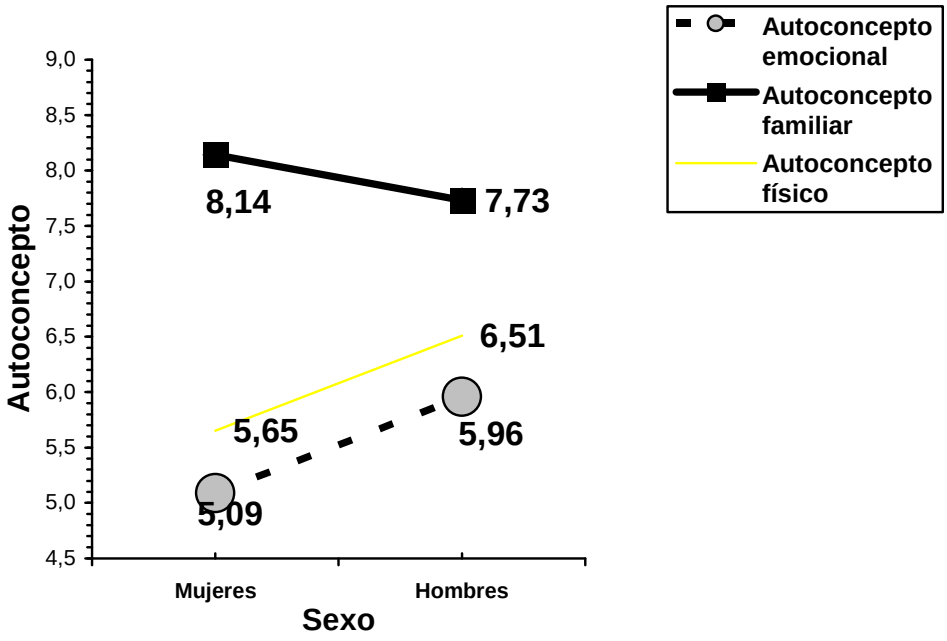


Figura 15. Medias en autoconcepto emocional, familiar y físico según el sexo.

En cuanto a los criterios relacionados con autoestima y autoeficacia negativa las puntuaciones se mantuvieron cercanas, sin embargo, se encontraron diferencias significativas para ambas dimensiones según el sexo. $p < 0{,}02$. Así, tal y como se observa en la Figura 16, las mujeres obtuvieron medias más altas que los hombres en todas las comparaciones. Es decir, los hombres presentaron más ajuste en autoeficacia y en autoestima que las mujeres.

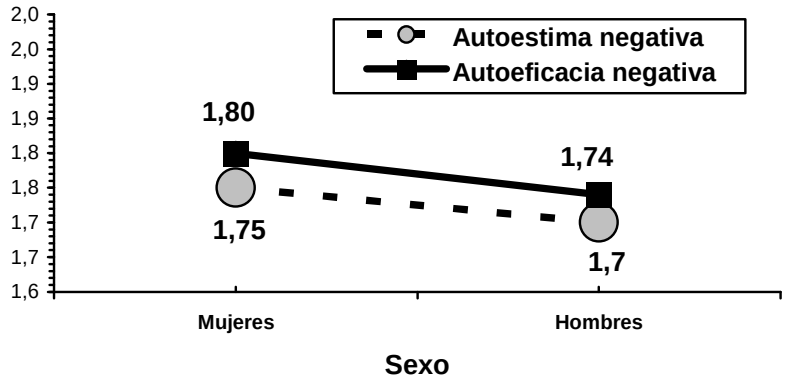


Figura 16. Medias en autoestima y autoeficacia negativa según el sexo.

Por otro lado, en los criterios de ajuste emocional se hallaron diferencias significativas según el sexo en todas las dimensiones, p <0,005. Concretamente, los hombres obtuvieron puntuaciones más elevadas en irresponsividad emocional, mientras que las mujeres presentaron las medias más altas tanto en inestabilidad emocional como en nerviosismo. Tal y como se presenta en la Figura 17, que tiene una orientación negativa, de forma que las puntuaciones más elevadas se asocian a mayor desajuste emocional.

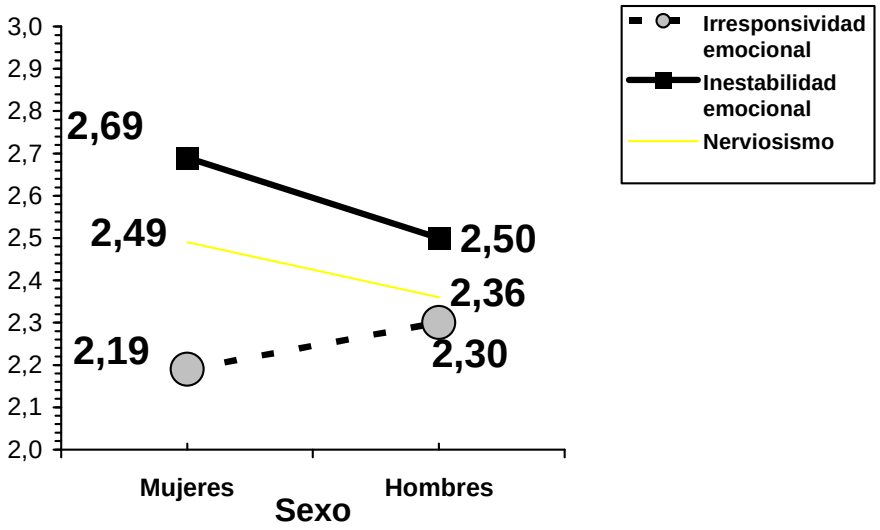


Figura 17. Medias en nerviosismo, irresponsividad e inestabilidad emocional según sexo.

En cuanto al resto de criterios de ajuste personal, es importante añadir que se encontraron diferencias significativas según sexo en la visión negativa del mundo, p = 0,018, y en inseguridad personal, p = 0,001. Ahondando en estos resultados se puede observar en la Figura 18, que los hombres mostraron una visión más negativa del mundo que las mujeres, es decir, peor ajuste en esta dimensión. Mientras que las mujeres, tal y como se observa en la Figura 19, presentan las medias más altas en inseguridad personal, por lo que mostraron más desajuste que los hombres en esta dimensión.

Figura 18. Medias en visión negativa del mundo según sexo

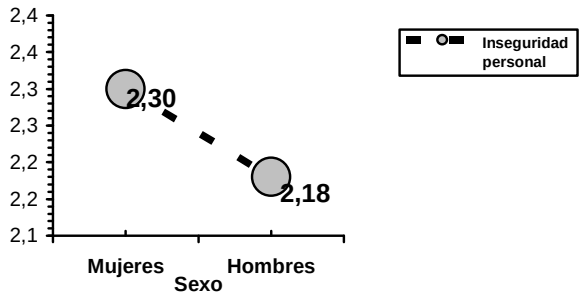


Figura 19. Medias en inseguridad personal según sexo.

Finalmente, es importante señalar que no se encontró un patrón claro entre los criterios de ajuste y el sexo, ya que ambos tuvieron puntuaciones de desajuste tanto en criterios personales como emocionales. Por un lado, los hombres destacaron en criterios relacionados con el autoconcepto, ya sus puntuaciones fueron mayores en autoconcepto emocional y físico, mientras que las mujeres solo resaltaron en el autoconcepto familiar.

Por otro lado, el patrón en los criterios relacionados con la autoestima, autoeficacia e inseguridad, las mujeres presentaron mayor desajuste que los hombres sistemáticamente.

Finalmente, en cuanto al ajuste emocional según el sexo ambos grupos se mostraron desajustados, ya que los hombres se asociaban a mayor irresponsividad emocional, así como a una visión más negativa del mundo. Mientras que las mujeres referían mayores niveles de inestabilidad emocional y nerviosismo.

En la tabla 20 se presentan los resultados del análisis univariado para cada grupo de edad en los criterios de ajuste personal y emocional.

Tabla 20
Medias, desviaciones típicas y valores *F* entre los dos grupos de edad en los criterios de ajuste personal y emocional

	Adolescentes (14-17 años)	Adultos jóvenes (18-35 años)	*F*(1, 1713)	*p*
Emocional [AF5]	5,33 (1,72)	5,52 (1,76)	4,99	0,026
Familiar [AF5]	7,87 (1,62)	8,07 (1,47)	8,07	0,005
Física [AF5]	6,02 (1,83)	5,97 (1,71)	0,88	0,349
Autoestima negativa [PAQ]	1,78 (0,55)	1,68 (0,54)	9,26	0,002
Autoeficacia negativa [PAQ]	1,84 (0,51)	1,73 (0,50)	18,73	<0,001
Irresponsividad emocional [PAQ]	2,26 (0,60)	2,22 (0,62)	2,19	0,139
Inestabilidad emocional [PAQ]	2,67 (0,53)	2,57 (0,58)	15,44	<0,001
Visión negativa del mundo [PAQ]	1,91 (0,55)	1,87 (0,56)	0,57	0,451
Nerviosismo [CCPM]	2,45 (0,65)	2,43 (0,65)	0,08	0,772
Inseguridad Personal [CCPM]	2,30 (0,72)	2,21 (0,68)	4,26	0,039

Los grupos de edad mostraron diferencias significativas, $p < 0,05$, en multitud de criterios de ajuste personal y emocional: autoconcepto emocional $F(1, 1713) = 4,99$, $p = 0,026$; autoconcepto familiar $F(1, 1713) = 8,07$, $p = 0,005$; autoestima negativa $F(1, 1713) = 9,26$, $p = 0,002$; autoeficacia negativa $F(1, 1713) = 18,73$, $p < 0,001$; inestabilidad emocional $F(1, 1713) = 15,44$, $p < 0,001$; inseguridad personal $F(1, 1713) = 4,26$, $p = 0,039$.

Por otro lado, no se encontraron diferencias significativas según el grupo de edad en autoconcepto físico $F(1, 1713) = 0,88$, $p = 0,349$; irresponsividad emocional $F(1, 1713) = 2,19$, $p = 0,139$; visión

negativa del mundo $F(1, 1713) = 0{,}57$, $p = 0{,}451$; nerviosismo $F(1, 1713) = 0{,}08$, $p = 0{,}772$.

En primer lugar, los grupos de edad mostraron diferencias significativas en el autoconcepto emocional, $p = 0{,}026$, y familiar, $p = 0{,}005$, pero no en el físico $p = 0{,}349$. Como se puede observar en la Figura 20, el grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años, destacó tanto en autoconcepto emocional como familiar.

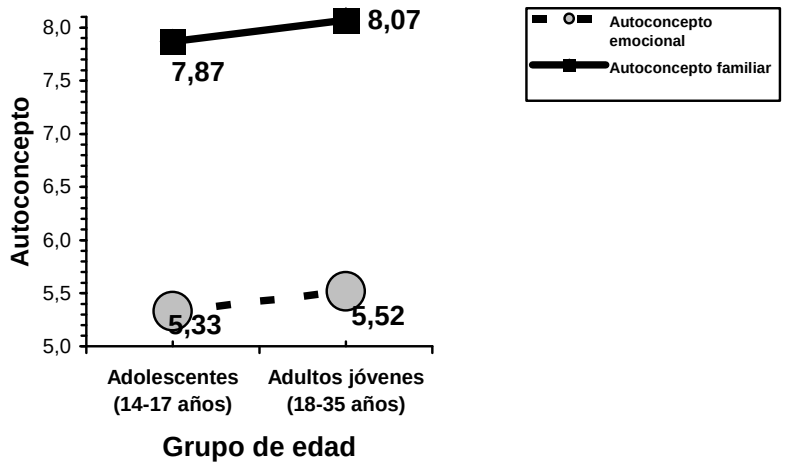


Figura 20. Medias en autoconcepto emocional y familiar para cada grupo de edad.

En cuanto a los criterios de ajuste relacionados con la percepción de la propia capacidad, valor, y seguridad, el grupo de adolescentes, de 14 a 17 años, obtuvo medias más altas que el grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años, tanto en autoestima y autoeficacia negativa como en inseguridad personal. Así, en la Figura 21, se presenta una gráfica de interpretación negativa, en la que las puntuaciones más altas se asocian a un mayor desajuste. En este caso se puede observar que el grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años, presentó más ajuste que el grupo de adolescentes, de 14 a 17 años, en cualquiera de estas dimensiones.

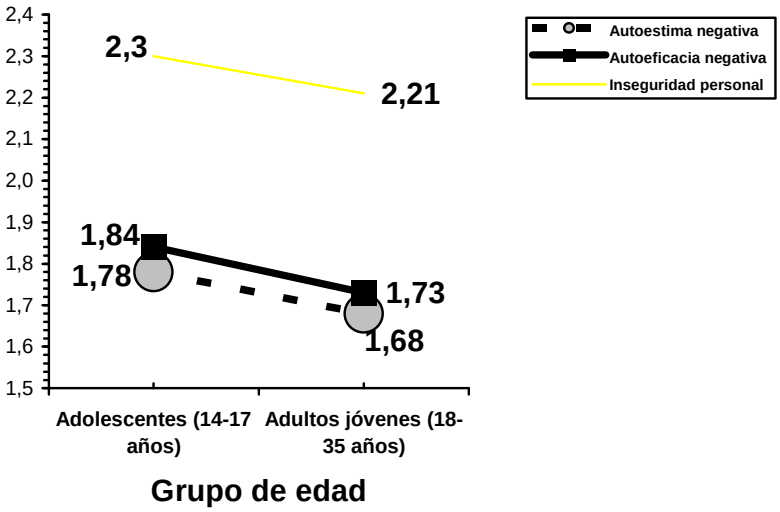


Figura 21. Medias en inseguridad personal, autoestima y autoeficacia negativas para cada grupo de edad.

Finalmente, en lo que se refiere a los criterios de ajuste emocional, los adolescentes, de 14 a 17 años, mostraron mayores puntuaciones en todas las dimensiones respecto al grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años. Sin embargo, estas diferencias solo fueron significativas en la dimensión de inestabilidad emocional, p <0,001, donde el grupo de adolescentes, de 14 a 17 años, mostró mayor desajuste que el grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años, tal y como se observa en la Figura 22, cuya interpretación es negativa, es decir, a mayor inestabilidad emocional mayor desajuste emocional.

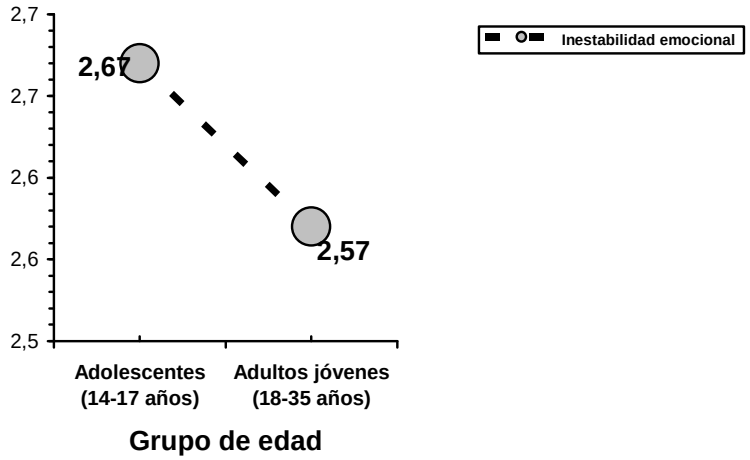


Figura 22. Medias en inestabilidad emocional para cada grupo de edad.

En conclusión, los resultados del análisis univariado se correspondieron con un patrón diferente para cada uno de los grupos de edad. Concretamente el grupo de adultos jóvenes, de 18 a 35 años, mostró mayor ajuste personal y emocional que el grupo de adolescentes, de 14 a 17 años, independientemente del criterio. Por un lado, los adultos jóvenes, de 18 a 35 años, se asociaban a puntuaciones más elevadas en autoconcepto, tanto en el emocional como en el familiar. Por otro lado, los adolescentes, presentaban más desajuste en autoestima, autoeficacia, inseguridad personal e inestabilidad emocional.

Efectos de interacción

En el MANOVA (4 × 2 × 2 × 2) central de este trabajo se encontraron diferencias significativas en las interacciones de estilo parental por sexo, $\Lambda = 0{,}974$, $F(30, 5002{,}3) = 1{,}51$, $p < 0{,}05$, y sexo por edad, $\Lambda = 0{,}982$, $F(10, 1704{,}0) = 3{,}14$, $p < 0{,}001$.

Posteriormente, en análisis univariados, estas diferencias mostraron una dirección que fue posible interpretar mediante gráficas como las que se presentan a continuación:

En primer lugar, en la Figura 23, presenta la triple interacción entre estilo parental, sexo e irresponsividad emocional. En general, la puntuación en irresponsividad emocional de las mujeres fue inferior a la de los hombres independientemente del estilo parental, aunque en el estilo autoritario la media de los hombres fue mucho más elevada que la de las mujeres, observándose un pico en la gráfica. Por otro lado, el estilo que más irresponsividad emocional mostró fue el autoritario, seguido del estilo negligente, mientras que los estilos indulgente y autorizativo igualaron sus resultados encontrándose por debajo de la media, independientemente del sexo.

En resumen, tal y como se muestra en la Figura 24, se observaron dos bloques diferenciados, por un lado, el estilo negligente y autoritario, en los que la irresponsividad emocional fue muy elevada, es decir, se encontraron aquellos sujetos con grandes dificultades para gestionar y expresar sus emociones, y por otro lado, el bloque formado por el estilo indulgente y autorizativo, donde los sujetos refirieron mayor control sobre la expresión y gestión de sus emociones.

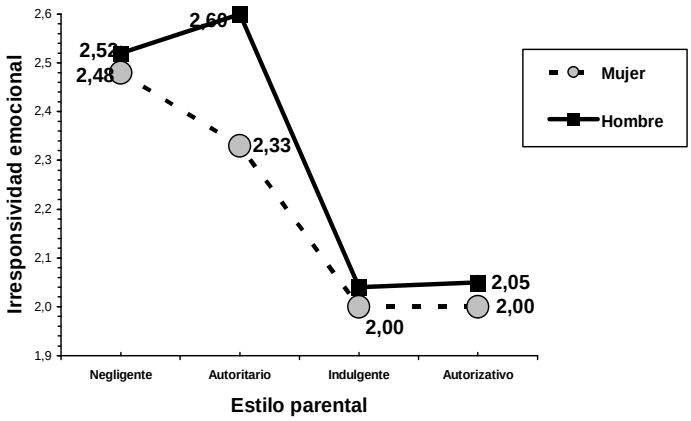


Figura 23. Interacción del estilo parental por el sexo en la irresponsividad emocional

En segundo lugar, gran parte de los análisis de efetos de interacción que incluyeron sexo y edad mostraron diferencias significativas. A continuación, se presentan cuatro gráficas centradas en las interacciones entre sexo, edad y algunos criterios de ajuste.

En la Figura 24 (a) se presenta la triple interacción entre autoeficacia negativa, edad y sexo. En general, las mujeres obtuvieron mayor puntuación que los hombres, independientemente de la edad, aunque en la franja de edad de entre 14 y 17 años estas diferencias fueron más agudas. Por otro lado, la autoeficacia negativa fue superior en el grupo de adolescentes, de 14 a 17 años, que en el grupo de jóvenes adultos de 18 a 35 años.

Al comparar los resultados se pudo observar que el grupo con mayor autoeficacia negativa, es decir, el grupo que se percibió a sí mismo con menos capacidades para llevar a cabo diferentes tareas con éxito fue el de mujeres, de entre 14 y 17 años, mientras que el grupo que más capacidad y valor refirió sobre sí mismo fue el de hombres de entre 18 y 35 años.

Por otro lado, en la Figura 24 (b) se presenta la triple interacción entre irresponsividad emocional, edad y sexo, donde se observó a simple vista que las mujeres obtuvieron menor puntuación que los hombres, independientemente de la edad.

En cuanto a la distribución de los valores, el grupo que más responsividad emocional presentó fue el de hombres de entre 18 a 35 años, seguido de los hombres y mujeres de entre 14 y 17 años, quedando las mujeres de entre 18 y 35 años en última posición. En otras palabras, el grupo que más dificultad mostraba en la gestión y expresión de sus emociones fueron los hombres, tanto los adultos como los adolescentes. Por otro lado, las mujeres adolescentes mostraban cierta dificultad, mientras que las mujeres adultas referían mayor control sobre la expresión y gestión emocional, hasta convertirse en el grupo con mayor ajuste emocional.

En lo que refiere a la inestabilidad emocional, en la Figura 20 (c) se presenta su interacción con sexo y edad. En general, las mujeres

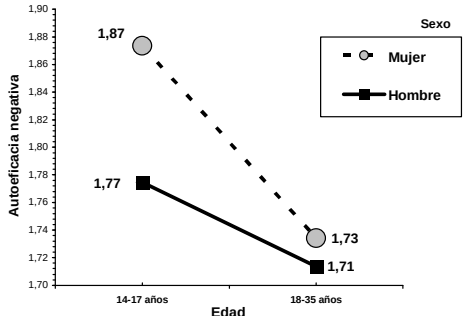
presentaron puntuaciones más altas que los hombres, independientemente del grupo de edad. Concretamente el grupo de mujeres de entre 14 y 17 años de edad fue el que se percibió como más lábil e inestable, seguido del grupo de mujeres de entre 18 y 35 años. Mientras que los hombres de 14 a 17 años mostraron mayor control emocional que las mujeres, seguido del grupo de hombres de entre 18 y 35 años, que fue el que se asoció con las mejores puntuaciones en ajuste emocional.

Por otro lado, en la gráfica se observó que los grupos con mayor edad mostraban mayor estabilidad emocional percibida. Sin embargo, el factor del sexo seguía ejerciendo una gran influencia, ya que el grupo de hombres adolescentes mostró mejor ajuste emocional que las mujeres adultas.

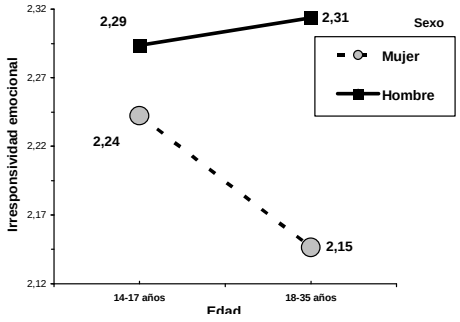
Finalmente, en la Figura 24 (d) se presenta la interacción entre sexo, edad y visión negativa del mundo. La distribución de esta gráfica presentó un patrón cruzado, de manera que no hubo una clara dominancia de un sexo sobre el otro. Además, la edad no aumentaba proporcionalmente esta dimensión.

En la Figura 24 (d) el grupo que tiene la visión más negativa del mundo se asoció a los hombres adultos de entre 18 y 35 años, seguido del grupo de mujeres adolescentes de entre 14 y 17 años. Mientras que el grupo de hombres adolescentes quedó en tercera posición, y el grupo de mujeres de entre 18 y 35 años presentó la visión más positiva.

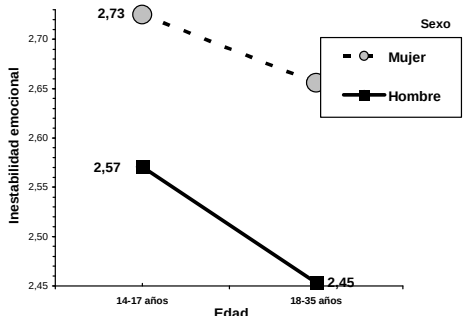
Resumiendo, el grupo que mostró más ajuste en cuanto a la visión negativa del mundo se correspondía con el grupo de mujeres de entre 18 a 35 años, mientras que el grupo que mayor desajuste fue el de hombres de la misma edad. Sin embargo, los sujetos comprendidos entre los 14 y 17 años mostraron un ajuste similar, situándose en una posición intermedia.



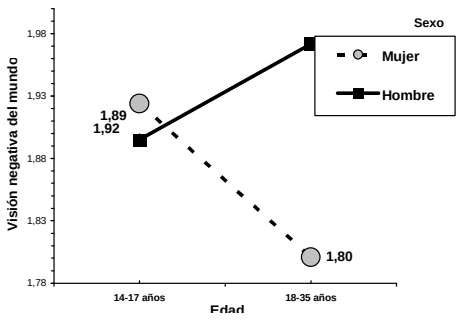
Autoeficacia negativa (a)



Irresponsividad emocional (b)



Inestabilidad emocional (c)



Visión negativa del mundo (d)

Figura 24. Interacción de sexo por edad en **(a)** autoeficacia negativa, (**b**) irresponsividad emocional, **(c)** inestabilidad emocional, y (**d**) visión negativa del mundo

Por último, no todos los efectos de interacción mostraron diferencias significativas en todas sus comparaciones.

La clasificación según el grupo de tendencia a la agresión *alta o baja* no mostró prácticamente ninguna interacción significativa, como por ejemplo, los análisis univariados entre agresividad y estilo parental, $\Lambda = 0{,}975$, $F(30, 5002{,}3) = 1{,}46$, $p = 0{,}051$; agresividad y sexo, $\Lambda = 0{,}994$, $F(10, 1704{,}0) = 1{,}03$, $p = 0{,}414$; agresividad y edad, $\Lambda = 0{,}993$, $F(10, 1704{,}0) = 1{,}17$, $p = 0{,}305$. Así como en la triple interacción entre agresividad, estilo parental y sexo, $\Lambda = 0{,}985$, $F(30,$

5002,3) = 0,86, p = 0,683; agresividad, estilo parental y edad, Λ = 0,986, F(30, 5002,3) = 0,82, p = 0,751; agresividad, sexo y edad, Λ = 0,998, F(10, 1704,0) = 0,38, p = 0,954; ni en la interacción completa entre agresividad, estilos parentales, sexo y edad Λ = 0,982, F(30, 5002,3) = 0,38, p = 0,406.

En conclusión, el factor de agresividad no mostró una gran potencia discriminatoria en los efectos de interacción, ya que al incluirlo en los análisis factoriales sus resultados carecían de significación.

El estilo parental mostró una presencia limitada en los efectos de interacción, ya que gran parte de los análisis factoriales no obtuvieron diferencias significativas, tal y como ocurrió al comparar estilo parental y edad, Λ = 0,983, F(30, 5002,3) = 0,96, p = 0,531; y como se repitió en la triple comparación entre estilo parental, sexo y edad, Λ = 0,985, F(30, 5002,3) = 0,85, p = 0,697.

Capítulo V

Discusión y Conclusiones

En el presente estudio de tesis doctoral se analizó si las relaciones entre los estilos parentales de socialización (es decir, indulgente autorizativo, autoritario y negligente) con la competencia y el ajuste de los hijos eran iguales para hijos agresivos y no agresivos. Asimismo, se consideró el momento evolutivo de los hijos distinguiendo aquellos que estaban siendo socializados por sus padres (adolescentes) de aquellos que ya habían sido socializado por sus padres, es decir, hijos adultos (jóvenes adultos). La competencia y la adaptación de los hijos se evaluó a través del autoconcepto (emocional familiar y físico) y un amplio conjunto de criterios de desajuste personal (autoestima negativa, autoeficacia negativa, irresponsividad emocional, inestabilidad emocional, visión negativa del mundo, nerviosismo e inseguridad personal). En general, independientemente de la agresividad de los hijos, los resultados mostraron los beneficios del afecto parental (compartida por padres indulgentes y autorizativos de igual manera), mientras que la falta de afecto parental (también común en padres autoritarios y negligentes, en igual medida) se relacionó con la mala adaptación y competencia de los hijos.

En cuanto a los efectos de los estilos de socialización, los resultados mostraron que el estilo parental indulgente estaba relacionado con resultados iguales o incluso mejores que la socialización en familias atorizativas. Por el contrario, la socialización en hogares autoritarios y negligentes se asoció con el peor autoconcepto y la mayor inadaptación psicológica de los hijos. Uno de los hallazgos más cruciales del presente estudio es que, tanto para los hijos agresivos como para los no agresivos, el uso del razonamiento y la calidez, que comparten ambas familias de afecto parental (indulgente y autorizativa) es la principal forma de obtener hijos bien

adaptados, con buena autoconcepto y baja inadaptación psicológica. Por el contrario, la falta de calidez parental es un factor de riesgo para el ajuste del hijo. Los estilos parentales autoritario (severidad, pero no calidez) y negligente (sin calidez ni severidad) se relacionan constantemente con malos resultados en la adolescencia y la juventud adulta.

Por lo tanto, los resultados de la presente tesis doctoral confirman los hallazgos previos, principalmente de investigaciones realizadas en países europeos y de América Latina (Garcia et al., 2019; Martinez et al., 2019, 2020; Perez-Gramaje et al., 2019). Sin embargo, cabe destacar que los hallazgos de la presente tesis doctoral, a su vez, amplían la evidencia empírica sobre los beneficios del estilo indulgente a adolescentes y jóvenes adultos con tendencias agresivas. El estilo parental basado en afecto, pero sin severidad (es decir, el estilo indulgente o democrático), en comparación con el estilo también basado en afecto, pero con severidad (es decir, el autorizativo), se relaciona con iguales o mejores puntuaciones en diferentes criterios de ajuste (Garcia et al., 2020a,b; Gimenez-Serrano et al., 2021). Muchos estudios se han focalizado en adolescentes (Martinez et al., 2021; Queiroz et al., 2020), aunque también algunos otros han extendido el análisis del impacto de la socialización parental más allá de la adolescencia, cuando los hijos son adultos (Martinez-Escudero et al., 2020).

No obstante, los presentes hallazgos de esta tesis doctoral contrastan claramente con algunos estudios previos que analizaban los estilos parentales y la desviación adolescente (que puede considerarse una forma de fracaso del proceso de socialización llevado a cabo por los padres porque los hijos no son capaces de ajustarse a las normas sociales). En general, nuestros resultados sugieren que el componente de severidad parental no parece ser necesario (los adolescentes y jóvenes adultos de familias indulgentes obtienen resultados iguales o mejores que sus compañeros de hogares autorizativos), e incluso podría ser perjudicial para el desarrollo de (la socialización parental autorizativa se relaciona con malos resultados en algunos indicadores estudiados).

En este sentido, investigaciones anteriores realizadas principalmente en países anglosajones (Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994) sugieren algunos beneficios del estilo parental

autorizativo, basándose en la idea de que el componente de rigor e imposición, común en las familias autoritarias y autorizativas, surge como principal elemento disuasorio de la desviación. Así, los hijos de estas familias, en situaciones asociadas a cierta desviación, principalmente en el contexto de los iguales, se verán protegidos de la presión del grupo hacia normas o estándares desajustados. Los adolescentes con padres autorizativos obtienen buenos resultados en materia de obediencia y conformidad con las normas de los adultos (Lamborn et al., 1991; Steinberg et al., 1994).

Por otra parte, el contexto cultural donde los padres como agentes de socialización se encargan del cuidado y educación de los hijos parece ser muy importante a la hora de estudiar los resultados discrepantes de la literatura sobre cuál es la mejor estrategia parental (Darling y Steinberg, 1993; Garcia et al., 2019; Martinez et al., 2020). Los hijos adolescentes se enfrentan a retos y demandas diferentes según su contexto cultural (Sacca et al., 2021). También los padres educan a sus hijos en un entorno temporal y cultural concreto (Ridao et al., 2021). En la literatura sobre socialización parental se ha sugerido tradicionalmente dos estadios diferentes de estilos óptimos el último siglo. Frente al paradigma tradicional con sólo dos estadios (es decir, autorizativo y autoritario), actualmente se identifica también los beneficios asociados a un tercer estadio (es decir, indulgente). En este sentido, los resultados de la tesis identifican los beneficios para hijos agresivos y no agresivos asociados al llamado tercer estadio de la socialización parental óptima, dentro del paradigma de tres estadios (Garcia et al., 2019).

Los resultados emergentes de investigaciones como las realizadas en países de Europa y América Latina sugieren la necesidad de un tercer estadio, con una nueva perspectiva de la familia, en comparación con la perspectiva anterior, en la que tanto la calidez como severidad de los padres eran claves para el bienestar de los hijos (segundo estadio) o bien únicamente la severidad de los padres, pero sin calidez (primer estadio). En el nuevo tercer estadio, el rigor y la imposición de los padres no sólo parece no que no es beneficioso, sino incluso perjudicial, por lo que la dimensión de la calidez de los padres es suficiente para apoyar y reforzar a los niños cuando se portan bien, y para corregir su mala conducta mediante el razonamiento y las prácticas comunicativas cuando no se ajustan a la norma (Garcia et al.,

2019). De esta manera, también incluso el afecto, el razonamiento y el dialogo (componentes de la dimensión calidez parental), según los resultados de la tesis, parece ser beneficioso como herramienta de apoyo para familias con hijos con tendencias agresivas, a pesar de que presentan más dificultades y problemas que sus iguales sin agresividad.

Asimismo, cabe destacar que en algunos estudios previos se ha visto la importancia del autoconcepto familiar como componente clave para entender la relación entre los estilos parentales y el ajuste y competencia de los hijos (véase Martínez et al., 2021). El estilo parental indulgente fue el único que se relacionó con el autoconcepto familiar de los hijos más alto. Los resultados de la tesis doctoral mostraron que los adolescentes y jóvenes adultos de familias indulgentes (calidez, sin severidad) fueron los que mejores puntuaciones obtuvieron, superando a sus iguales de familias autorizativas (calidez y severidad). En el lado opuesto, los hijos de las otras familias (autorizativas y autoritarias) presentaban una mala valoración de sus padres (bajo autoconcepto familiar).

Por tanto, cabe destacar que los resultados de la presente tesis son parecidos a otros estudios como por ejemplo el realizado por Pérez-Gramaje y otros (2020), investigación que se focalizó en adolescentes con y sin tendencias agresivas. En dicho estudio se encontró un diferente impacto del estilo parental en el autoconcepto familiar en función de la agresividad del adolescente. Así, los adolescentes agresivos obtuvieron un peor autoconcepto y un mayor desajuste psicológico que los que no son agresivos en ocho de los nueve resultados del desarrollo que fueron estudiados, en línea con la literatura en la que se identifica la falta general de ajuste y competencia entre los adolescentes agresivos. Del mismo modo, aunque se podría esperar que los adolescentes agresivos presentaran de un menor autoconcepto familiar que los adolescentes no agresivos, los hallazgos sugirieron que el autoconcepto familiar podría ser diferente en los adolescentes agresivos y no agresivos en función de su tipología familiar. Específicamente, los adolescentes agresivos tuvieron el mismo autoconcepto familiar en términos de altas puntuaciones que sus compañeros no agresivos de familias con calidez (es decir, indulgentes y autorizativas), e incluso mejor que los

adolescentes no agresivos de familias carentes de calidez (es decir, autoritarias y negligentes).

Asimismo, cabe destacar de la presente tesis los resultados de los efectos de agresividad, que indicaron que la agresividad de los hijos estaba relacionada con los peores resultados: bajo autoconcepto y mayor inadaptación psicológica. En el lado opuesto, tanto en autoconcepto emocional como familiar, las puntuaciones más altas correspondieron a los hijos de agresividad baja. Lo mismo se observó en los criterios de ajuste, los hijos con agresividad baja obtuvieron en todos los criterios puntuaciones más bajas que sus iguales agresivos. Las sociedades en general se han alarmado por el aumento de los comportamientos violentos y agresivos de los adolescentes, particularmente en las últimas décadas (Baron & Richardson, 1994). La Organización Mundial de la Salud (WHO, World Health Organization) advierte de que la violencia es una amenaza global para la salud pública. A pesar de los esfuerzos de las autoridades públicas por erradicar los elevados índices de conductas agresivas en los jóvenes, esta pandemia de salud pública sigue siendo motivo de preocupación (WHO, 2009, 2014).

La investigación previa ha identificado ampliamente que la agresión como comportamiento y la agresividad como disposición individual para el comportamiento agresivo (por ejemplo, el deseo de iniciar peleas con otros) se relacionan con amplios problemas de desajuste personal y social (Wahl & Metzner, 2012). La agresividad parece que no se limita únicamente a la adolescencia. La evidencia empírica sugiere que la agresividad y ciertas formas de agresión surgen temprano, con cierto grado de continuidad de la agresividad general desde la infancia y la adolescencia hasta la edad adulta (Wahl & Metzner, 2012). La agresividad es uno de los predictores más consistentes y fuertes de una amplia gama de problemas de salud, como el comportamiento antisocial, las dificultades con las habilidades cognitivas y los comportamientos internalizados y externalizados (Gallarin et al., 2021; Racz et al., 2017). Por ejemplo, los adolescentes agresivos tienden a presentar una menor autoestima, toman más drogas o incluso tienen más trastornos mentales. Además, los adolescentes agresivos están más implicados en la violencia en el vecindario, en la violencia de pareja, en el acoso escolar, en la violencia entre hijos y en la violencia de pareja (Pérez-Gramaje et al.,

2020). Los resultados de la presente tesis coindicen con estos estudios previos, la agresividad tiene un impacto negativo en el autoconcepto (en dos de las tres dimensiones examinadas) y también en el ajuste personal (en todos los indicadores examinados).

En base a los hallazgos de la presente tesis doctoral, se pueden extraer algunas implicaciones importantes para los padres, pero también para la sociedad (véase Pérez-Gramaje et al., 2020). En relación con las intervenciones clínicas (por ejemplo, psicoterapia), cabe destacar las dificultades que atraviesan las relaciones entre los hijos con problemas de agresividad y sus padres. Sin embargo, las familias pueden desarrollar un fuerte papel protector, especialmente porque los hijos agresivos tienden a experimentar que no son entendidos ni comprendidos por sus familias. Así, las familias caracterizadas por la calidez, la implicación y el uso del razonamiento y la comunicación bidireccional pueden actuar como un amortiguador en presencia de la agresividad de los hijos. Futuros estudios deberían examinar los mecanismos que pueden estar implicados en este proceso.

Además, cabe destacar las implicaciones de la presente tesis doctoral en el diseño de campañas destinadas a formar a los padres como agentes protectores psicosociales contra la agresividad. Estas campañas, que suelen realizarse en los medios de comunicación o por medio de los programas familiares, deberían ser informativas En concreto, las intervenciones con hijos agresivos y sus padres deberían centrarse en fomentar una relación de calidez dentro de la familia, basada en el diálogo y el afecto, ayudando a los hijos agresivos a mejorar sus percepciones familiares, como miembros valorados y apreciados en casa. Así, en el contexto legal, una posible razón sobre la infectividad de las terapias familiares obligatorias (por ejemplo, cuando un menor de edad comete algún delito menor) podría ser la pobre autoimagen de los adolescentes infractores sobre sus familias. No obstante, este punto debería ser comprobado en futuros estudios con adolescentes infractores y sus familias en programas juveniles.

Además, los hallazgos de la tesis doctoral coinciden en buena parte con algunos estudios anteriores sobre las relaciones entre las variables demográficas de sexo y edad y el autoconcepto y la inadaptación psicológica (por ejemplo, Chen et al., 2020; Martínez y García, 2007, 2008). En los resultados de autoconcepto, las mujeres indicaron un

mejor autoconcepto familiar que los hombres, pero un peor autoconcepto en las dimensiones física y emocional. En cuanto a la inadaptación emocional, los hombres presentaron puntuaciones más altas que las mujeres en irresponsividad emocional y visión negativa del mundo. A su vez, las mujeres puntuaron más alto en que los hombres en autoeficacia negativa, inestabilidad emocional, nerviosismo e inseguridad personal.

Las diferencias relacionadas con la edad mostraron que los jóvenes adultos, en comparación con los adolescentes, presentaron un autoconcepto emocional y familiar más alto. A su vez, los adolescentes presentaron más desajuste en los indicadores de autoestima negativa, autoeficacia negativa, inestabilidad emocional e inseguridad personal. Por tanto, en las variables donde hubo diferencias significativas por edad, el patrón encontrado fue que los adolescentes presentaron peores puntuaciones que los jóvenes adultos.

Los resultados de la presente tesis doctoral coinciden con algunos estudios que muestran que la adolescencia puede ser un momento especialmente relacionado con la vulnerabilidad psicosocial (por ejemplo, Fuentes et al., 2019; Riquelme et al., 2018). Algunos autores apuntan que la madurez podría incrementarse con la edad, por lo que los jóvenes tienden a presentar mayores puntuaciones que los adolescentes (Yeung, et al., 2019). Sin embargo, también los jóvenes adultos presentan algunos problemas cuyo inicio suele ser en la adolescencia, por ejemplo, consumo de drogas (Hernández-Serrano et al., 2021).

Esta tesis doctoral tiene puntos fuertes, pero también algunas limitaciones. El marco teórico bidimensional de cuatro estilos permite a los investigadores de todo el mundo analizar la socialización de los padres y sus repercusiones sobre el ajuste y competencia en diferentes países, entornos y características sociodemográficas. De esta manera, es posible formular hipótesis específicas sobre cuál es el mejor estilo parental, contribuyendo así a una investigación que se puede probar y replicar. Sin embargo, conviene tener cierta cautela a la hora de hacer inferencias sobre los cambios a lo largo del tiempo (adolescencia y juventud adulta, los grupos de edad examinados en la presente tesis doctoral). El diseño transversal no determina causalidad, aunque permite identificar relaciones teóricamente consistentes entre la socialización parental, la predisposición a la agresividad, y la

competencia y ajuste de hijos adolescentes y jóvenes adultos. Los presentes resultados deben considerarse preliminares porque no se basan en evidencia longitudinal o experimental. Por último, las familias se clasificaron en una de las cuatro tipologías (autorizativa, autoritaria, indulgente o negligente) basándose en los índices de los adolescentes y jóvenes adultos, en vez de usarse otro sistema como autoinformes de los padres sobre sus propios comportamientos, si bien se han encontrado hallazgos similares en estudios anteriores con estilos parentales en los que se utilizaban diferentes métodos de recogida de datos (véase Steinberg et al., 1994).

En síntesis, a pesar de estas limitaciones, los presentes hallazgos de la tesis doctoral confirman los problemas relacionados con la agresividad. La familia constituye un factor de protección, pero también de riesgo para la competencia del hijo (en términos de autoconcepto y ajuste personal). Las investigaciones previas destacan la necesidad de examinar si los beneficios del estilo parental óptimo trascienden los límites de las características individuales de los hijos, como su predisposición a la agresividad. Asimismo, también la necesidad de estudiar la socialización parental más allá de la adolescencia. En contraposición con algunas investigaciones anteriores que recomiendan una socialización parental basada en prácticas estrictas e impositivas para ayudar a los hijos agresivos a obtener buenos resultados en obediencia y conformidad con las normas sociales, únicamente aquellas familias cálidas proporcionan protección incluso a los hijos con predisposición agresiva.

Capítulo V

Referencias

Ahmed, R. A., Rohner, R., Khaleque, A., y Gielen, U. P. (2016). Interpersonal acceptance and rejection in the arab world: How do they influence Children's development? *Childhood and Adolescence: Cross-Cultural Perspectives and Applications: Cross-Cultural Perspectives and Applications,* , 121.

Ali, S., Khaleque, A., y Rohner, R. P. (2015). Pancultural gender differences in the relation between perceived parental acceptance and psychological adjustment of children and adult offspring: A meta-analytic review of worldwide research. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 46*(8), 1059-1080.

Al-Theifary, A. (1996). Perception of parental treatment and its relation with psychological dispositions in adolescents: A comparative and cross-cultural study on saudi and egyptian adolescents. *Zagazig Univeristy, Zagazig Egypt,*

Aunola, K., y Nurmi, J. (2005). The role of parenting styles in children's problem behavior. *Child Development, 76*(6), 1144-1159.

Avcı, E., y Sak, R. (2018). The relationship between parenting styles and fourth graders' levels of empathy and aggressiveness. *Current Psychology,* , 1-13.

Barber, B. K., y Olsen, J. A. (1997). Socialization in context: Connection, regulation, and autonomy in the family, school, and neighborhood, and with peers. *Journal of Adolescent Research, 12*(2), 287-315.

Baron, R., & Richardson, D. (1994). *Human aggression*. New York, NY: Plenum Press.

Baumrind, D. (1965). Parental control and parental love . *Children (Washington, D.C.), 12*, 230–234.

Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology Monographs,*

Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology, 4*(1p2), 1.

Baumrind, D. (1972). An exploratory study of socialization effects on black children: Some black-white comparisons. *Child Development, 43*(1), 261–267. 10.1111/j.1467-8624.1972.tb01099.x

Baumrind, D. (1978). Parental disciplinary patterns and social competence in children. *Youth y Society, 9*(3), 239-267.

Bayer, C. L., y Cegala, D. J. (1992). Trait verbal aggressiveness and argumentativeness: Relations with parenting style. *Western Journal of Communication (Includes Communication Reports), 56*(3), 301-310.

Berkien, M., Louwerse, A., Verhulst, F., y van der Ende, J. (2012). Children's perceptions of dissimilarity in parenting styles are associated with internalizing and externalizing behavior. *European Child y Adolescent Psychiatry, 21*(2), 79-85.

Buschgens, C. J., Van Aken, M. A., Swinkels, S. H., Ormel, J., Verhulst, F. C., y Buitelaar, J. K. (2010). Externalizing behaviors in preadolescents: Familial risk to externalizing behaviors and perceived parenting styles. *European Child y Adolescent Psychiatry, 19*(7), 567-575.

Calafat, A., García, F., Juan, M., Becoña, E., y Fernández-Hermida, J. R. (2014). Which parenting style is more protective against adolescent substance use? evidence within the european context. *Drug and Alcohol Dependence, 138*, 185-192.

Chao, R. K. (1994). Beyond parental control and authoritarian parenting style: Understanding chinese parenting through the cultural notion of training. *Child Development, 65*(4), 1111-1119.

Chao, R. K. (2001). Extending research on the consequences of parenting style for chinese americans and european americans. *Child Development, 72*(6), 1832-1843.

Chen, F., Garcia, O. F., Fuentes, M. C., Garcia-Ros, R., & Garcia, F. (2020). Self-Concept in China: Validation of the Chinese version of the Five-Factor Self-Concept AF5 Questionnaire. *Symmetry, 12*(798), 1-13. doi:10.3390/sym12050798

Chen, F., Garcia, O. F., Fuentes, M. C., Garcia-Ros, R., y Garcia, F. (2020). Self-concept in china: Validation of the chinese version of the five-factor self-concept (AF5) questionnaire. *Symmetry, 12*(5), 798.

Chen, X., Liu, M., y Li, D. (2000). Parental warmth, control, and indulgence and their relations to adjustment in chinese children: A longitudinal study. *Journal of Family Psychology, 14*(3), 401.

Clark, T. T., Yang, C., McClernon, F. J., y Fuemmeler, B. F. (2015). Racial differences in parenting style typologies and heavy episodic drinking trajectories. *Health Psychology, 34*(7), 697.

Côté, S. M., Vaillancourt, T., Barker, E. D., Nagin, D., y Tremblay, R. E. (2007). The joint development of physical and indirect aggression: Predictors of continuity and change during childhood. *Development and Psychopathology, 19*(1), 37-55.

Darling, N., y Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin, 113*(3), 487-496. 10.1037/0033-2909.113.3.487

de la Torre-Cruz, M., García-Linares, M., y Casanova-Arias, P. (2014). Relationship between parenting styles and aggressiveness in adolescents. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology,*

de la Torre-Cruz, M., Ruiz-Ariza, A., López-García, M. D., y López, E. J. (2015). Differential effect of mothers' and fathers' parenting style on teenagers' physical self-concept. *Revista De Educación, 369*, 369. 10.4438/1988-592X-RE-2015-369-290

Di Maggio, R., y Zappulla, C. (2014). Mothering, fathering, and italian adolescents' problem behaviors and life satisfaction: Dimensional and typological approach. *Journal of Child and Family Studies, 23*(3), 567-580.

Dornbusch, S. M., Ritter, P. L., Leiderman, P. H., Roberts, D. F., y Fraleigh, M. J. (1987). The relation of parenting style to adolescent school performance. *Child Development,* , 1244-1257.

Dwairy, M., Achoui, M., Abouserie, R., y Farah, A. (2006). Parenting styles, individuation, and mental health of arab adolescents: A third cross-regional research study. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 37*(3), 262-272.

Elosua, P., y López-Jauregui, A. (2008). Adapting the AF5 autoconcept scale to basque: Validity evidences. *Individual Differences Research, 6*(1)

Erkman, F., y Rohner, R. P. (2006). Youths' perceptions of corporal punishment, parental acceptance, and psychological adjustment in a turkish metropolis. *Cross-Cultural Research, 40*(3), 250-267.

Estevez, E., Musitu, G., y Herrero, J. (2005). The influence of violent behavior and victimization at school on psychological distress: The role of parents and teachers. *Adolescence, 40*(157), 183-196.

Estivill, E., y De Bejar, S. (1997). *Duérmete, niño*. Plaza y Janés.

Fuentes, M. C., García, F., Gracia, E., y Alarcón, A. (2015). Parental socialization styles and psychological adjustment. A study in spanish adolescents. *Revista De Psicodidáctica, 20*(1), 117-138.

Fuentes, M. C., Garcia, O. F., & Garcia, F. (2020). Protective and risk factors for adolescent substance use in Spain: Self-esteem and other indicators of personal well-being and ill-being. *Sustainability, 12*(5967), 1-17. doi:10.3390/su12155962

Furstenberg, F. F., Cook, T. D., Eccles, J., y Elder, G. H. (2000). *Managing to make it: Urban families and adolescent success*. University of Chicago Press.

Gallarin, M., Torres-Gomez, B., & Alonso-Arbiol, I. (2021). Aggressiveness in adopted and non-adopted teens: The role of parenting, attachment security, and gender. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *18*(2034), 1-16. doi:10.3390/ijerph18042034

Gallarin, M., y Alonso-Arbiol, I. (2012). Parenting practices, parental attachment and aggressiveness in adolescence: A predictive model. *Journal of Adolescence, 35*(6), 1601-1610.

Garaigordobil, M., y Aliri, J. (2012). Parental socialization styles, parents' educational level, and sexist attitudes in adolescence. *The Spanish Journal of Psychology, 15*(2), 592-603. DOI: 10.5209/rev_SJOP.2012.v15.n2.38870

García, F., Gracia, E., y Zeleznova, A. (2013). Validation of the english version of the five-factor self-concept questionnaire. *Psicothema, 25*(4), 549-555.

Garcia, F., Martínez, I., Balluerka, N., Cruise, E., Garcia, O. F., y Serra, E. (2018). Validation of the five-factor self-concept questionnaire AF5 in brazil: Testing factor structure and measurement invariance across language (brazilian and spanish), gender, and age. *Frontiers in Psychology, 9*, 2250.

Garcia, F., Serra, E., Garcia, O. F., Martinez, I., & Cruise, E. (2019). A third emerging stage for the current digital society? Optimal parenting styles in Spain, the United States, Germany, and Brazil. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *16*(2333), 1-20. doi:10.3390/ijerph16132333

García, F., y Gracia, E. (2009). Is always authoritative the optimum parenting style? evidence from spanish families. *Adolescence, 44*(173), 101-131.

García, F., y Gracia, E. (2010). ¿ Qué estilo de socialización parental es el idóneo en españa? un estudio con niños y adolescentes de 10 a 14 años. *Infancia y Aprendizaje, 33*(3), 365-384.

García, F., y Gracia, E. (2014). The indulgent parenting style and developmental outcomes in south european and latin american countries. *Parenting across cultures* (pp. 419-433). Springer.

Garcia, F., y Musitu, G. (1999). af5. *Autoconcepto Forma, 5*

García, J. F., Musitu, G., y Veiga, F. (2006). Autoconcepto en adultos de españa y portugal. *Psicothema, 18*(3), 551-556.

Garcia, O. F., Fuentes, M. C., Gracia, E., Serra, E., & Garcia, F. (2020a). Parenting warmth and strictness across three generations: Parenting styles and psychosocial adjustment. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *17*(7487), 1-18. doi:10.3390/ijerph17207487

Garcia, O. F., Lopez-Fernandez, O., y Serra, E. (2018). Raising spanish children with an antisocial tendency: Do we know what the optimal parenting style is? *J Interpers Violence,* , 0886260518818426. 10.1177/0886260518818426

Garcia, O. F., Serra, E., Zacares, J. J., Calafat, A., & Garcia, F. (2020b). Alcohol use and abuse and motivations for drinking and non-drinking among Spanish adolescents: Do we know enough when we know parenting style? *Psychology and Health*, *35*, 645-664. doi:10.1080/08870446.2019.1675660

García, O. F., Serra, E., Zacarés, J. J., y García, F. (2018). Parenting styles and short- and long-term socialization outcomes: A study among spanish adolescents and older adults. *Psychosocial Intervention, 27*(3), 153-161. https://dx.doi.org/10.5093/pi2018a21

García, O. F., y Serra, E. (2019). Raising children with poor school performance: Parenting styles and short-and long-term consequences for adolescent and adult development. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 16*(7), 1089. 10.3390/ijerph16071089

García-Linares, M., de la Torre, M., Carpio, M., Cerezo, M., y Casanova, P. (2014). Consistency/inconsistency in paternal and maternal parenting styles and daily stress in adolescence. *Revista De Psicodidáctica, 19*(2), 307-325.

Garcia-Reid, P. (2007). Examining social capital as a mechanism for improving school engagement among low income hispanic girls. *Youth y Society, 39*(2), 164-181.

Gimenez-Serrano, S., Garcia, F., & Garcia, O. F. (2021). Parenting styles and its relations with personal and social adjustment beyond adolescence: Is the current evidence enough? *European Journal of Developmental Psychology,* doi:10.1080/17405629.2021.1952863

González, C. (2003). *Bésame mucho. como criar a tus hijos con amor*. Madrid: Temas de hoy.

Hanisch, C., Hautmann, C., Plück, J., Eichelberger, I., y Döpfner, M. (2014). The prevention program for externalizing problem behavior (PEP) improves child behavior by reducing negative parenting: Analysis of mediating processes in a randomized controlled trial. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 55*(5), 473-484.

Harlow, H. F. (1958). The nature of love. *American Psychologist, 13*(12), 673.

Harter, S. (1996). Teacher and classmate influences on scholastic motivation, self-esteem, and level of voice in adolescents.

Hernández-Serrano, O., Gras, M. E., Gacto, M., Brugarola, A., & Font-Mayolas, S. (2021). Family climate and intention to use cannabis as predictors of cannabis use and cannabis-related problems among young university students. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *18*(9308), 1-15. doi:10.3390/ijerph18179308

Hoff, E., Laursen, B., Tardif, T., y Bornstein, M. (2002). Socioeconomic status and parenting. *Handbook of Parenting Volume 2: Biology and Ecology of Parenting, 8*(2), 231-252.

Hoffman, M. L. (1975). Moral internalization, parental power, and the nature of parent-child interaction. *Developmental Psychology, 11*(2), 228-239. 10.1037/h0076463

Karavasilis, L., Doyle, A. B., y Markiewicz, D. (2003). Associations between parenting style and attachment to mother in middle childhood and adolescence. *International Journal of Behavioral Development, 27*(2), 153-164.

Kawabata, Y., Alink, L. R., Tseng, W., Van Ijzendoorn, M. H., y Crick, N. R. (2011). Maternal and paternal parenting styles associated with relational aggression in children and adolescents: A conceptual analysis and meta-analytic review. *Developmental Review, 31*(4), 240-278.

Kazemi, A., Ardabili, H. E., y Solokian, S. (2010). The association between social competence in adolescents and mothers' parenting style: A cross sectional study on iranian girls. *Child and Adolescent Social Work Journal, 27*(6), 395–403. 10.1007/s10560-010-0213-x

Khaleque, A. (2013). Perceived parental warmth, and children's psychological adjustment, and personality dispositions: A meta-analysis. *Journal of Child and Family Studies, 22*(2), 297-306.

Khaleque, A. (2015). Perceived parental neglect, and children's psychological maladjustment, and negative personality dispositions: A meta-analysis of multi-cultural studies. *Journal of Child and Family Studies, 24*(5), 1419-1428.

Khaleque, A., y Rohner, R. P. (2002). Perceived parental acceptance□rejection and psychological adjustment: A meta□analysis of cross□cultural and intracultural studies. *Journal of Marriage and Family, 64*(1), 54-64.

Khaleque, A., y Rohner, R. P. (2002). Reliability of measures assessing the pancultural association between perceived parental acceptance-rejection and psychological adjustment: A meta-analysis of cross-cultural and intracultural studies. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 33*(1), 87-99.

Kim, I. J., Ge, X., Brody, G. H., Conger, R. D., Gibbons, F. X., y Simons, R. L. (2003). Parenting behaviors and the occurrence and co-occurrence of depressive symptoms and conduct problems among african american children. *Journal of Family Psychology, 17*(4), 571.

Kremers, S. P., Brug, J., de Vries, H., y Engels, R. C. (2003). Parenting style and adolescent fruit consumption. *Appetite, 41*(1), 43-50.

Kuterovac-Jagodić, G., y Keresteš, G. (1997). Perception of parental acceptance-rejection and some personality variables in young adults. *Društvena Istraživanja: Časopis Za Opća Društvena Pitanja, 6*(4-5 (30-31)), 477-491.

Leung, K., Lau, S., y Lam, W. (1998). Parenting styles and academic achievement: A cross-cultural study. *Merrill-Palmer Quarterly (1982-),* , 157-172.

Lewis, C. C. (1981). The effects of parental firm control: A reinterpretation of findings. *Psychological Bulletin, 90*(3), 547.

Maccoby, E. E. (2007). Historical overview of socialization research and theory. *Handbook of Socialization: Theory and Research,* , 13-41.

Maccoby, E. E., y Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent–child interaction (vol. 4, pp. 1-101). In Mussen P. H. New York: Wiley (Ed.), *Handbook of child psychology* (Mussen P. H. ed., pp. Vol. 4, pp. 1-101). New York: Wiley.

Martínez, I., & García, J. F. (2007). Impact of parenting styles on adolescents' self-esteem and internalization of values in Spain. *The Spanish Journal of Psychology*, *10*(2), 338–348. https://doi.org/10.1017/S1138741600006600

Martinez, I., Garcia, F., Fuentes, M. C., Veiga, F., Garcia, O. F., Rodrigues, Y., Cruise, E., & Serra, E. (2019). Researching parental socialization styles across three cultural contexts: Scale ESPA29 bi-dimensional validity in Spain, Portugal and Brazil. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *16*(197), 1-14. doi:10.3390/ijerph16020197

Martinez, I., Garcia, F., Veiga, F., Garcia, O. F., Rodrigues, Y., & Serra, E. (2020). Parenting styles, internalization of values and self-esteem: A cross-cultural study in Spain, Portugal and Brazil. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 17*(2370), 1-18. doi:10.3390/ijerph17072370

Martínez, I., García, J. F., y Yubero, S. (2007). Parenting styles and adolescents' self-esteem in brazil. *Psychological Reports, 100*(3), 731-745. 10.2466/PR0.100.3.731-745

Martinez, I., Murgui, S., Garcia, O. F., & Garcia, F. (2021). Parenting and adolescent adjustment: The mediational role of family self-esteem. *Journal of Child and Family Studies, 30*, 1184-1197. doi:10.1007/s10826-021-01937-z

Martinez, I., y Garcia, J. F. (2008). Internalization of values and self-esteem among brazilian teenagers from authoritative, indulgent, authoritarian, and neglectful homes. *Adolescence-San Diego-, 43*(169), 13.

Martinez-Escudero, J. A., Villarejo, S., Garcia, O. F., & Garcia, F. (2020). Parental socialization and its impact across the lifespan. *Behavioral Sciences, 10*(101), 1-18. doi:10.3390/bs10060101

Miranda, M. C., Affuso, G., Esposito, C., y Bacchini, D. (2016). Parental acceptance–rejection and adolescent maladjustment: Mothers' and fathers' combined roles. *Journal of Child and Family Studies, 25*(4), 1352-1362.

Moreno-Ruiz, D., Estévez, E., Jiménez, T. I., y Murgui, S. (2018). Parenting style and reactive and proactive adolescent violence: Evidence from spain. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 15*(12), 2634.

Musitu, G., y García, J. F. (2001). *Escala de socialización parental en la adolescencia (ESPA29)*. Madrid: TEA ediciones.

Musitu, G., y García, J. F. (2004). Consecuencias de la socialización familiar en la cultura española. *Psicothema, 16*(2), 288-293.

Musitu-Ferrer, D., Leon-Moreno, C., Callejas-Jeronimo, E. J., Esteban-Ibañez, M., y Musitu-Ochoa, G. (2019). Relationships between parental socialization styles, empathy and connectedness with nature: Their implications in environmentalism. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 16*(4), 2461. 10.3390/ijerph16142461

Nolan, S. A., Flynn, C., y Garber, J. (2003). Prospective relations between rejection and depression in young adolescents. *Journal of Personality and Social Psychology, 85*(4), 745.

Pasalich, D. S., Witkiewitz, K., McMahon, R. J., Pinderhughes, E. E., y Conduct Problems Prevention Research Group. (2016). Indirect effects of the fast track intervention on conduct disorder symptoms and callous-unemotional traits: Distinct pathways involving discipline and warmth. *Journal of Abnormal Child Psychology, 44*(3), 587-597.

Perez-Gramaje, A. F., Garcia, O. F., Reyes, M., Serra, E., & Garcia, F. (2020). Parenting styles and aggressive adolescents: Relationships with self-esteem and personal maladjustment. *European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, *12*, 1-10. doi:10.5093/ejpalc2020a1

Perra, O., Paine, A. L., y Hay, D. F. (2020). Continuity and change in anger and aggressiveness from infancy to childhood: The protective effects of positive parenting. *Development and Psychopathology,* , 1-20.

Pinquart, M., y Kauser, R. (2018). Do the associations of parenting styles with behavior problems and academic achievement vary by culture? results from a meta-analysis. *Cultural Diversity and Ethnic Minority Psychology, 24*(1), 75-100. 10.1037/cdp0000149

Queiroz, P., Garcia, O. F., Garcia, F., Zacares, J. J., & Camino, C. (2020). Self and nature: Parental socialization, self-esteem, and environmental values in Spanish adolescents. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 17*(3732), 1-13. doi:10.3390/ijerph17103732

Quoss, B., y Zhao, W. (1995). Parenting styles and children's satisfaction with parenting in china and the united states. *Journal of Comparative Family Studies,* , 265-280.

Racz, S. J., Putnick, D. L., Suwalsky, J. T., Hendricks, C., & Bornstein, M. H. (2017). Cognitive abilities, social adaptation, and externalizing behavior problems in childhood and adolescence: specific cascade effects across development. Journal of Youth and Adolescence, 46, 1688-1701. https://doi.org/10.1007/s10964-016-0602-3

Reuben, J. D., Shaw, D. S., Neiderhiser, J. M., Natsuaki, M. N., Reiss, D., y Leve, L. D. (2016). Warm parenting and effortful control in toddlerhood: Independent and interactive predictors of school-age externalizing behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology, 44*(6), 1083-1096.

Ridao, P., López-Verdugo, I., & Reina-Flores, C. (2021). Parental beliefs about childhood and adolescence from a longitudinal perspective. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *18*(1760), 1-17. doi:10.3390/ijerph18041760

Ripoll-Núñez, K., y Alvarez, C. (2008). Perceived intimate partner acceptance, remembered parental acceptance, and psychological adjustment among colombian and puerto rican youths and adults. *Cross-Cultural Research, 42*(1), 23-34.

Riquelme, M., García, O. F., y Serra, E. (2018). Psychosocial maladjustment in adolescence: Parental socialization, self-esteem, and substance use. *Anales De Psicología, 34*(3), 536.

Rodrigo, M. J., y Palacios, J. (1998). *Familia y desarrollo humano* (Madrid ed.). Alianza Editorial.

Rodrigues, Y., Veiga, F., Fuentes, M. C., y García, F. (2013). Parenting and adolescents' self-esteem: The portuguese context. *Revista De Psicodidáctica, 18*(2), 395-416.

Rohner, E. C., Rohner, R. P., y Roll, S. (1980). Perceived parental acceptance-rejection and children's reported behavioral dispositions: A comparative and intracultural study of american and mexican children. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 11*(2), 213-231.

Rohner, R. P. (1978). Development and validation of the personality assessment questionnaire: Test manual.

Rohner, R. P. (1998). Parental acceptance-rejection bibliography. *Storrs, CT: University of,*

Rohner, R. P., y Ali, S. (2020). Parental acceptance-rejection questionnaire (PARQ). *Encyclopedia of Personality and Individual Differences,* , 3425-3427.

Rohner, R. P., y Britner, P. A. (2002). Worldwide mental health correlates of parental acceptance-rejection: Review of cross-cultural and intracultural evidence. *Cross-Cultural Research, 36*(1), 16-47.

Rohner, R. P., y Veneziano, R. A. (2001). The importance of father love: History and contemporary evidence. *Review of General Psychology, 5*(4), 382-405.

Sacca, L., Rushing, S. C., Markham, C., Shegog, R., Peskin, M., Hernandez, B., Gaston, A., Singer, M., Trevino, N., Correa, C. C., Jessen, C., Williamson, J., & Thomas, J. (2021). Assessment of the reach, usability, and perceived impact of "talking is power": A parental sexual health text-messaging service and web-based resource to empower sensitive conversations with American Indian and Alaska native teens. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *18*(9126), 1-15. doi:10.3390/ijerph18179126

Schuman, H., y Kalton, G. (1985). Survey methods. *Handbook of Social Psychology, 1*(3), 635-697.

Siegel, G. D. (2003). Socializing" good enough students": A contextualized and ideographic analysis of african american students' emotional and identity development.

Steinberg, L. (2001). We know some things: Parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence, 11*, 1-19. 10.1111/1532-7795.00001

Steinberg, L., Blatt□Eisengart, I., y Cauffman, E. (2006). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful homes: A replication in a sample of serious juvenile offenders. *Journal of Research on Adolescence, 16*(1), 47-58.

Steinberg, L., Lamborn, S. D., Darling, N., Mounts, N. S., y Dornbusch, S. M. (1994). Over-time changes in adjustment and competence among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful families. *Child Development, 65*(3), 754-770.

Steinberg, L., Mounts, N. S., Lamborn, S. D., y Dornbusch, S. M. (1999). Authoritative parenting and adolescent adjustment across varied ecological niches. *Adolescents and their Families: Structure, Function, and Parent-Youth Relationships,* , 129-146.

Suárez-Relinque, C., del Moral Arroyo, G., León-Moreno, C., y Callejas Jerónimo, J. E. (2019). Child-to-parent violence: Which parenting style is more protective? A study with spanish adolescents. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 16*(8), 1320.

Tackett, J. L., Waldman, I. D., y Lahey, B. B. (2009). Etiology and measurement of relational aggression: A multi-informant behavior genetic investigation. *Journal of Abnormal Psychology, 118*(4), 722.

Tinsley, B. R., y Parke, R. D. (1984). Grandparents as support and socialization agents. *Beyond the dyad* (pp. 161-194). Springer.

Tulviste, T., Rohner, R., y Blum, K. (2008). Perceived maternal, paternal, and teachers' acceptance and control as related to psychological adjustment, school conduct, and academic achievement among estonian girls and boys. *Unpublished Data,*

Tur Porcar, A. M., Mestre Escrivá, M. V., Samper García, P., y Malonda, E. (2012). Crianza y agresividad de los menores:¿ es diferente la influencia del padre y de la madre?

Underwood, M. K., Beron, K. J., y Rosen, L. H. (2009). Continuity and change in social and physical aggression from middle childhood through early adolescence. *Aggressive Behavior: Official Journal of the International Society for Research on Aggression, 35*(5), 357-375.

Valente, J. Y., Cogo-Moreira, H., y Sanchez, Z. M. (2017). Gradient of association between parenting styles and patterns of drug use in adolescence: A latent class analysis. *Drug and Alcohol Dependence, 180*, 272-278.

Villarejo, S., Martinez-Escudero, J. A., & Garcia, O. F. (2020). Parenting styles and their contribution to children personal and social adjustment. *Ansiedad y Estrés*, *26*(1), 1–8. https://doi.org/10.1016/j.anyes.2019.12.001

Wahl, K., & Metzner, C. (2012). Parental influences on the prevalence and development of child aggressiveness. Journal of Child and Family Studies, 21, 344-355. https://doi.org/10.1007/s10826-011-9484-x

World Health Organization - WHO. (2009). Violence prevention: The evidence. Retrieved from http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/77936/1/9789241500845_eng.pdf?ua1

World Health Organization - WHO. (2014). Global status report on violence prevention 2014. Retrieved from http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/status_report/2014/report/report/en/

Yeung, J. K. (2021). Family processes, parenting practices, and psychosocial maturity of Chinese youths: A latent variable interaction and mediation analysis. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, *18*(4357), 1-15. doi:10.3390/ijerph18084357